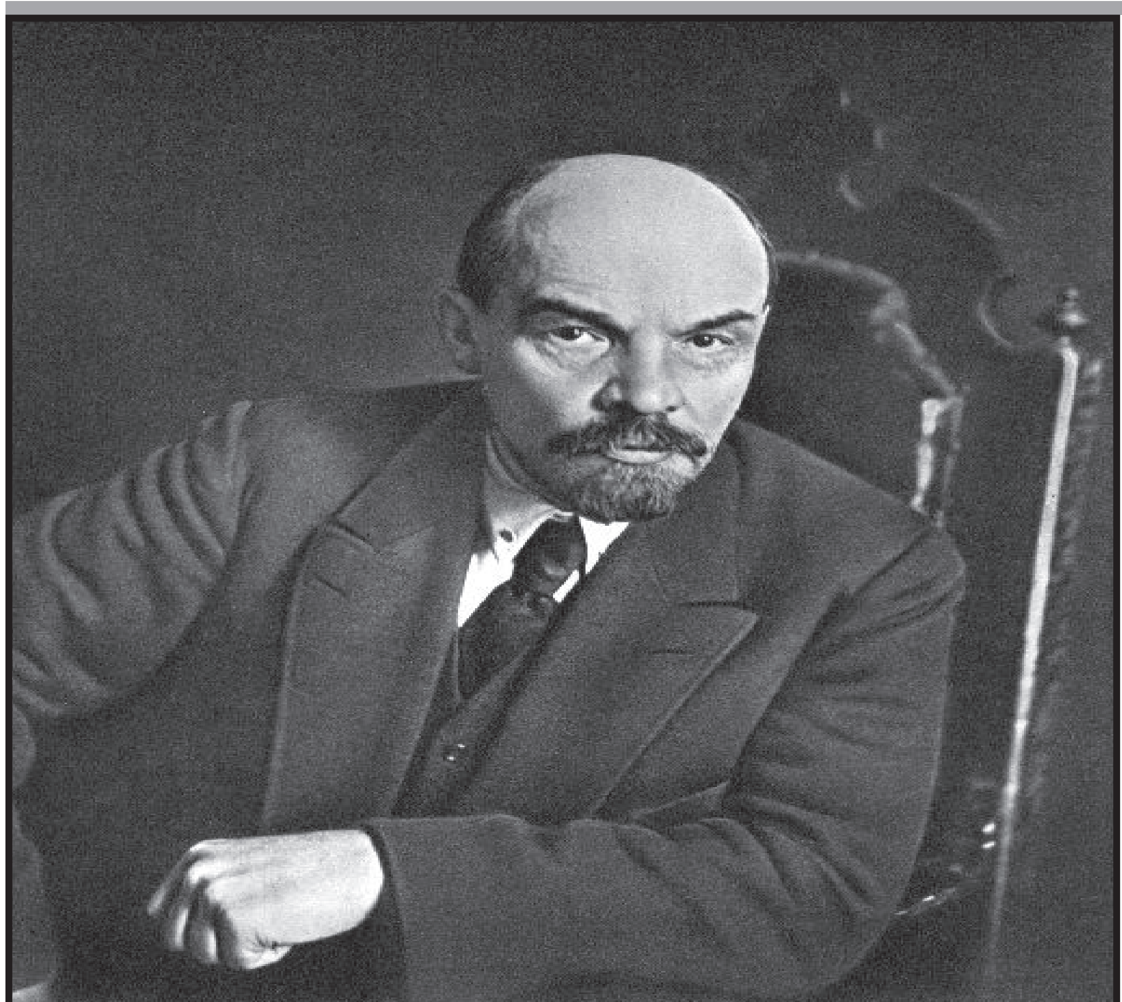
CUADERNOS DE

3.⁰⁰ Pesos
Centroaméricanos

No 17





LA ENFERMEDAD INFANTIL DEL "IZQUIERDISMO" EN EL COMUNISMO

VLADIMIR I. LENIN (1870-1924)

LOS CUADERNOS DE "EL SOCIALISTA CENTROAMERICANO" son publicados bajo la responsabilidad del **PARTIDO SOCIALISTA CENTORAMERICANO (PSOCA).**

"La Enfermedad Infantil del Izquierdismo en el Comunismo" por V.I. Lenin

Primera Edición

Diseño y Diagramación: Antonio Fonseca

Portada: Margarita Bellorini

PSOCA Editorial®

Centroamérica, 6 de Marzo del 2012

Aclaración

Aunque el imperialismo y las burguesías derribaron sus estatuas en la ex URSS y en el antiguo "campo socialista", tirando toneladas de estiércol sobre la figura de V.I. Lenin, en realidad este genio de la política revolucionaria no necesita presentación.

Lenin es, sin lugar a dudas, junto a León Trotsky, el más importante líder que ha producido el proletariado mundial, en su lucha por liberarse de las cadenas de opresión del sistema capitalista.

El **Partido Socialista Centroamericano (PSOCA)** tiene el honor de publicar este Cuaderno, que contiene el Libro escrito por V.I. Lenin en 1920, titulado "La enfermedad Infantil del "Izquierdismo" en el Comunismo".

Es una excelente obra sobre tácticas políticas que los socialistas centroamericanos debemos aprehender y desarrollar, hasta lograr cambiar la correlación de fuerzas a favor de la revolución socialista.

El trabajo en los sindicatos controlados por burocracias oportunistas, la participación en las elecciones controladas por la burguesía, las tácticas de unidad de acción, el proceso de experiencia práctica que las masas trabajadores deben realizar con sus direcciones, etc, son algunos de los importantes temas que Lenin aborda en esta obra.

La realidad cambia constantemente, el imperialismo y las burguesías aprenden de nuestros aciertos y errores, por eso necesitamos estudiar permanentemente la realidad cambiante, y nada mejor que auxiliarse con los textos de los grandes maestros del proletariado mundial.

Centroamérica, 6 de Marzo del 2012

Melchor Benavente



LA ENFERMEDAD INFANTIL DEL "IZQUIERDISMO" EN EL COMUNISMO [1]

I.- EN QUE SENTIDO SE PUEDE HABLAR DE LA SIGNIFICACION INTERNACIONAL DE LA REVOLUCION RUSA?

En los primeros meses que siguieron a la conquista del Poder político por el proletariado en Rusia (25. X.-7. XI. 1917), podía parecer que, a consecuencia de las enormes diferencias existentes entre la Rusia atrasada y los países avanzados de la Europa occidental, la revolución del proletariado en estos últimos se parecería muy poco a la nuestra. En la actualidad contamos ya con una experiencia internacional más que regular, que demuestra con absoluta claridad que algunos de los rasgos fundamentales de nuestra revolución tienen una significación no solamente local, particularmente nacional, rusa, sino también internacional. Y hablo de la significación internacional no en el sentido amplio de la palabra: no son sólo algunos, sino todos los rasgos fundamentales, y muchos secundarios, de nuestra revolución, los que tienen una significación internacional, desde el punto de vista de la influencia de dicha revolución sobre todos los países. No, hablo en el sentido más estrecho de la palabra, es decir, entendiendo por significación internacional su importancia internacional o la inevitabilidad histórica de la repetición en escala internacional de lo que ocurrió en nuestro país, esta significación debe ser reconocida en algunos de los rasgos fundamentales de nuestra revolución.

Naturalmente, sería un tremendo error exagerar esta verdad extendiéndola más allá de algunos rasgos fundamentales de nuestra revolución. Asimismo, sería un error perder de vista que después de la victoria de la revolución proletaria, aunque no sea más que en uno de los países avanzados, se producirá seguramente un cambio radical, es decir: Rusia será, poco después de esto, no un país modelo, sino de nuevo un país atrasado (en el sentido "soviético" y socialista).

Pero en este momento histórico se trata precisamente de que el

ejemplo ruso muestra a todos los países algo, y algo muy sustancial, de su futuro próximo e inevitable. Los obreros avanzados de todos los países hace ya tiempo que lo han comprendido y, más que comprenderlo, lo han percibido, lo han sentido con su instinto revolucionario de clase.

De aquí la "significación" internacional (en el sentido estrecho de la palabra) del Poder soviético y de los fundamentos de la teoría y de la táctica bolchevique. Esto no lo han comprendido los jefes "revolucionarios" de la II Internacional, como Kautsky en Alemania, Otto Bauer y Federico Adler en Austria, que se convirtieron por esto en reaccionarios, en defensores del peor de los oportunismos y de la social-traición. Digamos de paso que el folleto-anónimo "La Revolución Mundial" ["Weltrevolution"], aparecido en 1919 en Viena (Sozialistische Bucherei, Heft 11; Ignaz Brand [2]) muestra con una elocuencia particular toda la contextura ideológica y todo el circulo de ideas, más exactamente, todo el abismo de incomprensión, pedanteria, vileza y traición a los intereses de la clase obrera, sazonado, además, con la "defensa" de la idea de la "revolución mundial".

Pero nos detendremos detalladamente en este folleto en otra ocasión. Consignemos aquí únicamente lo siguiente: en los tiempos, ya bien lejanos, en que Kautsky era todavía un marxista y no un renegado, al examinar la cuestión como historiador, preveía la posibilidad del advenimiento de una situación, como consecuencia de la cual el revolucionarismo del proletariado ruso se convertiría en un modelo para la Europa occidental. Esto era en 1902, cuando Kautsky escribió en la "Iskra" revolucionaria el artículo "Los eslavos y la revolución". He aquí lo que decía en este artículo:

"En la actualidad" (al contrario que en 1848) "se puede creer que no sólo se han incorporado los eslavos a las filas de los pueblos revolucionarios, sino que el centro de gravedad del pensamiento y de la obra revolucionarios se desplaza cada día más hacia los eslavos. El centro revolucionario va desplazándose del Occidente al Oriente. En la primera mitad del siglo XIX se hallaba en Francia, en algunos momentos en Inglaterra En 1848, Alemania entró en las filas de las naciones revolucionarias. . . . El nuevo siglo empieza con acontecimientos que sugieren la idea de que nos hallamos en presencia de un nuevo desplazamiento del centro revolucionario, concretamente: de su traslado a Rusia. . . Rusia, que se ha asimilado tanta iniciativa revolucionaria de Occidente, es posible que en la actualidad se halle presta, ella misma, a servir de fuente de energía revolucionaria para este último. El movimiento revolucionario ruso, cada día más encendido, resultará acaso el medio más poderoso para sacudir ese espíritu de filisteísmo fofo y de politiquería moderada que empieza a difundirse en nuestras filas y hará surgir de nuevo la llama viva del anhelo de lucha y de fidelidad apasionada a nuestros grandes ideales.

Rusia hace ya tiempo que ha dejado de ser, para la Europa occidental, un simple reducto de la reacción y del absolutismo. En la actualidad, ocurre quizás todo lo contrario. La Europa occidental se convierte en el reducto de la reacción y del absolutismo de Rusia. . . Los revolucionarios rusos, es posible, se hubieran librado hace ya mucho tiempo del zar, si no tuviesen que luchar al mismo tiempo contra el aliado de este último, el capital europeo. Esperemos que esta vez conseguirán librarse de ambos enemigos y que la nueva “santa alianza” se derrumbará más pronto aún que sus predecesoras. Pero sea cual fuere el resultado de la lucha actual en Rusia, la sangre y los sufrimientos de los mártires, que esta lucha engendra por desgracia más de lo necesario, no serán vanos, sino que fertilizarán el terreno para la revolución social en todo el mundo civilizado e impulsarán de un modo más esplendoroso y rápido su florecimiento. En 1848, eran los eslavos helada horrible que mataba las flores de la primavera popular. Es posible que ahora estén llamados a ser la tormenta que romperá el hielo de la reacción y que traerá irresistiblemente consigo una nueva y feliz primavera para los pueblos” (C. Kautsky, “Los eslavos y la revolución”, artículo en la “Iskra”, periódico revolucionario de la socialdemocracia rusa, núm. 18, 10 de marzo de 1902).

¡No escribía mal Carlos Kautsky hace 18 años!

II.- UNA DE LAS CONDICIONES FUNDAMENTALES DEL EXITO DE LOS BOLCHEVIQUES

Seguramente que hoy casi todo el mundo ve ya que los bolcheviques no se hubieran mantenido en el Poder, no dos años y medio, sino ni siquiera dos meses y medio, sin la disciplina severísima, verdaderamente férrea, dentro de nuestro Partido, sin el apoyo más completo y abnegado prestado a éste por toda la masa de la clase obrera, esto es, por todo lo que ella tiene de consciente, honrado, abnegado, influyente y capaz de conducir consigo o de atraerse a las capas atrasadas.

La dictadura del proletariado es la guerra más abnegada y más implacable de la nueva clase contra un enemigo más poderoso, contra la burguesía, cuya resistencia se halla decuplicada por su derrocamiento (aunque no sea más que en un solo país) y cuya potencia consiste, no sólo en la fuerza del capital internacional, en la fuerza y la solidez de las relaciones internacionales de la burguesía, sino, además, en la fuerza de la costumbre, en la fuerza de la pequeña producción. Pues, por desgracia, ha quedado todavía en el mundo mucha y mucha pequeña producción y ésta engendra al capitalismo y a la burguesía constantemente, cada día, cada

hora, por un proceso espontáneo y en masa. Por todos estos motivos, la dictadura del proletariado es necesaria, y la victoria sobre la burguesía es imposible sin una lucha prolongada, tenaz, desesperada, a muerte, una lucha que exige serenidad, disciplina, firmeza, inflexibilidad y una voluntad única.

Lo repito, la experiencia de la dictadura triunfante del proletariado en Rusia ha mostrado de un modo palpable al que no sabe pensar o al que no ha tenido la ocasión de reflexionar sobre esta cuestión, que la centralización incondicional y la disciplina más severa del proletariado constituyen una de las condiciones fundamentales de la victoria sobre la burguesía.

De esto se habla a menudo. Pero no se reflexiona suficientemente sobre lo que esto significa, en qué condiciones es posible ¿No convendría que las salutaciones entusiastas al Poder de los Soviets y a los bolcheviques se vieran acompañadas con más frecuencia de un análisis serio de las causas que han permitido a los bolcheviques forjar la disciplina necesaria para el proletariado revolucionario?

El bolchevismo existe, como corriente del pensamiento político y como partido político, desde 1903. Sólo la historia del bolchevismo, en todo el periodo de su existencia, puede explicar de un modo satisfactorio por qué el bolchevismo pudo forjar y mantener, en las condiciones más difíciles, la disciplina férrea necesaria para la victoria del proletariado.

La primera pregunta que surge es la siguiente: ¿cómo se mantiene la disciplina del partido revolucionario del proletariado? ¿Cómo se controla? ¿Cómo se refuerza? Primero por la conciencia de la vanguardia proletaria y por su fidelidad a la revolución, por su firmeza, por su espíritu de sacrificio, por su heroísmo. Segundo, por su capacidad de vincularse, aproximarse y hasta cierto punto, si queréis, fundirse con las más grandes masas trabajadoras, en primer término con la masa proletaria, pero también con la masa trabajadora no proletaria. Tercero, por lo acertado de la dirección política que lleva a cabo esta vanguardia; por lo acertado de su estrategia y de su táctica política, a condición de que las masas más extensas se convenzan de ello por experiencia propia. Sin estas condiciones, no es posible la disciplina en un partido revolucionario, verdaderamente apto para ser el partido de la clase avanzada, llamada a derrocar a la burguesía y a transformar toda la sociedad. Sin estas condiciones, los intentos de implantar una disciplina se convierten, inevitablemente, en una ficción, en una frase, en gestos grotescos. Pero, por otra parte, estas condiciones no pueden brotar de golpe. Van formándose solamente á través de una labor prolongada, a través de una dura experiencia; su formación se facilita a través de una acertada teoría revolucionaria, que, a su vez, no es ningún

dogma, sino que sólo se forma definitivamente en estrecha relación con la práctica de un movimiento que sea verdaderamente de masas y verdaderamente revolucionario.

Si el bolchevismo pudo elaborar y llevar a la práctica con éxito en los años 1917-1920, en condiciones de una gravedad inaudita, la centralización más severa y una disciplina férrea, se debe sencillamente a una serie de particularidades históricas de Rusia.

De una parte, el bolchevismo surgió en 1903, sobre la más sólida base de la teoría del marxismo. Y que esta teoría revolucionaria es justa -- y que es la única justa -- ha sido demostrado, no sólo por la experiencia internacional de todo el siglo XIX, sino también, en particular, por la experiencia de las desviaciones, los titubeos, los errores y los desengaños del pensamiento revolucionario en Rusia. En el transcurso de casi medio siglo, aproximadamente de 1840 a 1890, el pensamiento avanzado en Rusia, bajo el yugo del despotismo inaudito del zarismo salvaje y reaccionario, buscaba ávidamente una teoría revolucionaria justa, siguiendo con un celo y una atención admirables cada "última palabra" de Europa y América en este terreno. Rusia hizo suya la única teoría revolucionaria justa, el marxismo, en medio siglo de torturas y de sacrificios inauditos, de heroísmo revolucionario nunca visto, de energía increíble y de investigación abnegada, de estudio, de experimentación en la práctica, de desengaños, de comprobación, de comparación con la experiencia de Europa. Gracias a la emigración provocada por el zarismo, la Rusia revolucionaria de la segunda mitad del siglo XIX contaba con una riqueza de relaciones internacionales, con un conocimiento tan excelente de todas las formas y teorías del movimiento revolucionario mundial como ningún otro país del mundo.

De otra parte, el bolchevismo, surgido sobre esta base teórica granítica, tuvo una historia práctica de quince años (1903-1917) que, por la riqueza de la experiencia que representa, no puede ser comparada a ninguna otra en el mundo. Pues ningún país, en el transcurso de estos quince años, pasó ni aproximadamente por una experiencia revolucionaria tan Aca, por una rapidez y una variedad tales de la sucesión de las distintas formas del movimiento, legal e ilegal, pacífico y tormentoso, clandestino y abierto, de propaganda en los círculos y de propaganda entre las masas, parlamentario y terrorista En ningún país estuvo concentrada en un período de tiempo tan breve una tal riqueza de formas, de matices, de métodos de lucha de todas las clases de la sociedad con temporánea, lucha que, además, como consecuencia del atraso del país y del peso del yugo del zarismo, maduraba con particular rapidez y asimilaba con particular avidez y eficacia la "última palabra" correspondiente de la experiencia política americana y europea.

III. LAS PRINCIPALES ETAPAS EN LA HISTORIA DEL BOLCHEVISMO

Años de preparación de la revolución (1903-1905). Presagios de gran tormenta por todas partes, fermentación y preparación en todas las clases. En el extranjero, la prensa de la emigración plantea teóricamente todas las cuestiones esenciales de la revolución. Los representantes de las tres clases fundamentales, de las tres tendencias políticas principales: la liberal-burguesa, la democrático-pequeñoburguesa (cubierta bajo la etiqueta de las corrientes "socialdemócrata" y "socialrevolucionaria") y la proletaria revolucionaria, mediante una lucha encarnizada de concepciones programáticas y tácticas, anuncian y preparan la futura lucha abierta de clases. Todas las cuestiones por las cuales las masas tomaron las armas en 1905-1907 y en 1917-1920, pueden (y deben) verse, en forma embrionaria, en la prensa de aquella época. Naturalmente, entre estas tres tendencias principales hay todas las formaciones intermedias, transitorias, híbridas, que se quiera. Más exactamente: en la lucha entre los órganos de prensa, los partidos, las fracciones, los grupos, van cristalizándose las tendencias ideológicas y políticas realmente de clase; las clases se forjan un arma ideológico-política adecuada para los combates futuros.

Años de revolución (1905-1907). Todas las clases entran abiertamente en acción. Todas las concepciones programáticas y tácticas son comprobadas por medio de la acción de las masas. Lucha huelguística nunca vista en el mundo, por su amplitud y su carácter agudo. Transformación de la huelga económica en política y de la huelga política en insurrección. Comprobación práctica de las relaciones existentes entre el proletariado dirigente y los campesinos dirigidos, vacilantes, dudosos. Nacimiento, en el desarrollo espontáneo de la lucha, de la forma soviética de organización. Los debates de aquel entonces sobre el papel de los Soviets son una anticipación de la gran lucha de 1917-1920. La sucesión de los métodos de lucha parlamentarios y no parlamentarios, de la táctica de boicot del parlamento y de participación en el mismo, de las formas legales e ilegales de lucha, así como sus relaciones recíprocas y los vínculos existentes entre ellos, todo esto se distingue por una asombrosa riqueza de contenido. Cada mes de este período vale, desde el punto de vista del aprendizaje de los fundamentos de la ciencia política -- para las masas y los jefes, para las clases y los partidos --, por un año de desenvolvimiento "pacífico" y "constitucional". Sin el "ensayo general" de 1905, la victoria de la Revolución de Octubre en 1917 hubiera sido imposible.

Años de reacción (1907-1910). El zarismo ha triunfado. Han sido

aplastados todos los partidos revolucionarios y de oposición. Desaliento, desmoralización, escisiones, dispersión, traiciones, pornografía en vez de política. Reforzamiento de las tendencias al idealismo filosófico; misticismo, como disfraz de un estado de espíritu contrarrevolucionario. Pero al mismo tiempo esta gran derrota da a los partidos revolucionarios y a la clase revolucionaria una verdadera lección sumamente saludable, una lección de dialéctica histórica, una lección de inteligencia, de destreza y arte para conducir la lucha política. Los amigos se conocen en la desgracia. Los ejércitos derrotados se instruyen celosamente.

El zarismo victorioso se ve obligado a destruir precipitadamente los residuos del régimen de vida preburgués, patriarcal en Rusia. El desenvolvimiento burgués del país progresa con rapidez notable. Las ilusiones situadas al margen de las clases, por encima de ellas, ilusiones sobre la posibilidad de evitar el capitalismo, caen hechas polvo. Entra en escena la lucha de clases de un modo absolutamente nuevo y con mayor relieve.

Los partidos revolucionarios deben completar su instrucción Han aprendido a atacar. Ahora, deben comprender que esta ciencia tiene que estar completada por la de saber replegarse con el mayor acierto. Hay que comprender -- y la clase revolucionaria aprende a comprenderlo por su propia y amarga experiencia -- que no se puede triunfar sin aprender a tomar la ofensiva y a llevar a cabo la retirada con acierto. De todos los partidos revolucionarios y de oposición derrotados, fueron los bolcheviques quienes retrocedieron con más orden, con menos quebranto de su “ejército”; con una conservación mejor de su núcleo central, con las escisiones menos profundas e irreparables, con menos desmoralización, con más capacidad para reanudar la acción de un modo más amplio, acertado y enérgico. Y si los bolcheviques obtuvieron este resultado, fue exclusivamente porque desenmascararon y expulsaron sin piedad a los revolucionarios de palabra, obstinados en no comprender que hay que retroceder, que hay que saber retroceder, que es obligatorio aprender a actuar legalmente en los parlamentos más reaccionarios, en las organizaciones sindicales, en las cooperativas, en las mutualidades y otras organizaciones semejantes, por más reaccionarias que sean.

Años de ascenso (1910-1914). Al principio, el ascenso fue de una lentitud inverosímil; luego, después de los sucesos del Lena, en 1912, un poco más rápido. Venciendo dificultades enormes, los bolcheviques eliminaron a los mencheviques, cuyo papel, como agentes burgueses en el movimiento obrero, fue admirablemente comprendido por toda la burguesía después de 1905 y a los cuales, por este motivo, esta última sostenía de mil maneras contra los bolcheviques. Pero éstos no hubieran llegado nunca a semejante resultado, si no hubiesen aplicado una táctica

acertada, combinando la actuación ilegal con la utilización obligatoria de las "posibilidades legales" En la más reaccionaria de las Dumas, los bolcheviques conquistaron toda la curia obrera.

Primera guerra imperialista mundial (1914-1917). El parlamentarismo legal, con un "parlamento" ultrarreaccionario, presta los más grandes servicios al partido del proletariado revolucionario, a los bolcheviques. Los diputados bolcheviques van a Siberia. En la prensa de la emigración hallan plena expresión todos los matices del socialimperialismo, del socialchovinismo, del socialpatriotismo, del internacionalismo inconsecuente y consecuente, del pacifismo y de la negación revolucionaria de las ilusiones pacifistas. Las eminencias estúpidas y los vejestorios de la II Internacional, que fruncían el ceño con desdén y soberbia ante la abundancia de "fracciones" del socialismo ruso y la lucha encarnizada de éstas entre sí, fueron incapaces, en el momento en que la guerra suprimió en todos los países adelantados la cacareada "legalidad", de organizar, aunque no fuera más que aproximadamente, un libre (ilegal) intercambio de ideas y una libre (ilegal) elaboración de concepciones justas, semejantes a las que los revolucionarios rusos organizaron en Suiza y otros países. Ha sido precisamente por esto por lo que los social-patriotas descarados y los "kautskistas" de todos los países han resultado los peores traidores del proletariado. Y si el bolchevismo pudo triunfar en 1917-1920, una de las causas fundamentales de semejante victoria se debe a que desde finales de 1914 desenmascaró sin piedad la villanía, la infamia, la abyección del socialchovinismo y del "kautskismo" (al cual corresponde el longuetismo [3] en Francia, las ideas de los jefes del Partido Obrero Independiente [4] y de los fabianos[5] en Inglaterra, de Turati en Italia, etc.) y a que las masas se han convencido más y más, por experiencia propia, de que las concepciones de los bolcheviques eran justas.

Segunda revolución rusa (febrero-octubre, 1917). El grado de decrepitud inverosímil y de caducidad del zarismo (con ayuda de los reveses y sufrimientos de una guerra infinitamente penosa) suscitaron contra él una fuerza extraordinaria de destrucción. En pocos días Rusia se vio convertida en una república democrático-burguesa más libre, en las condiciones de la guerra, que cualquier otro país del mundo. El gobierno fue constituido por los jefes de los partidos de oposición y revolucionarios, como en las repúblicas del más "puro parlamentarismo", pues el título de jefe de un partido de oposición en el parlamento, hasta en el más reaccionario, ha facilitado siempre el papel futuro de este jefe en la revolución.

En pocas semanas los mencheviques y los "socialrevolucionarios" se asimilaron perfectamente todos los procedimientos y modales, argumentos y sofismas de los héroes europeos de la II Internacional, de

los ministerialistas y de toda la canalla oportunista. Todo lo que leemos hoy sobre los Scheidemann y Noske, sobre Kautsky y Hilferding, Renner y Austerlitz, Otto Bauer y Fritz Adler, Turati y Longuet, sobre los fabianos y los jefes del Partido Obrero Independiente de Inglaterra, todo nos parece (y lo es en realidad) una aburrida repetición de un motivo antiguo y conocido. Todo ello lo habíamos visto ya en los mencheviques. La historia les ha hecho una mala jugada, obligando a los oportunistas de un país atrasado a adelantarse a los oportunistas de una serie de países avanzados.

Si todos los héroes de la II Internacional han fracasado, si se han cubierto de oprobio en la cuestión de la función y la importancia de los Soviets y del Poder soviético, si se han cubierto de ignominia de un modo particularmente "relevante" y han incurrido en toda clase de contradicciones en esta cuestión los jefes de los tres grandes partidos que se han separado actualmente de la II Internacional (el Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania [6], el Partido longuetista de Francia y el Partido Obrero Independiente de Inglaterra), si todos han resultado esclavos de los prejuicios de la democracia pequeñoburguesa (exactamente al modo de los pequeños burgueses de 1848, que se llamaban "socialdemócratas"), también es cierto que ya hemos visto todo esto en el ejemplo de los mencheviques. La historia ha hecho esta jugarreta: los Soviets nacieron en Rusia en 1905, fueron falsificados en febrero-octubre de 1917 por los mencheviques, quienes fracasaron por no haber comprendido su papel y su importancia, y hoy ha surgido en el mundo entero la idea del Poder soviético, idea que se extiende con rapidez inusitada entre el proletariado de todos los países, mientras fracasan en todas partes, a su vez, los viejos héroes de la II Internacional, por no haber sabido comprender, del mismo modo que nuestros mencheviques, el papel y la importancia de los Soviets. La experiencia ha demostrado que en algunas cuestiones esenciales de la revolución proletaria todos los países pasarán inevitablemente por lo mismo que ha pasado Rusia.

Los bolcheviques empezaron su lucha victoriosa contra la república parlamentaria (burguesa de hecho) y contra los mencheviques con suma prudencia y no la prepararon, ni mucho menos, tan sencillamente como hoy piensan muchos en Europa y América. En el principio del período mencionado no incitamos a derribar el gobierno, sino que explicamos la imposibilidad de hacerlo sin modificar previamente la composición y el estado de espíritu de los Soviets. No declaramos el boicot al parlamento burgués, a la Asamblea Constituyente, sino que dijimos, a partir de la Conferencia de nuestro Partido, celebrada en abril de 1917, dijimos oficialmente, en nombre del Partido, que una república burguesa, con una Asamblea Constituyente, era preferible a la misma república sin Constituyente, pero que la república "obrera y campesina" soviética es mejor que cualquier república democrático burguesa, parlamentaria. Sin

esta preparación prudente, minuciosa, circunspecta y prolongada, no hubiésemos podido alcanzar ni consolidar la victoria en octubre de 1917.

IV.- ¿EN LUCHA CON QUE ENEMIGOS EN EL SENO DEL MOVIMIENTO OBRERO HA PODIDO CRECER, FORTALECERSE Y TEMPLARSE EL BOLCHEVISMO?

En primer lugar y sobre todo, en la lucha contra el oportunismo, que en 1914 se transformó definitivamente en socialchovinismo y que se ha pasado definitivamente al lado de la burguesía, contra el proletariado. Este era, naturalmente, el principal enemigo del bolchevismo en el seno del movimiento obrero y sigue siéndolo en escala mundial. El bolchevismo le ha prestado y le presta a este enemigo la mayor atención. Este aspecto de la actividad de los bolcheviques es ya bastante bien conocido también en el extranjero.

Otra cosa hay que decir de otro enemigo del bolchevismo en el seno del movimiento obrero. En el extranjero se sabe todavía de un modo muy insuficiente que el bolchevismo ha crecido, se ha ido formando y se ha templado en largos años de lucha contra ese revolucionarismo pequeñoburgués que se parece al anarquismo o que ha tomado algo de él y que se aparta en todo lo esencial de las condiciones y exigencias de una firme lucha de clases del proletariado. Para los marxistas está plenamente establecido desde el punto de vista teórico -- y la experiencia de todas las revoluciones y los movimientos revolucionarios de Europa lo han confirmado enteramente -- que el pequeño propietario, el pequeño patrón (tipo social que en muchos países europeos está muy difundido, que abarca masas), que sufre bajo el capitalismo una presión continua y muy a menudo un empeoramiento increíblemente brusco y rápido de sus condiciones de existencia y la ruina, adquiere fácilmente una mentalidad ultrarrevolucionaria, pero que es incapaz de manifestar serenidad, espíritu de organización, disciplina, firmeza. El pequeñoburgués "enfurecido" por los horrores del capitalismo es un fenómeno social propio, como el anarquismo, de todos los países capitalistas. La inconstancia de estas veleidades revolucionarias, su esterilidad, su facilidad de cambiarse rápidamente en sumisión, en apatía, en imaginaciones fantásticas, hasta en un entusiasmo "furioso", por tal o cual tendencia burguesa "de moda", son universalmente conocidas. Pero a un partido revolucionario no le basta en modo alguno con reconocer teórica, abstractamente, semejantes verdades, para estar al abrigo de los viejos errores que se producen siempre en ocasiones inesperadas, con una ligera variación de forma, con una apariencia o un contorno no vistos antes, en una situación original

(más o menos original).

El anarquismo ha sido a menudo una especie de expiación de los pecados oportunistas del movimiento obrero. Estas dos aberraciones se completaban mutuamente. Y si el anarquismo no ejerció en Rusia, en las dos revoluciones de 1905 y 1917 y durante su preparación, a pesar de que la población pequeñoburguesa era aquí más numerosa que en los países europeos, sino una influencia relativamente insignificante, se debe en parte, indudablemente, al bolchevismo, que siempre luchó del modo más despiadado e irreconciliable contra el oportunismo. Y digo "en parte" porque lo que más contribuyó a debilitar el anarquismo en Rusia fue la posibilidad que tuvo en el pasado (en los años del 70 del siglo XIX) de adquirir un desarrollo extraordinario y de revelar hasta el fondo su carácter quimérico, su incapacidad de servir como teoría dirigente de la clase revolucionaria.

El bolchevismo heredó, al surgir en 1903, la tradición de guerra despiadada al revolucionarismo pequeñoburgués, semianarquista (o capaz de coquetear con el anarquismo), tradición que había existido siempre en la socialdemocracia revolucionaria y que se consolidó particularmente en nuestro país en 1900-1903, cuando se sentaban los fundamentos del partido de masas del proletariado revolucionario de Rusia. El bolchevismo asimiló y continuó la lucha contra el partido que más fielmente expresaba las tendencias del revolucionarismo pequeñoburgués, es decir, el partido "socialrevolucionario", en tres puntos principales. En primer lugar, este partido, que rechazaba el marxismo, se obstinaba en no querer comprender (tal vez fuera más justo decir en no poder comprender) la necesidad de tener en cuenta con estricta objetividad, antes de emprender una acción política, las fuerzas de clase y sus relaciones mutuas. En segundo término, este partido veía un signo particular de su "revolucionarismo" o de su "izquierdismo" en el reconocimiento del terror individual, de los atentados, que nosotros, los marxistas, rechazábamos categóricamente. Claro es que nosotros condenábamos el terror individual únicamente por motivos de conveniencia; pero las gentes capaces de condenar "en principio" el terror de la Gran Revolución Francesa, o, en general, el terror ejercido por un partido revolucionario victorioso, asediado por la burguesía de todo el mundo, esas gentes fueron ya condenadas para siempre al ridículo y al oprobio en 1900-1903 por Plejánov, cuando éste era marxista y revolucionario. En tercer lugar, para los "socialrevolucionarios" ser "izquierdista", consistía en reírse de los pecados oportunistas, relativamente leves, de la socialdemocracia alemana, mientras imitaban a los ultraoportunistas de ese mismo partido en cuestiones tales como la agraria o la de la dictadura del proletariado.

La historia, dicho sea de paso, ha confirmado hoy en gran escala, histórico-mundial, la opinión que hemos defendido siempre, a saber: que

la socialdemocracia revolucionaria alemana (y téngase en cuenta que ya en 1900-1903 Plejánov reclamaba la expulsión de Bernstein del Partido y que los bolcheviques, siguiendo siempre esta tradición, desenmascaraban en 1913 toda la villanía, la bajeza y la traición de Legien), que la socialdemocracia revolucionaria alemana estaba más cerca que nadie del partido que necesitaba el proletariado revolucionario para triunfar. Ahora, en 1920, después de todas las quiebras y crisis ignominiosas de la época de la guerra y de los primeros años que la siguieron, aparece con evidencia que, de todos los partidos de Occidente, la socialdemocracia revolucionaria alemana es precisamente la que ha dado los mejores jefes, la que se ha repuesto, se ha curado y ha recobrado sus fuerzas más rápidamente. Se advierte esto también en el Partido de los espartaquistas [7] y en el ala izquierda proletaria del "Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania", que sostienen una firme lucha contra el oportunismo y la falta de carácter de los Kautsky, Hilferding, Ledebour y Gispien. Si lanzamos ahora una ojeada al período histórico que ha llegado a su completo término, que va desde la Comuna de París a la primera República Socialista Soviética, veremos dibujarse con relieve absolutamente marcado e indiscutible la posición del marxismo con respecto al anarquismo. El marxismo ha demostrado al fin tener razón, y si los anarquistas indicaban con justicia el carácter oportunista de las concepciones sobre el Estado que imperaban en la mayoría de los partidos socialistas, hay que advertir, en primer término, que este carácter oportunista obedecía a una deformación y hasta a una ocultación consciente de las ideas de Marx sobre el Estado (en mi libro "El Estado y la Revolución" he hecho notar que Bebel mantuvo en el fondo de un cajón durante 36 años, de 1875 a 1911, la carta en que Engels denunciaba con un relieve, con un vigor, con una franqueza y claridad admirables el oportunismo de las concepciones socialdemócratas en boga sobre el Estado); en segundo lugar, la rectificación de estas ideas oportunistas, el reconocimiento del Poder soviético y de su superioridad sobre la democracia parlamentaria burguesa, han partido, con mayor amplitud y rapidez, precisamente de las tendencias más marxistas existentes en el seno de los partidos socialistas de Europa y América.

Ha habido dos momentos en los cuales la lucha de los bolcheviques contra las desviaciones de "izquierda" de su propio partido ha adquirido una magnitud particularmente considerable: en 1908, sobre la cuestión de la participación en un "parlamento" ultrarreaccionario y en las sociedades obreras legales que la más reaccionaria de las legislaciones había dejado en pie, y en 1918 (paz de Brest), sobre la cuestión de la admisibilidad de tal o cual "compromiso".

En 1908, los bolcheviques "de izquierda" fueron expulsados de nuestro Partido, por su obstinado empeño en no comprender la necesidad de la participación en un "parlamento" ultrarreaccionario: los

“izquierdistas”, entre los que había muchos excelentes revolucionarios que fueron después (y siguen siendo), honrosamente, miembros del Partido Comunista, se apoyaban sobre todo en la experiencia favorable del boicot de 1905. Cuando el zar, en agosto de 1905, anunció la convocatoria de un “parlamento” consultivo, los bolcheviques, contra todos los partidos de oposición y contra los mencheviques, declararon el boicot a semejante parlamento, y la revolución de octubre de 1905 lo barrió en efecto. Entonces el boicot fue justo, no porque esté bien no participar en general en los parlamentos reaccionarios, sino porque fue acertadamente tomada en consideración la situación objetiva, que conducía a la rápida transformación de las huelgas de masas en huelga política y, sucesivamente, en huelga revolucionaria y en insurrección. Además, el objeto del debate era, a la sazón, saber si había que dejar en manos del zar la convocatoria de la primera institución representativa, o si debía intentarse arrancársela de las manos al antiguo régimen. Por cuanto no había ni podía haber la certeza plena de que la situación objetiva era análoga y de que su desenvolvimiento se había de realizar en el mismo sentido y con igual rapidez, el boicot dejaba de ser justo.

El boicot de los bolcheviques contra el “parlamento” en el año 1905 enriqueció al proletariado revolucionario con una experiencia política extraordinariamente preciosa, haciéndole ver que, en la combinación de las formas legales e ilegales, de las formas parlamentarias y extraparlamentarias de lucha, es, a veces, conveniente y hasta obligado saber renunciar a las formas parlamentarias. Pero transportar ciegamente, por simple imitación, sin discernimiento, esta experiencia a otras condiciones, a otras coyunturas, es el mayor de los errores. Lo que constituyó ya un error, aunque no grande y fácilmente corregible*, fue el boicot de la “Duma” por los bolcheviques en 1906. Fueron errores más serios y difícilmente reparables los boicots de 1907, 1908 y los años siguientes, pues, por una parte, no había que esperar que se levantara de nuevo rápidamente la ola revolucionaria, ni la transformación de la misma en insurrección y, por otra, la necesidad de combinar el trabajo legal con el ilegal nacía del conjunto de la situación histórica ligada a la renovación de la monarquía burguesa. Hoy, cuando se considera retrospectivamente este período histórico, que ha llegado a su completo término y cuyo enlace con los períodos ulteriores se ha manifestado ya plenamente, se comprende con singular claridad que los bolcheviques no habrían podido conservar (y no digo ya afianzar, desarrollar y fortalecer) el núcleo sólido del partido revolucionario del proletariado durante los años 1908-1914, si

* De la política y de los partidos se puede decir -- con las variantes correspondientes -- lo mismo que de los individuos. No es inteligente quien no comete errores. Hombres que no cometan errores, no los hay ni puede haberlos. Inteligente es quien comete errores que no son muy graves y sabe corregirlos bien y pronto.

no hubiesen defendido en la lucha más dura la combinación obligatoria de las formas legales de lucha con las formas ilegales, la participación obligatoria en un parlamento ultrarreaccionario y en una serie de otras instituciones permitidas por una legislación reaccionaria (sociedades de socorros mutuos, etc.).

En 1918, las cosas no llegaron hasta la escisión. Los comunistas "de izquierda" sólo constituyeron entonces un grupo especial o "fracción" en el interior de nuestro Partido, y no por mucho tiempo. En el mismo 1918, los representantes más señalados del "comunismo de izquierda", Rádek y Bujarin, por ejemplo, reconocieron abiertamente su error. Les parecía que la paz de Brest era un compromiso con los imperialistas, inaceptable en principio y funesto para el partido del proletariado revolucionario. Se trataba, en efecto, de un compromiso con los imperialistas; pero precisamente un compromiso tal y en unas circunstancias tales, que era obligatorio.

Actualmente, cuando oigo, por ejemplo, a los "socialrevolucionarios" atacar la táctica seguida por nosotros al firmar la paz de Brest, o una advertencia como la que me hizo el camarada Landsbury en el curso de una conversación: "Los jefes de nuestras tradeuniones inglesas dicen que también pueden permitirse un compromiso, puesto que los bolcheviques se lo han permitido", respondo habitualmente ante todo con una comparación sencilla y "popular":

Figuraos que el automóvil en que vais es detenido por unos bandidos armados. Les dais el dinero, el pasaporte, el revólver, el automóvil, mas, a cambio de esto, os veis desembarazados de la agradable vecindad de los bandidos. Se trata, evidentemente, de un compromiso. Do ut des ("te doy" mi dinero, mis armas, mi automóvil, "para que me des" la posibilidad de marcharme en paz). Pero difícilmente se encontraría un hombre que no esté loco y que declarase que semejante compromiso es "inadmisible en principio" y denunciase al que lo ha concertado como cómplice de los bandidos (aunque éstos, una vez dueños del auto y de las armas, los utilicen para nuevos pillajes). Nuestro compromiso con los bandidos del imperialismo alemán fue análogo a éste.

Pero cuando los mencheviques y los socialrevolucionarios en Rusia, los partidarios de Scheidemann (y, en gran parte, los kautskianos) en Alemania, Otto Bauer y Friedrich Adler (sin hablar de los señores Renner y compañía) en Austria, los Renaudel, Longuet y compañía en Francia, los fabianos, "independientes" y "laboristas"[8] en Inglaterra concertaron, en 1914-1918 y en 1918-1920, con los bandidos de su propia burguesía y a veces de la burguesía "aliada", compromisos dirigidos contra el proletariado revolucionario de su propio país, entonces esos señores

obraron como cómplices de los bandidos.

La conclusión es clara: rechazar los compromisos "en principio", negar la legitimidad de todo compromiso en general, es una puerilidad que es difícil tomar en serio. Un hombre político que quiera ser útil al proletariado revolucionario, debe saber distinguir los casos concretos de compromiso que son precisamente inadmisibles, que son una expresión de oportunismo y de traición, y dirigir contra t a l e s compromisos c o n c r e t o s toda la fuerza de su crítica, todo el filo de un desenmascaramiento implacable y de una guerra sin cuartel, no permitiendo a los socialistas, con su gran experiencia de "maniobreros", y a los jesuitas parlamentarios escurrir el bulto, eludir la responsabilidad, por medio de disquisiciones sobre los "compromisos en general". Los señores "jefes" de las tradeuniones inglesas, lo mismo que los de la Sociedad Fabiana y del Partido Obrero "Independiente", pretenden eludir precisamente así la responsabilidad por la traición que han cometido, por haber concertado semejante compromiso que no es en realidad más que oportunismo, defección y traición de la peor especie.

Hay compromisos y compromisos. Es preciso saber analizar la situación y las circunstancias concretas de cada compromiso o de cada variedad de compromiso. Debe aprenderse a distinguir al hombre que ha entregado a los bandidos su bolsa y sus armas, con el fin de disminuir el mal causado por ellos y facilitar su captura y ejecución, del que da a los bandidos su bolsa y sus armas para participar en el reparto del botín. En política esto dista mucho de ser tan fácil como en este ejemplito de una simplicidad infantil. Pero el que pretendiera imaginar una receta para los obreros, que señalase por adelantado soluciones adecuadas para todas las circunstancias de la vida o prometiera que en la política del proletariado revolucionario no se encontrarán nunca dificultades ni situaciones embrolladas, sería sencillamente un charlatán.

Para no dejar lugar a ninguna interpretación falsa, intentaré esbozar, aunque sólo sea brevemente, algunas tesis fundamentales para el análisis de los casos concretos de compromiso.

El partido que concertó con el imperialismo alemán el compromiso consistente en firmar la paz de Brest, había empezado a elaborar prácticamente su internacionalismo a fines de 1914. Dicho partido no temía proclamar la derrota de la monarquía zarista y estigmatizar la "defensa de la patria" en la guerra entre dos imperialismos voraces. Los diputados de dicho partido en el parlamento fueron a Siberia, en vez de seguir el fácil camino que conduce a las carteras ministeriales en un gobierno burgués. La revolución, al derribar el zarismo y crear la república democrática, sometió a este partido a una nueva y gran prueba: no contrajo ningún compromiso

con los imperialistas de "su" país, sino que preparó su derrumbamiento y los derrumbó. Este mismo partido, una vez dueño del Poder político, no ha dejado piedra sobre piedra ni de la propiedad agraria de la nobleza ni de la propiedad capitalista. Después de haber publicado y hecho añicos los tratados secretos de los imperialistas, propuso la paz a todos los pueblos y sólo cedió ante la violencia de los bandidos de Brest, cuando los imperialistas anglo-franceses hicieron fracasar sus proposiciones de paz y después que los bolcheviques hubieron hecho todo lo humanamente posible para acelerar la revolución en Alemania y en otros países. La plena legitimidad de semejante compromiso, contraído por tal partido en tales circunstancias, se hace cada día más clara y evidente para todos.

Los mencheviques y socialrevolucionarios de Rusia (como todos los jefes de la II Internacional en el mundo entero, en 1914-1920) empezaron por la traición, justificando, directa o indirectamente, la "defensa de la patria", es decir, la defensa de su burguesía ávida de conquistas, y persistieron en su traición coligándose con la burguesía de su país y luchando a su lado contra el proletariado revolucionario de su propio país. Su bloque con Kerenski y los kadetes primero, con Kolchak y Denikin después, en Rusia, así como el bloque de sus correligionarios extranjeros con la burguesía de sus propios países fue una deserción al campo de la burguesía contra el proletariado. Su compromiso con los bandidos del imperialismo consistió desde el principio hasta el fin en hacerse los cómplices del bandolerismo imperialista.

V.- EL COMUNISMO "DE IZQUIERDA" EN ALEMANIA. JEFES, PARTIDO, CLASE, MASA

Los comunistas alemanes, de quienes debemos hablar ahora, no se llaman "izquierdistas", sino "oposición de principio", si no me equivoco. Pero que tienen todos los síntomas de la "enfermedad infantil del izquierdismo", se verá por lo que sigue.

El folleto titulado "Una escisión en el Partido Comunista de Alemania (Liga de los espartaquistas)", que refleja e] punto de vista de esta oposición y ha sido editado por el "Grupo local de Francfort del Meno", expone con sumo relieve, exactitud, claridad y concisión la esencia de los puntos de vista de esta oposición. Algunas citas serán suficientes para dar a conocer al lector dicha esencia:

"El Partido Comunista es el partido de la lucha de clases más decidida. . ."

". . . Desde el punto de vista político este período de transición"

(entre el capitalismo y el socialismo) "es el período de la dictadura del proletariado. . ."

". . . Se plantea la cuestión: ¿quién debe ejercer la dicta dura, e l Partido Comunista o la clase proIetaria ? . . . En principio ¿debe tenderse a la dictadura del Partido Comunista o a la dictadura de la clase proletaria?!!" (Las palabras subrayadas lo están también en el original).

Más adelante, el Comité Central del Partido Comunista de Alemania es acusado por el autor del folleto de buscar una coalición con el Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania, de que "la cuestión del reconocimiento, en principio, de todos los medios políticos " de lucha, entre ellos el parlamentarismo, ha sido planteada por este Comité Central sólo para ocultar sus intenciones verdaderas y esenciales de realizar una coalición con los independientes. Y el folleto continúa:

"La oposición ha elegido otra senda. Sostiene la opinión de que la cuestión de la hegemonía del Partido Comunista y de la dictadura del mismo no es más que una cuestión de táctica. En todo caso, la hegemonía del Partido Comunista es la forma última de toda hegemonía de partido. En principio, debe tenderse a la dictadura de la clase proletaria. Y todas las medidas del Partido, su organización, sus formas de lucha, su estrategia y su táctica deben ser adaptadas a este fin. Hay que rechazar, por consiguiente, del modo más categórico, todo compromiso con los demás partidos, todo retorno a los métodos de lucha parlamentarios, los cuales han caducado ya histórica y políticamente, toda política de maniobra y conciliación". "Los métodos específicamente proletarios de lucha revolucionaria deben ser subrayados enérgicamente. Y para abarcar a los más amplios círculos y capas proletarias, que deben emprender la lucha revolucionaria bajo la dirección del Partido Comunista, hay que crear nuevas formas de organización sobre la base más amplia y con los más amplios marcos. Este lugar de agrupamiento de todos los elementos revolucionarios es la Unión Obrera constituida sobre la base de las organizaciones de fábrica. La Unión debe agrupar a todos los obreros fieles al lema: ifuera de los sindicatos! Es ahí donde se forma el proletariado militante en las más vastas filas combativas. Para ser admitido basta el reconocimiento de la lucha de clases, el sistema de los Soviets y la dictadura. La educación política ulterior de las masas militantes y la orientación política de las mismas en la lucha es misión del Partido Comunista, que se halla fuera de la Unión Obrera. . ."

". . . Hay, por consiguiente, ahora, dos partidos comunistas, uno enfrente de otro:

"Uno, el partido de los jefes, que quiere organizar y dirigir la lucha revolucionaria desde arriba aceptando los compromisos y el parlamentarismo, con el fin de crear situaciones que permitan a estos jefes entrar en un gobierno de coalición en cuyas manos se halle la dictadura.

"Otro, el partido de las masas, que espera de abajo el impulso de la lucha revolucionaria, y no conoce ni aplica para esta lucha otro método que el que conduce claramente al fin, rechazando todos los procedimientos parlamentarios y oportunistas; ese método único es el derrocamiento incondicional de la burguesía para implantar después la dictadura de ciase del proletariado con el fin de instaurar el socialismo. . ."

". . . ¡De un lado la dictadura de los jefes, de otro la dictadura de las masas! Tal es nuestra consigna".

Tales son las tesis esenciales que caracterizan el punto de vista de la oposición en el Partido Comunista Alemán.

Todo bolchevique que haya contribuido conscientemente al desarrollo del bolchevismo desde 1903 o lo haya observado de cerca, no podrá menos de exclamar, inmediatamente después de haber leído estos razonamientos: "¡Qué antiguallas tan conocidas! ¡Qué infantilismo de 'izquierda'!"

Pero examinemos más de cerca estos razonamientos.

El solo hecho de preguntar: "¿dictadura del partido o b i e n dictadura de clase?, ¿dictadura (partido) de los jefes o b i e n dictadura (partido) de las masas?" acredita la más increíble e irremediable confusión de ideas. Hay gentes que se esfuerzan por inventar algo enteramente original y no consiguen más, en su afán de sabiduría, que caer en el ridículo. De todos es sabido que las masas se dividen en clases, que oponer las masas a las clases no puede permitirse más que en un sentido, si se opone una mayoría aplastante, en su totalidad, sin distinguirse las posiciones ocupadas con relación al régimen social de la producción, a categorías que ocupan una posición especial en este régimen; que las clases están generalmente, en la mayoría de los casos, por lo menos en los países civilizados modernos, dirigidas por partidos políticos; que los partidos políticos están dirigidos, por regla general, por grupos más o menos estables de las personas más autorizadas, influyentes, expertas, elegidas para los cargos más responsables y que se llaman jefes. Todo esto es el abecé, todo esto es sencillo y claro. ¿Qué necesidad había de poner en su lugar no sé qué galimatías, no sé qué nuevo "volapuk"[9]? Por un lado, estas gentes, por lo visto, se han desorientado, cayendo en una situación difícil, cuando la sucesión rápida de la vida legal e ilegal del partido altera las relaciones ordinarias, normales y simples entre los jefes, los partidos y las clases. En Alemania, como en los demás países europeos, se está excesivamente habituado a la legalidad, a la elección libre y regular de los "jefes" por los congresos reglamentarios del Partido, a la comprobación cómoda de la composición de clase de este último por medio de elecciones al parlamento, los mítines, la prensa, el estado de

espíritu de los sindicatos y otras asociaciones, etc. Cuando ha sido preciso, en virtud de la marcha borrascosa de la revolución y el desenvolvimiento de la guerra civil, pasar rápidamente de esta rutina a la sucesión, a la combinación de la legalidad y la ilegalidad, a los procedimientos "poco cómodos", "no democráticos", para designar, formar o conservar los "grupos de dirigentes", la gente ha perdido la cabeza y ha empezado a inventar un monstruoso absurdo. Por lo visto, los "tribunistas" holandeses[10], que han tenido la desgracia de nacer en un país pequeño con una tradición de situación legal privilegiada y particularmente estable y que jamás han visto la sucesión de las situaciones legales e ilegales, se han embrollado y han perdido la cabeza, favoreciendo las invenciones más absurdas.

Por otra parte, salta a la vista el uso irreflexivo y arbitrario de algunas palabras "de moda" en nuestra época, como "la masa", "los jefes". La gente ha oído muchos ataques contra los "jefes" y se los ha aprendido de memoria, ha oído cómo les oponían a la "masa", pero no se ha tomado el trabajo de reflexionar acerca del sentido de todo esto.

Al final de la guerra imperialista y después de ella, es cuando con más vivacidad y relieve se ha manifestado el divorcio entre "los jefes" y "la masa" en todos los países. La causa principal de este fenómeno ha sido explicada muchas veces por Marx y Engels, de 1852 a 1892, tomando el ejemplo de Inglaterra. La situación monopolista de dicho país dio origen al nacimiento de una "aristocracia obrera" oportunista, semipequeñoburguesa, salida de la "masa". Los jefes de esta aristocracia obrera se pasaban constantemente al campo de la burguesía y eran mantenidos por ella directa o indirectamente. Marx mereció el odio, que le honra, de estos canallas, porque les tildó públicamente de traidores. El imperialismo moderno (del siglo XX) ha creado también en favor de algunos países adelantados una situación privilegiada, monopolista, y sobre este terreno ha surgido en todas partes, dentro de la II Internacional, ese tipo de jefes traidores, oportunistas, socialchovinistas, que defienden los intereses de su corporación, de su reducida capa de aristocracia obrera. Estos partidos oportunistas se han separado de las "masas", es decir, de los sectores más vastos de trabajadores, de la mayoría de los mismos, de los obreros peor retribuidos. La victoria del proletariado revolucionario es imposible si no se lucha contra semejante mal, si no se desenmascara, si no se afrenta, si no se expulsa a los jefes oportunistas social traidores; tal es la política que ha llevado a la práctica la III Internacional.

Pero llegar con este pretexto a contraponer, e n t é r m i n o s g e n e r a l e s, la dictadura de las masas a la dictadura de los jefes, es un absurdo ridículo y una imbecilidad. Lo más divertido es que, de hecho, en el lugar de los antiguos jefes que se atenían a las ideas comunes sobre las cosas simples, se destacan (encubriéndolo con la consigna de "abajo

los jefes") jefes nuevos que dicen tonterías y disparates que escapan a todo calificativo. Tales son, en Alemania: Laufenberg, Wolf Heim, Horner [11], Karl Schroder, Friedrich Wendell, Karl Erler [*]. Las tentativas de este último para "profundizar" la cuestión y proclamar de un modo general la inutilidad y el "burguesismo" de los partidos políticos son tales columnas de Hércules de la estupidez, que le dejan a uno patidifuso. Cuán cierto es que de un pequeño error se puede siempre hacer uno monstruosamente grande, si se insiste sobre él, si se profundiza para encontrarle razones y si se quiere "llevarlo hasta las últimas consecuencias".

Negar la necesidad del partido y de la disciplina del partido, he aquí el resultado a que ha llegado la oposición. Y esto equivale a desarmar completamente al proletariado en provecho de la burguesía. Esto da por resultado los vicios pequeñoburgueses: dispersión, inconstancia, falta de capacidad para el dominio de sí mismo, para la unión de los esfuerzos, para la acción organizada que producen inevitablemente, si se es indulgente con ellos, la ruina de todo movimiento revolucionario del proletariado. Negar, desde el punto de vista comunista, la necesidad del partido, es dar un salto desde la víspera de la quiebra del capitalismo (en Alemania), no hasta la fase inferior o media, sino hasta la fase superior del comunismo. En Rusia (tres anos después de haber derribado a la burguesía) estamos dando todavía los primeros pasos desde el capitalismo al socialismo, o fase inferior del comunismo. Las clases han quedado y subsistirán en todas partes durante años después de la conquista del Poder por el proletariado. Es posible que en Inglaterra, donde no hay campesinos (¡aunque, en cambio, no faltan los pequeños patronos!) este plazo sea más breve. Suprimir las clases no consiste únicamente en expulsar a los terratenientes y a los capitalistas -- esto lo hemos hecho nosotros con relativa facilidad --, sino también en suprimir los pequeños productores de mercancías. Pero a éstos e s i m p o s i b I e e x p u l s a r l o s, es imposible aplastarlos; hay que entenderse con ellos, se les puede (y se les debe) transformar, reeducar tan sólo mediante una labor de organización muy larga, lenta y cautelosa. Estos pequeños productores cercan al proletariado por todas partes del elemento pequeñoburgués,

* En el Diario Obrero Comunista [12] (N.ƒ 32, Hamburgo, 7 de febrero de 1920), Karl Erler dice en un artículo titulado La disolución del Partido : "La dase obrera no puede destruir el Estado burgués sin aniquilar la democracia burguesa, y no puede aniquilar la democracia burguesa sin destruir los partidos".

Las cabezas más confusas de los sindicalistas y anarquistas latinos pueden sentirse "satisfechas": algunos alemanes de peso que, por lo visto, se consideran marxistas (con sus artículos en el citado periódico, K. Erler y K. Horner demuestran con aplomo que se consideran marxistas sólidos, aunque dicen de un modo singularmente ridículo tonterías inverosímiles, manifestando así no comprender el abecé del marxismo) llegan a afirmar cosas absurdas por completo. El reconocimiento del marxismo no preserva por sí solo de los errores. Los rusos saben bien esto, porque el marxismo ha estado "de moda" con harta frecuencia en nuestro país.

lo impregnan de este elemento, lo desmoralizan con él, provocan constantemente en el seno del proletariado recaídas de pusilanimidad pequeñoburguesa, de atomización, de individualismo, de oscilaciones entre la exaltación y el abatimiento. Son necesarias una centralización y una disciplina severísimas en el partido político del proletariado para hacer frente a eso, para permitir que el proletariado ejerza acertada, eficaz y victoriosamente su función organizadora (que es su función principal). La dictadura del proletariado es una lucha tenaz, cruenta e incruenta, violenta y pacífica, militar y económica, pedagógica y administrativa, contra las fuerzas y las tradiciones de la vieja sociedad. La fuerza de la costumbre de millones y decenas de millones de hombres, es la fuerza más terrible. Sin un partido férreo y templado en la lucha, sin un partido que goce de la confianza de todo lo que haya de honrado dentro de la clase, sin un partido que sepa pulsar el estado de espíritu de las masas e influir sobre él, es imposible llevar a cabo con éxito esta lucha. Es mil veces más fácil vencer a la gran burguesía centralizada, que "vencer" a millones y millones de pequeños patronos, estos últimos, con su actividad corruptora invisible, inaprehensible, de todos los días, producen los mismos resultados que la burguesía necesita, que determinan la restauración de la misma. El que debilita, por poco que sea, la disciplina férrea del partido del proletariado (sobre todo en la época de su dictadura) ayuda de hecho a la burguesía contra el proletariado.

Al lado de la cuestión sobre los jefes, el partido, la clase, la masa, hay que plantear la cuestión sobre los sindicatos "reaccionarios". Pero antes me permitiré hacer, a modo de conclusión, algunas advertencias fundadas en la experiencia de nuestro Partido. En éste siempre han existido los ataques contra la "dictadura de los jefes". La primera vez, que yo recuerde, fue en 1895, época en que nuestro Partido no existía aún formalmente, pero en que ya empezaba a constituirse en Petersburgo el grupo central que debía hacerse cargo de la dirección de los grupos regionales. En el IX Congreso de nuestro Partido (en abril de 1920), hubo una pequeña oposición, que se declaró asimismo contra la "dictadura de los jefes", la "oligarquía", etc. No hay, pues, nada de sorprendente, nada nuevo, nada alarmante en la "enfermedad infantil" del "comunismo de izquierda" de los alemanes. Esta enfermedad transcurre sin consecuencias y hasta, una vez pasada, deja más vigoroso el organismo. Por otra parte, la rápida sucesión del trabajo legal e ilegal, con la necesidad de "ocultar", de rodear sobre todo de secreto precisamente al Estado Mayor, a los jefes, motivó, en nuestro país, fenómenos profundamente peligrosos. El peor fue la entrada en el Comité Central de los bolcheviques, en 1912, de un agente provocador, Malinovski. Este causó la pérdida de decenas y decenas de los más excelentes y abnegados camaradas, llevándoles a los trabajos forzados y acelerando la muerte de muchos de ellos. Si no causó más daño fue porque habíamos establecido adecuadamente la

relación entre el trabajo legal y el ilegal. Para ganar nuestra confianza, Malinovski, como miembro del Comité Central del Partido y diputado en la Duma, tuvo que ayudarnos a organizar la publicación de periódicos diarios legales, que supieron, aun bajo el zarismo, llevar a cabo la lucha contra el oportunismo de los mencheviques y predicar los principios fundamentales del bolchevismo, con el necesario disimulo. Con una mano Malinovski mandaba al presidio y a la muerte a decenas de los mejores combatientes del bolchevismo, pero con la otra se veía obligado a contribuir a la educación de decenas y decenas de millares de nuevos bolcheviques por medio de la prensa legal. Este es un hecho en el que deberían reflexionar detenidamente los camaradas alemanes (y también los ingleses, los americanos, los franceses y los italianos), ante los cuales se presenta el problema de aprender a realizar una labor revolucionaria en los sindicatos reaccionarios*.

En muchos países, incluso en los más adelantados, la burguesía, sin duda alguna, envía y seguirá enviando provocadores a los partidos comunistas. Uno de los medios de luchar contra este peligro, es el de saber combinar como es debido el trabajo ilegal con el legal.

VI.- ¿DEBEN ACTUAR LOS REVOLUCIONARIOS EN LOS SINDICATOS REACCIONARIOS?

Los comunistas "de izquierda" alemanes creen que pueden responder resueltamente a esta cuestión con la negativa. En su opinión el vocerío y los gritos de cólera contra los sindicatos "reaccionarios" y "contrarrevolucionarios" (esto lo hace K. Horner con un "aplomo" y una necedad especialísimos) bastan para "demostrar" la inutilidad y hasta la inadmisibilidad de la labor de los revolucionarios, de los comunistas, en los sindicatos amarillos, socialchovinistas, conciliadores, en los sindicatos contrarrevolucionarios de los Legien.

Pero por convencidos que estén los comunistas "de izquierda" alemanes del carácter revolucionario de semejante táctica, ésta es

* Malinovski estuvo prisionero en Alemania. Cuando regresó a Rusia, ya bajo el gobierno bolchevique, fue inmediatamente entregado a los tribunales y fusilado por nuestros obreros. Los mencheviques nos han reprochado con especial acritud nuestro error, consistente en haber tenido un provocador en el Comité Central de nuestro Partido Pero cuando bajo Kerenski exigimos que fuera detenido y juzgado el Presidente de la Duma, Rodzianko, que desde antes de la guerra sabía que Malinovski era un provocador y no lo había comunicado a los diputados de los grupos de "trudoviques" [laboristas] y obreros en la Duma, ni los mencheviques ni los socialrevolucionarios, que formaban parte del gobierno junto con Kerenski, apoyaron nuestra demanda, y Rodzianko quedó en libertad y pudo largarse libremente a la zona ocupada por Denikin.

radicalmente errónea y no contiene más que frases vacías.

Para aclararlo, partiré de nuestra propia experiencia conforme al plan general del presente folleto, que tiene por objeto aplicar a la Europa occidental lo que la historia y la táctica actual del bolchevismo contienen de aplicable, importante y obligatorio en todas partes.

La relación entre jefes, partido, clase y masas, y, al mismo tiempo, la de la dictadura del proletariado y su partido con respecto a los sindicatos, se presenta actualmente entre nosotros en la forma concreta siguiente: la dictadura la lleva a cabo el proletariado organizado en Soviets, dirigido por el Partido Comunista bolchevique, que, según los datos del último Congreso (abril de 1920), cuenta con 611.000 miembros. El número de sus afiliados ha oscilado mucho tanto antes como después de la Revolución de Octubre, e incluso en 1918-1919 [13] fue mucho menos considerable. Tememos ensanchar excesivamente el Partido, porque los arribistas y caballeros de industria, que no merecen más que ser fusilados, tienden inevitablemente a infiltrarse en un partido que se halla en el Poder. Últimamente abrimos de par en par las puertas del Partido -- sólo para los obreros y campesinos --, en los días (invierno de 1919) en que Yudénich estaba a algunas verstas de Petrogrado y Denikin en Orel (a unas trescientas cincuenta verstas de Moscú), es decir, cuando la República Soviética se veía ante un peligro terrible, ante un peligro mortal, y los aventureros, los arribistas, los caballeros de industria y, en general, los cobardes, no podían contar con hacer una carrera ventajosa (sino más bien con la horca y las torturas) de adherirse a los comunistas. Un Comité Central de 19 miembros, elegido en el Congreso, dirige el Partido, que reúne congresos anuales (en el último, la representación era de un delegado por cada mil miembros) y la gestión de los asuntos corrientes la llevan en Moscú dos burós, aun más restringidos, denominados "Buró de Organización" y "Buró Político", elegidos en asambleas plenarias del Comité Central y compuestos cada uno de ellos por cinco miembros del C.C. Nos hallamos, por consiguiente, en presencia de una verdadera "oligarquía". No hay cuestión importante, política o de organización, que sea resuelta por cualquier institución estatal de nuestra República, sin que el Comité Central del Partido haya dado sus normas directivas.

El Partido se apoya directamente, para su labor, en los sindicatos, que cuentan ahora, según los datos del último Congreso (abril de 1920), más de cuatro millones de afiliados, y que en el aspecto formal son sin partido. De hecho, todas las instituciones directoras de la enorme mayoría de los sindicatos, y sobre todo, naturalmente, la central o Buró sindical (Consejo Central de los Sindicatos de Rusia) se componen de comunistas y aplican todas las directivas del Partido. Se obtiene, en conjunto, un aparato proletario, formalmente no comunista, flexible y relativamente

amplio, potentísimo, por medio del cual el Partido está estrechamente vinculado a la clase y a la masa y por medio del cual se lleva a cabo la dictadura de clase, bajo la dirección del Partido. Nos hubiera sido naturalmente imposible, no ya dos años, ni siquiera dos meses gobernar el país y sostener la dictadura, sin la más estrecha unión con los sindicatos, sin su apoyo entusiasta, sin su colaboración abnegada, no sólo en el terreno de la construcción económica, sino también en el militar. Se comprende que esta estrecha unión significa, en la práctica, una labor de propaganda, de agitación complejísima y variada, oportunas y frecuentes conferencias, no sólo con los dirigentes, sino con los militantes que, en general, tienen influencia en los sindicatos, una lucha decidida contra los mencheviques, que han conservado hasta hoy cierto número de partidarios -- muy pequeño en verdad --, a los que inician en todas las malas artes de la contrarrevolución, que, empezando por la defensa ideológica de la democracia (burguesa) y pasando por la prédica de la "independencia" de los sindicatos (independencia. . . ¡del Poder gubernamental proletario!), llegan hasta el sabotaje de la disciplina proletaria, etc., etc.

Reconocemos que para el mantenimiento del contacto con las "masas" son insuficientes los sindicatos. En el curso de la revolución se ha creado en Rusia una práctica que procuramos por todos los medios mantener, desarrollar, extender: las conferencias de obreros y campesinos sin partido, que nos permiten observar el estado de espíritu de las masas, acercarnos a ellas, responder a sus anhelos, elevar a los puestos gubernamentales a sus mejores elementos, etc. Por un decreto reciente sobre la organización del Comisariado del Pueblo de Control del Estado, que se convierte en "Inspección Obrera y Campesina", se concede a estas conferencias sin partido el derecho a elegir miembros del Control del Estado encargados de las funciones más diversas de revisión, etc.

Naturalmente, toda la labor del Partido se realiza, además, a través de los Soviets, que unifican a las masas trabajadoras, sin distinción de oficios. Los congresos de distrito de los Soviets representan una institución democrática, como jamás se ha visto en las mejores repúblicas democráticas del mundo burgués, y por medio de estos congresos (cuya labor sigue el Partido con toda la atención posible), así como por la designación constante de los obreros más conscientes para los cargos en las poblaciones rurales, el proletariado desempeña su función directora con respecto a la clase campesina, se realiza la dictadura del proletariado de las ciudades, la lucha sistemática contra los campesinos ricos, burgueses, explotadores y especuladores, etc.

Tal es el mecanismo general del Poder estatal proletario examinado "desde arriba", desde el punto de vista de la realización práctica de la dictadura. Es de esperar que el lector comprenderá por qué el bolchevique

ruso, que conoce de cerca este mecanismo y lo ha visto nacer de los pequeños círculos ilegales y clandestinos en el curso de 25 años, no puede por menos de hallar ridículas, pueriles y absurdas todas las discusiones sobre la dictadura "desde arriba" o "desde abajo", la dictadura de los jefes o la dictadura de las masas, etc., como lo sería una disputa acerca de la utilidad mayor o menor para el hombre de la pierna izquierda o del brazo derecho.

Tampoco pueden no parecernos ridículas, pueriles y absurdas las muy sabias, importantes y terriblemente revolucionarias disquisiciones de los comunistas de izquierda alemanes sobre este tema, a saber: que los comunistas no pueden ni deben militar en los sindicatos reaccionarios, que es lícito renunciar a semejante acción, que hay que salir de los sindicatos y organizar sin falta "uniones obreras" nuevecitas, completamente puras, inventadas por comunistas muy simpáticos (y en la mayoría de los casos, probablemente muy jóvenes), etc., etc.

El capitalismo lega inevitablemente al socialismo, de una parte, las viejas distinciones profesionales y corporativas que se han formado en el transcurso de los siglos entre los obreros, y, de otra, los sindicatos, que no pueden desarrollarse sino muy lentamente en el curso de los años y que se transformarán con el tiempo en sindicatos de industria más amplios, menos corporativos (que engloban a industrias enteras, y no sólo a corporaciones, oficios y profesiones). Después, por mediación de estos sindicatos de industria, se pasará a la supresión de la división del trabajo entre los hombres, a la educación, la instrucción y la formación de hombres universalmente desarrollados y universalmente preparados, hombres que lo sabrán hacer todo. En este sentido se orienta, debe orientarse y a esto llegará el comunismo aunque dentro de muchos años. Intentar llevar actualmente a la práctica ese resultado futuro de un comunismo llegado al término de su completo desarrollo, solidez y formación, de su íntegra realización y de su madurez, es lo mismo que querer enseñar matemáticas superiores a un niño de cuatro años.

Podemos (y debemos) emprender la construcción del socialismo, no con un material humano fantástico, especialmente creado por nosotros, sino con el que nos ha dejado como herencia el capitalismo. Ni que decir tiene que esto es muy "difícil", pero cualquier otro modo de abordar el problema es tan poco serio, que ni siquiera merece ser mencionado.

Los sindicatos representaban un progreso gigantesco de la clase obrera en los primeros tiempos del desarrollo del capitalismo, por cuanto significaban el paso de la división y de la impotencia de los obreros a los embriones de unión de clase. Cuando empezó a desarrollarse la forma superior de unión de clase de los proletarios, el partido revolucionario

del proletariado (que no merecerá este nombre mientras no sepa ligar a los líderes con la clase y las masas en un todo único, indisoluble), los sindicatos empezaron a manifestar fatalmente ciertos rasgos reaccionarios, cierta estrechez corporativa, cierta tendencia al apoliticismo, cierto espíritu rutinario, etc. Pero el desarrollo del proletariado no se ha efectuado ni ha podido efectuarse en ningún país de otro modo que por los sindicatos y por su acción concertada con el partido de la clase obrera. La conquista del Poder político por el proletariado es un progreso gigantesco de este último considerado como clase; y el partido se encuentra en la obligación de consagrarse mas, y de un modo nuevo y no por los procedimientos antiguos, a la educación de los sindicatos, a dirigirlos, sin olvidar al mismo tiempo que éstos son y serán todavía bastante tiempo una "escuela de comunismo" necesaria, la escuela preparatoria de los proletarios para la realización de su dictadura, la asociación indispensable de los obreros para el paso progresivo de la dirección de toda la economía del país, primero a manos de la clase obrera (y no de profesiones aisladas) y después a manos de todos los trabajadores.

Bajo la dictadura del proletariado, es inevitable cierto "espíritu reaccionario" de los sindicatos en el sentido indicado. No comprenderlo significa dar pruebas de una incomprensión total de las condiciones fundamentales de la transición del capitalismo al socialismo. Temer este "espíritu reaccionario", esforzarse por prescindir de él, por saltar por encima de él, es una inmensa tontería, pues equivale a temer el papel de vanguardia del proletariado, que consiste en educar, instruir, preparar, traer a una vida nueva a los sectores más atrasados de las masas obreras y campesinas. Por otro lado, aplazar la dictadura del proletariado hasta que no quedase ni un solo obrero de estrecho espíritu sindical, un solo obrero que tuviese prejuicios tradeunionistas y corporativos, sería un error todavía más profundo. El arte del político (y la comprensión acertada de sus deberes en el comunista) consiste precisamente en saber apreciar con exactitud las condiciones y el momento en que la vanguardia del proletariado puede tomar victoriosamente el Poder, en que puede, durante la toma del Poder y después de ella, obtener un apoyo suficiente de sectores suficientemente amplios de la clase obrera y de las masas laboriosas no proletarias, en que puede, después de la toma del Poder, mantener, afianzar, ensanchar su dominio, educando, instruyendo, atrayéndose a masas cada vez más amplias de trabajadores.

Más aun. En los países más adelantados que Rusia, se ha hecho sentir y debía hacerse sentir un cierto espíritu reaccionario de los sindicatos, indudablemente más acentuado que en nuestro país. Aquí los mencheviques hallaban (y en parte hallan todavía en un pequeño número de sindicatos) un apoyo entre los sindicatos, precisamente gracias a esa estrechez corporativa, a ese egoísmo profesional y al oportunismo. Los

mencheviques de Occidente se han "fortificado" mucho más sólidamente en los sindicatos, allí ha surgido una capa mucho más fuerte de "aristocracia obrera " profesional, mezquina, egoísta, desalmada, ávida, pequeñoburguesa, de espíritu imperialista, comprada y corrompida por el imperialismo. Esto es indiscutible. La lucha contra los Gompers, contra los señores Jouhaux, los Henderson, Merrheim, Legien y Cía. en la Europa occidental, es mucho más difícil que la lucha contra nuestros mencheviques, que representan un tipo social y político completamente homogéneo. Es preciso sostener esta lucha implacablemente y continuarla como hemos hecho nosotros hasta cubrir de oprobio y arrojar de los sindicatos a todos los jefes incorregibles del oportunismo y del socialchovinismo. Es imposible conquistar el Poder político (y no debe intentarse tomar el Poder político) mientras esta lucha no haya alcanzado cierto grado; este "cierto grado" no es idéntico en todos los países y en todas condiciones, y sólo dirigentes políticos reflexivos, experimentados y competentes del proletariado pueden determinarlo con acierto en cada país. (En Rusia nos dieron la medida del éxito en nuestra lucha, entre otras cosas, las elecciones a la Asamblea Constituyente en noviembre de 1917, unos días después de la revolución proletaria del 25 de octubre de 1917. En dichas elecciones, los mencheviques fueron literalmente aplastados, obteniendo 0,7 millones de votos -- 1,4 millones, contando los de Transcaucasia -- contra nueve millones alcanzados por los bolcheviques. Véase mi artículo "Las elecciones a la Asamblea Constituyente y la dictadura del proletariado", en el número 7-8 de "La Internacional Comunista".)

Pero la lucha contra ia "aristocracia obrera" la sostenemos en nombre de la masa obrera y para ponerla de nuestra parte; la lucha contra los jefes oportunistas y socialchovinistas la llevamos a cabo para conquistar a la clase obrera. Sería necio olvidar esta verdad elementalísima y más que evidente. Y tal es precisamente la necedad que cometen los comunistas alemanes "de izquierda", los cuales deducen del carácter reaccionario y contrarrevolucionario de los cabecillas de los sindicatos la conclusión de la necesidad de. . . ¡¡salir de los sindicatos!!, de ¡¡renunciar a trabajar en los mismos!! y de ¡¡crear nuevas formas de organización obrera i n v e n t a d a s por ellos!! Es ésta una estupidez tan imperdonable que equivale al mejor servicio prestado a la burguesía por los comunistas. Porque nuestros mencheviques, como todos los líderes sindicales oportunistas, socialchovinistas y kautskianos, no son más que "agentes de la burguesía en el movimiento obrero" (como hemos dicho siempre refiriéndonos a los mencheviques) o en otros términos, los "lugartenientes obreros de la clase de los capitalistas" [labor lieutenants of the capitalist class], según la magnífica expresión, profundamente exacta, de los discípulos de Daniel de León en los Estados Unidos. No actuar en el seno de los sindicatos reaccionarios, significa abandonar a las masas obreras insuficientemente desarrolladas o atrasadas, a la influencia de los líderes reaccionarios,

de los agentes de la burguesía, de los obreros aristócratas u "obreros aburguesados" (sobre este punto véase la carta de 1858 de Engels a Marx acerca de los obreros ingleses).

Precisamente la absurda "teoría" de la no participación de los comunistas en los sindicatos reaccionarios demuestra con la mayor evidencia con qué ligereza estos comunistas "de izquierda" consideran la cuestión de la influencia sobre las "masas" y de qué modo abusan de su griterío acerca de las "masas". Para saber ayudar a la "masa", para adquirir su simpatía, su adhesión y su apoyo, no hay que temer las dificultades, las zancadillas, los insultos, los ataques, las persecuciones de los "jefes" (que, siendo oportunistas y socialchovinistas, están en la mayor parte de los casos en relación directa o indirecta con la burguesía y la policía) y trabajar sin falta allí donde estén las masas. Hay que saber hacer toda clase de sacrificios, vencer los mayores obstáculos para entregarse a una propaganda y agitación sistemática, tenaz, perseverante, paciente, precisamente en las instituciones, sociedades, sindicatos, por reaccionarios que sean, donde se halle la masa proletaria o semiproletaria. Y los sindicatos y las cooperativas obreras (estas últimas, por lo menos, en algunos casos) son precisamente las organizaciones donde están las masas. En Inglaterra, según los datos publicados por el periódico sueco "Folkets Dagblad Politiken"[14] del 10 de marzo de 1920, el número de miembros de las tradeuniones se ha elevado, desde fines de 1917 a últimos de 1918, de 5,5 millones a 6,6 millones, es decir que ha aumentado en el 19 por ciento. A fines de 1919, los efectivos ascendían a 7 millones y medio. No tengo a mano las cifras correspondientes a Francia y Alemania, pero algunos hechos, enteramente indiscutibles y conocidos de todo el mundo, atestiguan el considerable crecimiento del número de miembros de los sindicatos también en estos países.

Estos hechos manifiestan con entera claridad lo que otros mil síntomas confirman: los progresos de la conciencia y de los anhelos de organización precisamente en las masas proletarias, en los sectores más "bajos" de ellas, en los más atrasados. Millones de obreros en Inglaterra, en Francia, en Alemania pasan por primera vez de la inorganización completa a la forma más elemental y rudimentaria, más simple y más accesible (para los que se hallan todavía de lleno impregnados de prejuicios democrático burgueses) de organización: precisamente los sindicatos; y los comunistas de izquierda, revolucionarios, pero irreflexivos, quedan al lado y gritan: "¡Masa!", "¡Masa!" y ¡¡se niegan a trabajar en los s i n d i c a t o s!! ¡¡so pretexto de su "espíritu reaccionario"!! e inventan una "Unión Obrera" nuevecita, pura, limpia de todo prejuicio democrático burgués y de todo pecado de estrechez corporativa y profesional, "Unión Obrera" que será (¡que será!) -- dicen -- muy amplia y para la admisión en la cual se exige solamente (¡solamente!) ¡¡el "reconocimiento del sistema de los Soviets y

de la dictadura" (sobre esto véase la cita transcrita más arriba)!!

No se puede concebir mayor insensatez, un daño mayor causado a la revolución por los revolucionarios "de izquierda". Si hoy en Rusia, después de dos años y medio de triunfos sin precedentes sobre la burguesía rusa y la de la Entente, estableciéramos como condición precisa para el ingreso en los sindicatos el "reconocimiento de la dictadura", cometeríamos una tontería, quebrantaríamos nuestra influencia sobre las masas, ayudaríamos a los mencheviques. Porque toda la tarea de los comunistas consiste en saber convencer a los elementos atrasados, en saber trabajar entre ellos y no en aislarse de ellos mediante fantásticas consignas infantilmente "izquierdistas".

Es indudable que los señores Gompers, Henderson, Jouhaux, Legien están muy reconocidos a esos revolucionarios "de izquierda" que, como los de la oposición "de principio" alemana (¡el cielo nos preserve de semejantes "principios"!) o de algunos revolucionarios de "Los Trabajadores Industriales del Mundo" [15] en los Estados Unidos, predican la salida de los sindicatos reaccionarios y la renuncia a trabajar en los mismos. No dudamos de que los señores "jefes" del oportunismo recurrirán a todos los procedimientos de la diplomacia burguesa, al concurso de los gobiernos burgueses, de los curas, de la policía, de los tribunales, para impedir la entrada de los comunistas en los sindicatos, para expulsarles de ellos por todos los medios posibles, para hacer su labor en los sindicatos lo más desagradable posible, para ofenderles, acosarles y perseguirles. Hay que saber resistir a todo esto, disponerse a todos los sacrificios, emplear incluso, en caso de necesidad, todas las estratagemas, todas las astucias, los procedimientos ilegales, silenciar y ocultar la verdad con objeto de penetrar en los sindicatos, permanecer en ellos y realizar allí, cueste lo que cueste, una labor comunista. Bajo el régimen zarista, hasta 1905, no tuvimos ninguna "posibilidad legal", pero cuando el policía Subátov organizó sus asambleas, sus asociaciones obreras reaccionarias, con objeto de cazar a los revolucionarios y luchar con ellos, enviamos allí miembros de nuestro Partido (recuerdo entre ellos al camarada Bábushkin, un destacado obrero petersburgués, fusilado en 1906 por los generales zaristas), los cuales establecieron el contacto con la masa, consiguieron realizar su agitación y sustraer a los obreros a la influencia de las gentes de Subátov[*]. Actuar así, naturalmente, es más difícil en los países de la Europa occidental, especialmente impregnados de prejuicios legalistas, constitucionales, democrático-burgueses, particularmente arraigados. Pero se puede y se debe hacer, procediendo sistemáticamente.

El Comité Ejecutivo de la III Internacional debe, a mi juicio, condenar abiertamente y proponer al próximo Congreso de la Internacional Comunista que condene tanto la política de no participación

en los sindicatos reaccionarios (motivando detalladamente la insensatez de esta no participación y el grave daño que se hace a la causa de la revolución proletaria con semejante actitud) y, de un modo particular, la línea de conducta de algunos miembros del Partido Comunista Holandés, los cuales (directa o indirectamente, abierta o encubiertamente, general o parcialmente, lo mismo da), han sostenido esta política errónea. La III Internacional debe romper con la táctica de la Segunda y no eludir las cuestiones escabrosas, no ocultarlas, sino plantearlas a rajatabla. Hemos dicho cara a cara la verdad a los "independientes" (Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania); del mismo modo hay que decir toda la verdad cara a cara a los comunistas "de izquierda".

VII.- ¿DEBE PARTICIPARSE EN LOS PARLAMENTOS BURGUESES?

Los comunistas "de izquierda" alemanes, con el mayor desprecio -- y la mayor ligereza --, responden a esta pregunta negativamente. ¿Sus argumentos? En la cita que hemos reproducido más arriba leemos:

". . . rechazar del modo más categórico todo retorno a los métodos de lucha parlamentarios, los cuales han caducado ya histórica y políticamente. . ."

Esto está dicho en un tono ridículo, de puro presuntuoso, y es una falsedad evidente. ¡"Retorno" al parlamentarismo! ¿Existe ya acaso en Alemania una República Soviética? Parece ser que no. ¿Cómo puede hablarse entonces de "retorno"? ¿No es esto una frase vacía?

El parlamentarismo "ha caducado históricamente". Esto es cierto desde el punto de vista de la propaganda. Pero nadie ignora que de ahí a su superación práctica hay una distancia inmensa. Hace ya algunas décadas que podía decirse, con entera justicia, que el capitalismo había "caducado históricamente", lo cual no impide, ni mucho menos, que nos veamos precisados a sostener una lucha muy prolongada y muy tenaz sobre el terreno del capitalismo. El parlamentarismo "ha caducado históricamente" desde un punto de vista histórico universal, es decir, la época del parlamentarismo burgués ha terminado, la época de la dictadura del proletariado ha empezado. Esto es indiscutible, pero en la historia universal se cuenta por décadas. Aquí diez o veinte años más o menos no tienen importancia, desde el punto de vista de la historia universal son una

---

* Los Gompers, Henderson, Jouhaux, Legien, no son otra cosa que los Subátov, que se distinguen del nuestro por su traje europeo, por su porte elegante, por los refinados medios aparentemente democráticos y civilizados de realización de su canallesca política.

pequeñez, imposible de apreciar ni aproximadamente. Pero, precisamente por eso, remitirse en una cuestión de política práctica a la escala de la historia universal, es la aberración teórica más escandalosa.

¿Ha "caducado políticamente" el parlamentarismo? Esto es ya otra cuestión. Si fuese cierto, la posición de los "izquierdistas" sería sólida. Pero hay que probarlo por medio de un análisis serio, y los "izquierdistas" ni siquiera saben abordarlo. El análisis contenido en las "Tesis sobre el parlamentarismo", publicadas en el número 1 del "Boletín de la Oficina Provisional de Amsterdam de la Internacional Comunista" ("Bulletin of the Provisional Bureau in Amsterdam of the Communist International", February [16] 1920), y que expresan claramente las tendencias específicamente izquierdistas de los holandeses o las tendencias de izquierda específicamente holandesas, como veremos, no vale tampoco un comino.

En primer lugar, los comunistas "de izquierda" alemanes, como se sabe, ya en enero de 1919 consideraban el parlamentarismo como "políticamente caduco", contra la opinión de dirigentes políticos tan eminentes como Rosa Luxemburgo y Carlos Liebknecht. Como es sabido, los "izquierdistas" se equivocaron. Este hecho basta para destruir de golpe y radicalmente la tesis según la cual el parlamentarismo "ha caducado políticamente". Los "izquierdistas" tienen el deber de demostrar por qué ese error indiscutible de entonces ha dejado de serlo hoy. Pero no aportan la menor sombra de prueba, ni pueden aportarla. La actitud de un partido político ante sus errores es una de las pruebas más importantes y más fieles de la seriedad de ese partido y del cumplimiento efectivo de sus deberes hacia su clase y hacia las masas trabajadoras. Reconocer abiertamente los errores, poner al descubierto sus causas, analizar la situación que los ha engendrado y examinar atentamente los medios de corregirlos: esto es lo que caracteriza a un partido serio, en esto es en lo que consiste el cumplimiento de sus deberes, esto es educar e instruir a la clase, primero, y, después, a las masas. Como no cumplen esa obligación suya, como no ponen toda la atención, todo el celo y cuidados necesarios para estudiar su error manifiesto, los "izquierdistas" de Alemania (y de Holanda) muestran que no son el partido de una clase, sino un círculo, que no son el partido de las masas, sino un grupo de intelectuales y un reducido número de obreros que imitan los peores rasgos de los intelectualoides.

En segundo lugar, en el mismo folleto del grupo "de izquierda" de Francfort, del que hemos dado citas detalladas más arriba, leemos:

". . . los millones de obreros que siguen todavía la política del centro" (del Partido Católico del "Centro") "son contrarrevolucionarios. Los proletarios del campo forman las legiones de los ejércitos

contrarrevolucionarios" (pág. 3 del folleto citado).

Como se ve, todo esto está dicho con un énfasis y una exageración excesivos. Pero el hecho fundamental aquí referido es indiscutible, y su reconocimiento por los "izquierdistas" atestigua con particular evidencia su error. En efecto, ¡¿cómo se puede decir que el "parlamentarismo ha caducado políticamente", si "millones" y "legiones" de proletarios son todavía, no sólo partidarios del parlamentarismo en general, sino hasta francamente "contrarrevolucionarios"?!

Es evidente que el parlamentarismo en Alemania no ha caducado aún políticamente. Es evidente que los "izquierdistas" de Alemania han tomado su deseo, su ideal político por una realidad objetiva. Este es el más peligroso de los errores para los revolucionarios. En Rusia, donde el yugo profundamente salvaje y cruel del zarismo engendró, durante un período sumamente prolongado y en formas particularmente variadas, revolucionarios de todos los matices, revolucionarios de una abnegación, de un entusiasmo, de un heroísmo, de una fuerza de voluntad asombrosos, en Rusia, hemos podido observar muy de cerca, estudiar con mucha atención, conocer a la perfección este error de los revolucionarios, y por esto lo apreciamos con especial claridad en los demás. Naturalmente, para los comunistas de Alemania el parlamentarismo "ha caducado políticamente", pero se trata precisamente de no creer que lo que ha caducado para nosotros haya caducado para la clase, para la masa. Una vez más, vemos aquí que los "izquierdistas" no saben razonar, no saben conducirse como partido de clase, como partido de masas. Vuestro deber consiste en no descender hasta el nivel de las masas, hasta el nivel de los sectores atrasados de la clase. Esto es indiscutible. Tenéis el deber de decirles la amarga verdad, de decirles que sus prejuicios democrático-burgueses y parlamentarios son eso, prejuicios, pero al mismo tiempo, debéis observar serenamente el estado real de conciencia y de preparación de la clase entera (y no sólo de su vanguardia comunista), de toda la masa trabajadora entera (y no sólo de sus individuos avanzados).

Aunque no fuesen "millones" y "legiones", sino una simple minoría bastante importante de obreros industriales, la que siguiese a los curas católicos, y de obreros agrícolas, la que siguiera a los terratenientes y campesinos ricos (Gross-bauern), podría asegurarse ya sin dudar que el parlamentarismo en Alemania no había caducado todavía políticamente, que la participación en las elecciones parlamentarias y la lucha en la tribuna parlamentaria es obligatoria para el partido del proletariado revolucionario, precisamente para educar a los elementos atrasados de su clase, precisamente para despertar e ilustrar a la masa aldeana analfabeta, ignorante y embrutecida. Mientras no tengáis fuerza para disolver el parlamento burgués y cualquiera otra institución reaccionaria, estáis

obligados a trabajar en el interior de dichas instituciones, precisamente porque hay todavía en ellas obreros idiotizados por el clero y por la vida en los rincones más perdidos del campo. De lo contrario, corréis el riesgo de convertiros en simples charlatanes.

En tercer lugar, los comunistas "de izquierda" nos colman de elogios a nosotros, los bolcheviques. A veces dan ganas de decirles: ¡alabadnos menos, pero compenetraos más con nuestra táctica, familiarizaos más con ella! Participamos, de septiembre a noviembre de 1917, en las elecciones al parlamento burgués de Rusia, a la Asamblea Constituyente. ¿Era acertada nuestra táctica o no? Si no lo era, hay que decirlo claramente y demostrarlo: es indispensable para elaborar la táctica justa del comunismo internacional. Si lo era, deben sacarse de ello las conclusiones que se imponen. Naturalmente, no se trata, ni mucho menos, de equiparar las condiciones de Rusia a las de la Europa occidental. Pero especialmente con respecto al significado de la idea de que el "parlamentarismo ha caducado políticamente", hay que tener cuidadosamente en cuenta nuestra experiencia, pues si no se toma en consideración una experiencia concreta, estas ideas se convierten con excesiva facilidad en frases vacías. ¿Acaso no teníamos nosotros, los bolcheviques rusos, en aquel período, de septiembre a noviembre de 1917, más derecho que cualesquiera otros comunistas de Occidente a considerar que el parlamentarismo había caducado políticamente en Rusia? Lo teníamos, naturalmente, pues no se trata de si los parlamentos burgueses llevan mucho tiempo de existencia o existen desde hace poco, sino del grado de preparación (ideológica, política, práctica) de las grandes masas trabajadoras para aceptar el régimen soviético y disolver o admitir la disolución del parlamento democrático burgués. Que en Rusia, de septiembre a noviembre de 1917, la clase obrera de las ciudades, los soldados y los campesinos estaban, en virtud de una serie de condiciones específicas, excepcionalmente dispuestos a aceptar el régimen soviético y a disolver el parlamento burgués más democrático, es un hecho histórico absolutamente indiscutible y plenamente demostrado. Y no obstante, los bolcheviques no boicotearon la Asamblea Constituyente, sino que participaron en las elecciones tanto antes como después de la conquista del Poder político por el proletariado. Que dichas elecciones han dado resultados políticos extraordinariamente valiosos (y excepcionalmente útiles para el proletariado), es un hecho que creo haber demostrado en el artículo citado más arriba, donde analizo detalladamente los resultados de las elecciones a la Asamblea Constituyente de Rusia.

La conclusión que de ello se deriva es absolutamente indiscutible: está probado que, aun unas semanas antes del triunfo de la República Soviética, aun después de este triunfo, la participación en un parlamento democrático burgués, no sólo no perjudica al proletariado revolucionario,

sino que le facilita la posibilidad de hacer ver a las masas atrasadas por qué semejantes parlamentos merecen ser disueltos, facilita el éxito de su disolución, facilita la "eliminación política" del parlamentarismo burgués. No tener en cuenta esta experiencia y pretender al mismo tiempo pertenecer a la Internacional Comunista, que debe elaborar internacionalmente su táctica (no una táctica estrecha o exclusivamente nacional, sino precisamente una táctica internacional), significa incurrir en el más profundo de los errores y precisamente apartarse de hecho del internacionalismo, aunque éste sea proclamado de palabra.

Consideremos ahora los argumentos "izquierdistas específicamente holandeses" en favor de la no participación en los parlamentos. He aquí la tesis 4, una de las más importantes tesis "holandesas" citadas más arriba, traducida del inglés:

"Cuando el sistema capitalista de producción es destrozado y la sociedad atraviesa un período revolucionario, la acción parlamentaria pierde poco a poco su valor, en comparación con la acción de las propias masas. Cuando en estas condiciones el parlamento se convierte en el centro y el órgano de la contrarrevolución, y, por otra parte, la clase obrera crea los instrumentos de su Poder en forma de Soviets, puede resultar incluso necesario renunciar a toda participación en la acción parlamentaria".

La primera frase es evidentemente falsa, pues la acción de las masas, por ejemplo, una gran huelga, es siempre más importante que la acción parlamentaria, y no sólo durante la revolución o en una situación revolucionaria. Este argumento, de indudable inconsistencia histórica y políticamente falso, muestra sólo, con particular evidencia, que los autores no tienen para nada en cuenta ni la experiencia de toda Europa (de Francia en vísperas de las revoluciones de 1848 y 1870, de Alemania entre 1878 y 1890, etc.) ni de Rusia (véase más arriba) sobre la importancia de la combinación de la lucha legal con la ilegal. Esta cuestión tiene una importancia inmensa, tanto de un modo general como de un modo especial, porque en todos los países civilizados y adelantados se acerca a grandes pasos la época en que dicha combinación será -- y lo es ya en parte -- cada vez más obligatoria para el partido del proletariado revolucionario, a consecuencia de la maduración y de la proximidad de la guerra civil del proletariado con la burguesía, a consecuencia de las feroces persecuciones de los comunistas por los gobiernos republicanos y, en general, por los gobiernos burgueses, que violan constantemente la legalidad (como ejemplo de ello basta citar a los Estados Unidos), etc. Esta cuestión esencial es absolutamente incomprendida por los holandeses y los izquierdistas en general.

La segunda frase es, en primer término, falsa históricamente.

Los bolcheviques hemos actuado en los parlamentos más contrarrevolucionarios, y la experiencia ha demostrado que semejante participación ha sido, no sólo útil, sino necesaria para el partido del proletariado revolucionario, precisamente después de la primera revolución burguesa en Rusia (1905) para preparar la segunda revolución burguesa (febrero de 1917) y luego la revolución socialista (octubre de 1917). En segundo lugar, dicha frase es de un ilogismo sorprendente. De que el parlamento se convierta en el órgano y “centro” (aunque dicho sea de paso, no ha sido nunca ni ha podido ser en realidad el “centro”) de la contrarrevolución y de que los obreros creen los instrumentos de su Poder en forma de Soviets, se sigue que los trabajadores deben prepararse ideológica, política y técnicamente para la lucha de los Soviets contra el parlamento, para la disolución del parlamento por los Soviets. Pero de esto no se deduce en modo alguno que semejante disolución sea obstaculizada, o no sea facilitada por la presencia de una oposición sovietista en el interior de un parlamento contrarrevolucionario. Jamás hemos notado durante nuestra lucha victoriosa contra Denikin y Kolchak que la existencia de una oposición proletaria, sovietista, en sus dominios, haya sido indiferente para nuestros triunfos. Sabemos perfectamente que la disolución de la Constituyente, llevada a cabo por nosotros el 5 de enero de 1918, lejos de ser dificultada, fue facilitada por la presencia dentro de la Constituyente contrarrevolucionaria que disolvíamos, tanto de una oposición sovietista consecuente, la bolchevique, como también de una oposición sovietista inconsecuente, la de los socialrevolucionarios de izquierda. Los autores de la tesis se han embrollado completamente y han olvidado la experiencia de una serie de revoluciones, si no de todas, experiencia que acredita los servicios especiales prestados, en tiempo de revolución, por la combinación de la acción de masas fuera del parlamento reaccionario y de una oposición simpatizante de la revolución (o mejor aun, que la defienda francamente) dentro del parlamento. Los holandeses y los “izquierdistas” en general razonan aquí como unos doctrinarios de la revolución que nunca han tomado parte en una revolución verdadera, o que jamás han reflexionado sobre la historia de las revoluciones o que toman ingenuamente la “negación” subjetiva de una cierta institución reaccionaria, por su destrucción efectiva mediante el conjunto de fuerzas de una serie de factores objetivos.

El medio más seguro de desacreditar una nueva idea política (y no solamente política) y perjudicarla, consiste en llevarla hasta el absurdo, so pretexto de defenderla. Pues toda verdad, si se la obliga a “sobrepasar los límites” (como decía Dietzgen padre), si se exagera, si se extiende más allá de los limites dentro de los cuales es realmente aplicable, puede ser llevada al absurdo, y, en las condiciones señaladas, se convierte infaliblemente en absurdo. Tal es el mal servicio que prestan los izquierdistas de Holanda y Alemania a la nueva verdad de la superioridad

del Poder soviético sobre los parlamentos democráticoburgueses. Indudablemente, quien de un modo general siguiera sosteniendo la vieja afirmación de que abstenerse de participar en los parlamentos burgueses es inadmisible en todas las circunstancias, estaría en un error. No puedo intentar formular aquí las condiciones en que es útil el boicot, porque el objeto de este artículo es más modesto: se reduce sólo a analizar la experiencia rusa en relación con algunas cuestiones actuales de táctica comunista internacional. La experiencia rusa nos da una aplicación feliz y acertada (1905) y otra equivocada (1906) del boicot por los bolcheviques. Analizando el primer caso, vemos: los bolcheviques consiguieron impedir la convocatoria del parlamento reaccionario por el Poder reaccionario, en un momento en que la acción revolucionaria extraparlamentaria de las masas (particularmente las huelgas) crecía con excepcional rapidez, en que no había ni un solo sector del proletariado y de la clase campesina que pudiera sostener de ningún modo el Poder reaccionario, en que la influencia del proletariado revolucionario sobre la masa atrasada estaba asegurada por la lucha huelguística y el movimiento agrario. Es por completo evidente que esta experiencia es inaplicable a las condiciones actuales europeas. Y es también evidente -- en virtud de los argumentos expuestos más arriba -- que la defensa, aunque condicional, de la renuncia a participar en los parlamentos, hecha por los holandeses y los "izquierdistas", es radicalmente falsa y nociva para la causa del proletariado revolucionario.

En Europa occidental y América, el parlamento se ha hecho extraordinariamente odioso a la vanguardia revolucionaria de la clase obrera. Es indiscutible. Y se comprende perfectamente, pues es difícil imaginarse algo más vil, más abyecto, más traidor que la conducta de la inmensa mayoría de los diputados socialistas y socialdemócratas en el parlamento durante la guerra y después de la misma. Pero seria no sólo irrazonable, sino francamente criminal dejarse llevar por estos sentimientos al decidir la cuestión de cómo se debe luchar contra el mal universalmente reconocido. En muchos países de la Europa occidental el sentimiento revolucionario puede decirse que es todavía una "novedad", una "rareza" esperada demasiado tiempo, en vano, con impaciencia, y por esto se deja con tanta facilidad que este sentimiento predomine. Naturalmente, sin un estado de espíritu revolucionario de las masas, sin condiciones favorables para el desarrollo de dicho estado de espíritu, la táctica revolucionaria no se trocará en acción; pero a nosotros, en Rusia, una larga, dura y sangrienta experiencia nos ha convencido de que con el sentimiento revolucionario solo, es imposible crear una táctica revolucionaria. La táctica debe ser elaborada teniendo en cuenta, serenamente, y de un modo estrictamente objetivo, todas las fuerzas de clase del Estado de que se trate (y de los Estados que le rodean y de todos los Estados en escala mundial), así como la experiencia de los movimientos revolucionarios. Manifestar el "espíritu revolucionario" sólo con injurias al oportunismo parlamentario,

únicamente condenando la participación en los parlamentos, resulta facilísimo; pero precisamente porque es facilísimo no es la solución de un problema difícil, de un problema dificilísimo. Es mucho más difícil en los parlamentos occidentales que en Rusia crear una fracción parlamentaria verdaderamente revolucionaria.

Desde luego. Pero esto no es sino un reflejo parcial de la verdad general de que a Rusia, en la situación histórica concreta, extraordinariamente original del año 1917, le fue fácil comenzar la revolución socialista; en cambio, continuarla y llevarla a término, le será a Rusia más difícil que a los países europeos. Ya a comienzos de 1918 hube de indicar esta circunstancia, y la experiencia de los dos años transcurridos desde entonces ha venido a confirmar la exactitud de aquella indicación. Condiciones específicas como fueron: 1) la posibilidad de hacer coincidir la revolución soviética con la terminación, gracias a ella, de la guerra imperialista, que había extenuado hasta lo indecible a los obreros y campesinos; 2) la posibilidad de aprovechar durante cierto tiempo la lucha a muerte en que estaban enzarzados los dos grupos mundiales más poderosos de tiburones imperialistas, grupos que no podían unirse contra el enemigo soviético; 3) la posibilidad de soportar una guerra civil relativamente larga, en parte por la gigantesca extensión del país y sus exiguos medios de comunicación; 4) la existencia de un movimiento revolucionario democrático burgués de los campesinos, tan profundo, que el partido del proletariado hizo suyas las reivindicaciones revolucionarias del partido de los campesinos (del partido socialrevolucionario, profundamente hostil, en su mayoría, al bolchevismo), realizándolas inmediatamente, gracias a la conquista del Poder político por el proletariado; condiciones específicas como éstas no existen ahora en la Europa occidental, y la repetición de estas condiciones o de condiciones análogas no es muy fácil. He aquí por qué, entre otras cosas -- pasando por alto una serie de otros motivos -- , le es más difícil a la Europa occidental que a nosotros comenzar la revolución socialista. Tratar de "esquivar" esta dificultad, "saltando" por encima del arduo problema de utilizar los parlamentos reaccionarios para fines revolucionarios, es puro infantilismo. ¿Queréis crear una sociedad nueva? ¡Y teméis la dificultad de crear una buena fracción parlamentaria de comunistas convencidos, abnegados, heroicos, en un parlamento reaccionario! ¿Acaso no es esto infantilismo? Si C. Liebknecht en Alemania y Z. Höglund en Suecia han sabido hasta sin el apoyo de la masa desde abajo, dar un ejemplo de la utilización realmente revolucionaria de los parlamentos reaccionarios, ¡¿cómo un partido revolucionario de masas, que crece rápidamente con las desilusiones y la irritación de estas últimas, características de la postguerra, no puede forjar una fracción comunista en los peores parlamentos?! Precisamente porque las masas atrasadas de obreros, y más aún las de pequeños agricultores, están más imbuidas en Europa occidental que en Rusia de prejuicios democrático burgueses

y parlamentarios, precisamente por esto únicamente en el seno de instituciones como los parlamentos burgueses pueden (y deben) los comunistas sostener una lucha prolongada, tenaz, sin retroceder ante ninguna dificultad para denunciar, desvanecer y superar dichos prejuicios.

Los comunistas "de izquierda" de Alemania se quejan de los malos "jefes" de su partido y caen en la desesperación, llegando hasta incurrir en la ridiculez de "negar" a los " jefes". Pero en circunstancias que obligan a menudo a mantener a estos últimos en la clandestinidad, la formación de "jefes" buenos, seguros, probados, con autoridad, es particularmente difícil y triunfar de semejantes dificultades es imposible sin la combinación del trabajo legal con el ilegal, sin hacer pasar a los " jefes ", entre otras pruebas, también por la del parlamento. La crítica -- la más violenta, más implacable, más intransigente -- debe dirigirse no contra el parlamentarismo o la acción parlamentaria, sino contra los jefes que no saben -- y aún más contra los que no quieren -- utilizar las elecciones parlamentarias y la tribuna parlamentaria a la manera revolucionaria, a la manera comunista. Sólo esta crítica -- unida, naturalmente, a la expulsión de los jefes incapaces y a su sustitución por otros más capaces -- constituirá un trabajo revolucionario útil y fecundo que educará a la vez a los "jefes" para que sean dignos de la clase obrera y de las masas trabajadoras, y a las masas para que aprendan a orientarse como es debido en la situación política y a comprender los problemas, a menudo sumamente complejos y embrollados, que resultan de semejante situación*.

VIII.- ¿NINGUN COMPROMISO?

Hemos visto en la cita del folleto de Francfort el tono decidido

* He tenido demasiado pocas posibilidades de conocer el comunismo "de izquierda" de Italia. Indudablemente el camarada Bordiga y su fracción de "comunistas abstencionistas" cometen un error al defender la no participación en el parlamento. Pero hay un punto en que me parece que tiene razón, por lo que yo puedo juzgar ateniéndome a dos números de su periódico "Il Soviet" (núms. 3 y 4 del 18. I. y del 1. II. 1920), a cuatro números de la excelente revista del camarada Serrati "Comunismo" (núms. 1-4. 1. X. 30. XI. 1919) y a distintos números de periódicos burgueses italianos que he podido ver. Precisamente el carnarada Bordiga y su fracción tienen razón cuando atacan a Turad y sus partidarios, que están en un partido que reconoce el Poder de los Soviets y la dictadura del proletariado, que siguen siendo miembros del parlamento y prosiguen su vieja y perjudicial política oportunista. En efecto, al consentir esto, el camarada Serrati y todo el Partido Socialista Italiano[17] incurren en un error tan preñado de amenazas y peligros como en Hungría, donde los señores Turati húngaros sabotearon desde el interior el Partido y el Poder de los Soviets. Esa actitud errónea inconsecuente, que se distingue por su falta de carácter, con respecto a los parlamentarios oportunistas, de una parte, engendra el comunismo "de izquierda", y de otra, justifica basta cierto punto su existencia. El camarada Serrati es evidente que no tiene razón al acusar de «inconsecuencia» al diputado Turati («Comunismo», núm. 3), porque el único inconsecuente es el Partido Socialista Italiano, que tolera en su seno a oportunistas parlamentarios como Turati y compañía

con que los "izquierdistas" plantean esta consigna. Es triste ver cómo gentes que evidentemente se consideran como marxistas y quieren serlo, han olvidado las verdades fundamentales del marxismo. He aquí lo que en 1874 decía Engels -- que, como Marx, pertenece a esa rarísima categoría de escritores cada una de cuyas frases de cada uno de sus grandes trabajos tiene una asombrosa profundidad de contenido --, contra el Manifiesto de los 33 comuneros blanquistas:

"'. . . Somos comunistas' (decían en su manifiesto los comuneros blanquistas) 'porque queremos alcanzar nuestro fin, sin detenernos en etapas intermedias y sin compromisos, que no hacen más que alejar el día de la victoria y prolongar el periodo de esclavitud'.

Los comunistas alemanes son comunistas porque, a través de todas las etapas intermedias y de todos los compromisos creados no por ellos, sino por la marcha del desarrollo histórico, ven claramente y persiguen constantemente su objetivo final: la supresión de las clases y la creación de un régimen social en el cual no habrá ya sitio para la propiedad privada de la tierra y de todos los medios de producción. Los 33 blanquistas son comunistas por cuanto se figuran que basta su buen deseo de saltar las etapas intermedias y los compromisos para que la cosa quede ya arreglada, y que si -- ellos lo creen firmemente -- 'se arma' uno de estos días y el Poder cae en sus manos, el 'comunismo estará implantado' al día siguiente. Por consiguiente, si no pueden hacer esto inmediatamente, no son comunistas.

¡Qué ingenua puerilidad la de presentar la propia impaciencia como argumento teórico!" (F. Engels, "Programa de los comuneros blanquistas", en el periódico socialdemócrata alemán "Volksstaat" [18], 1874, núm. 73).

Engels expresa, en ese mismo artículo, su profundo respeto por Vaillant, habla de los "méritos indiscutibles" de este último (que fue, como Guesde, uno de los jefes más eminentes del socialismo internacional, antes de su traición al socialismo en agosto de 1914). Pero Engels no deja de analizar minuciosamente su manifiesto error. Naturalmente, los revolucionarios muy jóvenes e inexperimentados, así como los revolucionarios pequeñoburgueses aun de edad ya provecta y muy experimentados, consideran extraordinariamente "peligroso", incomprensible, erróneo, el "autorizar los compromisos". Y muchos sofistas (que son politicastros ultra o excesivamente "experimentados") razonan del mismo modo que los jefes del oportunismo inglés mencionados por el camarada Lansbury: "Si los bolcheviques se permiten tal o cual compromiso, ¿por qué no hemos de permitirnos nosotros cualquier compromiso?" Pero los proletarios educados por huelgas múltiples (para

no considerar más que esta manifestación de la lucha de clases) se asimilan habitualmente de un modo admirable la profundísima verdad (filosófica, histórica, política, psicológica) enunciada por Engels. Todo proletario conoce huelgas, conoce "compromisos" con los opresores y explotadores odiados, después de los cuales, los obreros han tenido que volver al trabajo sin haber obtenido nada o contentándose con una satisfacción parcial de sus demandas. Todo proletario, gracias al ambiente de lucha de masas y de acentuada agudización de los antagonismos de clase en que vive, observa la diferencia que hay entre un compromiso impuesto por condiciones objetivas (los huelguistas no tienen dinero en su caja, ni cuentan con apoyo alguno, padecen hambre, están agotados indeciblemente) -- compromiso que en nada disminuye la abnegación revolucionaria ni el ardor para continuar la lucha de los obreros que lo han contraído -- y por otro lado un compromiso de traidores que achacan a causas objetivas su vil egoísmo (¡los rompehuelgas también contraen "compromisos"!), su cobardía, su deseo de servir a los capitalistas, su falta de firmeza ante las amenazas, a veces ante las exhortaciones, a veces ante las limosnas o los halagos de los capitalistas (estos compromisos de traidores son numerosísimos, particularmente en la historia del movimiento obrero inglés por parte de los jefes de las tradeuniones, pero, en una u otra forma, casi todos los obreros de todos los países han podido observar fenómenos análogos).

Evidentemente, se dan casos aislados extraordinariamente difíciles y complejos, en que sólo mediante los más grandes esfuerzos cabe determinar exactamente el verdadero carácter de tal o cual "compromiso", del mismo modo que hay casos de homicidio en que no es fácil decidir si éste era absolutamente justo, e incluso obligatorio (como, por ejemplo, en caso de legítima defensa) o bien efecto de un descuido imperdonable o incluso el resultado de un plan perverso. Es indudable que en política, donde se trata a veces de relaciones nacionales e internacionales muy complejas entre las clases y los partidos, se hallarán numerosos casos mucho más difíciles que la cuestión de saber si un "compromiso" contraído con ocasión de una huelga es legítimo, o si es más bien la obra traidora de un rompehuelgas, de un jefe traidor, etc.

Preparar una receta o una regla general (¡"ningún compromiso"!) para todos los casos, es absurdo. Es preciso contar con la propia cabeza para saber orientarse en cada caso particular. La importancia de poseer una organización de partido y jefes dignos de este nombre, consiste precisamente, entre otras cosas, en llegar por medio de un trabajo prolongado, tenaz, múltiple y variado, de todos los representantes de la clase capaces de pensar [*], a elaborar los conocimientos necesarios, la experiencia necesaria y además de los conocimientos y la experiencia, el sentido político preciso para resolver pronto y bien las cuestiones políticas

complejas.

Las gentes ingenuas y totalmente faltas de experiencia se figuran que basta admitir los compromisos en general, para que desaparezca todo límite entre el oportunismo, contra el que sostenemos y debemos sostener una lucha intransigente, y el marxismo revolucionario o comunismo. Pero esas gentes si todavía no saben que todos los límites, en la naturaleza y en la sociedad, son variables y hasta cierto punto convencionales, no tienen cura posible, como no sea mediante un estudio prolongado, la educación, la ilustración y la experiencia política y práctica. En las cuestiones de política práctica que surgen en cada momento particular o específico de la historia, es importante saber distinguir aquellas en que se manifiestan los compromisos de la especie más inadmisible, los compromisos de traición, que encarnan un oportunismo funesto para la clase revolucionaria, y consagrar todos los esfuerzos a descubrir su sentido y a luchar contra ellos. Durante la guerra imperialista de 1914-1918 entre dos grupos de países igualmente bandidescos y voraces, el principal y fundamental de los oportunismos ha sido el que adoptó la forma de socialchovinismo, esto es, el apoyo de la «defensa de la patria», lo que equivalía de hecho, en aquella guerra, a la defensa de los intereses de rapiña de la burguesía del «propio» país; después de la guerra, la defensa de la sociedad de bandidos llamada «Sociedad de Naciones»; defensa de las alianzas francas o indirectas con la burguesía del propio país, contra el proletariado revolucionario y el movimiento «soviético»; defensa de la democracia y del parlamentarismo burgueses contra el «Poder de los Soviets». Estas fueron las manifestaciones principales de estos compromisos inadmisibles y traidores que, en último resultado, han terminado en un oportunismo funesto para el proletariado revolucionario y para su causa.

«. . . Rechazar del modo más categórico todo compromiso con los demás partidos. . . toda política de maniobra y conciliación», dicen los izquierdistas de Alemania en el folleto de Francfort.

Es sorprendente que, con semejantes ideas, esos izquierdistas no condenen categóricamente el bolchevismo. No es posible que los izquierdistas alemanes ignoren que toda la historia del bolchevismo, antes y después de la Revolución de Octubre, está llena de casos de maniobra, de acuerdos, de compromisos con otros partidos, ¡sin exceptuar los partidos burgueses!

* Toda clase, aun en el país más culto, aun la más adelantada, aunque las circunstancias del momento hayan suscitado en ella un florecimiento excepcional de todas las fuerzas de espíritu, cuenta y contará, inevitablemente, mientras las clases subsistan y la sociedad sin clases no esté completamente afianzada, consolidada y desarrollada sobre sus propios fundamentos, con representantes de clase que no piensan y que son incapaces de pensar. El capitalismo no sería el capitalismo opresor de las masas, si no ocurriese así.

Hacer la guerra para derrumbar a la burguesía internacional, una guerra cien veces más difícil, prolongada y compleja que la más encarnizada de las guerras corrientes entre Estados, y renunciar de antemano a toda maniobra, a toda utilización (aunque no sea más que temporal) del antagonismo de intereses existente entre los enemigos, a los acuerdos y compromisos con posibles aliados (aunque sean provisionales, inconsistentes, vacilantes, condicionales), ¿no es esto acaso algo infinitamente ridículo? ¿No se parece esto al caso del que en una ascensión difícil a una montaña inexplorada, en la que nadie hubiera puesto la planta todavía, renunciase de antemano a hacer zigzags, a volver a veces sobre sus pasos, a prescindir de la dirección elegida al principio y a probar diferentes direcciones? ¡¡Y gentes tan poco conscientes, tan inexperimentadas (menos mal aun si la causa de ello es la juventud, porque ésta está autorizada por la providencia a decir semejantes tonterías durante cierto tiempo) han podido ser sostenidas directa o indirectamente, franca o encubiertamente, íntegra o parcialmente, poco importa, por algunos miembros del Partido Comunista Holandés!!

Después de la primera revolución socialista del proletariado, después del derrumbamiento de la burguesía en un país, el proletariado de este último sigue siendo durante mucho tiempo aún más débil que la burguesía, debido simplemente a las inmensas relaciones internacionales de ésta y en virtud de la restauración espontánea y continua, del renacimiento del capitalismo y de la burguesía por los pequeños productores de mercancías del país que ha derrumbado a la burguesía. Obtener la victoria sobre un adversario más poderoso únicamente es posible poniendo en tensión todas las fuerzas y utilizando obligatoriamente con solicitud, minucia, prudencia y habilidad, la menor «grieta» entre los enemigos, toda contradicción de intereses entre la burguesía de los distintos países, entre los diferentes grupos o diferentes categorías burguesas en el interior de cada país; hay que aprovechar igualmente las menores posibilidades de obtener un aliado de masas, aunque sea temporal, vacilante, inestable, poco seguro, condicional. El que no comprenda esto no comprende ni una palabra de marxismo ni de socialismo científico contemporáneo, en general. El que no ha demostrado en la práctica, durante un intervalo de tiempo bastante considerable y en situaciones políticas bastante variadas, su habilidad para aplicar esta verdad en la vida, no ha aprendido todavía a ayudar a la clase revolucionaria en su lucha por librar de la explotación a toda la humanidad trabajadora. Y lo dicho se aplica tanto al período anterior a la conquista del Poder político por el proletariado, como al posterior.

Nuestra teoría no es un dogma, sino una guía para la acción, [19] han dicho Marx y Engels, y el gran error, el inmenso crimen de algunos marxistas «patentados» como Carlos Kautsky, Otto Bauer y otros, consiste en no haber comprendido esto, en no haber sabido aplicarlo en los

momentos más importantes de la revolución proletaria. «La acción política no se parece en nada a la acera de la avenida Nevski» (la acera limpia, ancha y lisa de la calle principal, absolutamente recta, de Petersburgo), decía ya N. G. Chernishevski, el gran socialista ruso del período premarxista. Los revolucionarios rusos, desde la época de Chernishevski acá, han pagado con innumerables víctimas su ignorancia u olvido de esta verdad. Hay que conseguir a toda costa que los comunistas de izquierda y los revolucionarios de Europa occidental y América fieles a la clase obrera paguen menos cara que los atrasados rusos la asimilación de esta verdad.

Los socialdemócratas revolucionarios de Rusia aprovecharon antes de la caída del zarismo frecuentemente la ayuda de los liberales burgueses, es decir, contrajeron con ellos innumerables compromisos prácticos, y en 1901-1902, aun antes del nacimiento del bolchevismo, la antigua redacción de «Iskra» (en la que estábamos Plejánov, Axelrod, Sasúlich Mártov, Pótresov y yo) concertó (no por mucho tiempo, es verdad) una alianza política formal con Struve, jefe político del liberalismo burgués, sin dejar de sostener al mismo tiempo la lucha ideológica y política más implacable contra el liberalismo burgués y las menores manifestaciones de su influencia en el interior del movimiento obrero. Los bolcheviques siguieron practicando siempre esa misma política. Desde 1905 defendieron sistemáticamente la alianza de la clase obrera con los campesinos, contra la burguesía liberal y el zarismo, no negándose nunca, al mismo tiempo, a apoyar a la burguesía contra el zarismo (en los empates electorales, por ejemplo); y prosiguiendo asimismo la lucha ideológica y política más intransigente contra el partido campesino revolucionario burgués de los «socialrevolucionarios», a los cuales denunciaban como demócratas pequeñoburgueses que se presentaban falsamente como socialistas. En 1907, los bolcheviques constituyeron, por poco tiempo, un bloque político formal con los «socialrevolucionarios» para las elecciones a la Duma. Con los mencheviques hemos estado muchos años formalmente, desde 1903 a 1912, en un partido socialdemócrata unido, sin interrumpir nunca la lucha ideológica y política contra ellos, como contra agentes de la influencia burguesa en el seno del proletariado y oportunistas. Durante la guerra concertamos una especie de compromiso con los «kautskianos», los mencheviques de izquierda (Mártov) y una parte de los «socialrevolucionarios» (Chernov, Natanson).

Asistimos con ellos a las Conferencias de Zimmerwald y Kienthal, lanzamos manifiestos comunes, pero nunca interrumpimos ni atenuamos]a lucha política e ideológica contra los «kautskianos», contra Mártov y Chernov. (Natanson murió en 1919 siendo un «comunista revolucionario», populista muy afín a nosotros y casi solidario nuestro). En el mismo momento de la Revolución de Octubre concertamos una alianza política, no formal, pero muy importante (y muy eficaz), con la clase campesina

pequeñoburguesa, aceptando enteramente, sin la menor modificación, el programa agrario de los socialrevolucionarios, es decir, contrajimos indudablemente un compromiso con el fin de probar a los campesinos que no queríamos imponernos a ellos, sino ir a un acuerdo. Al mismo tiempo, propusimos (y poco después lo realizábamos) un bloque político formal con la participación de los «socialrevolucionarios de izquierda» en el gobierno, bloque que ellos rompieron después de la paz de Brest, llegando en julio de 1918 a la insurrección armada y más tarde a la lucha armada contra nosotros.

Fácil es concebir, por consiguiente, por qué los ataques de los izquierdistas alemanes contra el Comité Central del Partido Comunista en Alemania por admitir este Comité la idea de un bloque con los «independientes» («Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania», los kautskianos) nos parecen desprovistos de seriedad y una demostración evidente de la posición errónea de los «izquierdistas». En Rusia había también mencheviques de derecha (que entraron en el gobierno de Kerenski), correspondientes a los Scheidemann de Alemania, y mencheviques de izquierda (Mártov), que se hallaban en oposición con los mencheviques de derecha y correspondían a los kautskianos alemanes. En 1917 hemos observado muy claramente cómo las masas obreras pasaban gradualmente de los mencheviques a los bolcheviques. En el I Congreso de los Soviets de toda Rusia, celebrado en junio de dicho año, teníamos sólo el 13 por ciento de los votos. La mayoría pertenecía a los socialrevolucionarios y a los mencheviques. En el II Congreso de los Soviets (25 de octubre de 1917, según el antiguo calendario,) teníamos el 51 por ciento de los sufragios. ¿Por qué en Alemania una tendencia igual, absolutamente idéntica de los obreros a pasar de la derecha a la izquierda ha conducido, no al fortalecimiento inmediato de los comunistas, sino, en un comienzo, al del partido intermedio de los «independientes», aunque este partido no haya tenido nunca ninguna idea política independiente y ninguna política independiente, ni haya hecho jamás otra cosa que vacilar entre Scheidemann y los comunistas?

Es indudable que una de las causas ha sido la táctica errónea de los comunistas alemanes, los cuales deben honradamente y sin temor reconocer su error y aprender a corregirlo. La equivocación ha consistido en negarse a ir al parlamento burgués reaccionario y a los sindicatos reaccionarios, el error ha consistido en múltiples manifestaciones de esta enfermedad infantil del «izquierdismo» que ahora ha hecho erupción y que gracias a ello será curada mejor y más pronto, con más provecho para el organismo.

El «Partido Socialdemócrata Independiente» alemán carece visiblemente de homogeneidad interior: al lado de los antiguos jefes

oportunistas (Kautsky, Hilferding y, por lo que se ve, en gran parte Crispien, Ledebour y otros), que han dado pruebas de su incapacidad para comprender la significación del Poder de los Soviets y de la dictadura del proletariado, así como para dirigir la lucha revolucionaria de este último, se ha formado y crece rápidamente, en dicho partido, un ala izquierda proletaria. Cientos de miles de miembros del partido, que, al parecer, cuenta en total unos 750.000, son proletarios que se alejan de Scheidemann y caminan a grandes pasos hacia el comunismo. Esta ala proletaria propuso ya en el Congreso de los independientes, celebrado en Leipzig (en 1919), la adhesión inmediata e incondicional a la III Internacional. Temer un «compromiso» con esa ala del partido, es sencillamente ridículo. Al contrario, es un deber de los comunistas buscar y encontrar una forma adecuada de compromiso con ella, compromiso que permita, por una parte, facilitar y apresurar la fusión completa y necesaria con ella, y, por otra, que no cohíba en nada a los comunistas en su lucha ideológica y política contra el ala derecha oportunista de los «independientes». Es probable que no sea fácil elaborar una forma adecuada de compromiso, pero sólo un charlatán podría prometer a los obreros y a los comunistas alemanes un camino «fácil» para alcanzar la victoria.

El capitalismo dejaría de ser capitalismo, si el proletariado «puro» no estuviese rodeado de una masa abigarradísima de tipos que señalan la transición del proletario al semiproletario (el que obtiene en gran parte sus medios de existencia vendiendo su fuerza de trabajo), del semiproletario al pequeño campesino (y al pequeño productor, al artesano, al pequeño patrono en general), del pequeño campesino al campesino medio, etc., y si en el interior mismo del proletariado no hubiera sectores de un desarrollo mayor o menor, divisiones según el origen territorial, la profesión, la religión a veces, etc. De todo esto se desprende imperiosamente la necesidad -- una necesidad absoluta -- para la vanguardia del proletariado, para su parte consciente, para el Partido Comunista, de recurrir a la maniobra, a los acuerdos, a los compromisos con los diversos grupos de proletarios, con los diversos partidos de los obreros y pequeños patronos. Toda la cuestión consiste en saber aplicar esta táctica para elevar y no para rebajar el nivel general de conciencia, de espíritu revolucionario, de capacidad de lucha y de victoria del proletariado. Es preciso anotar, entre otras cosas, que la victoria de los bolcheviques sobre los mencheviques exigió, no sólo antes de la Revolución de Octubre de 1917, sino aun después de ella la aplicación de una táctica de maniobras, de acuerdos, de compromisos, aunque de tal naturaleza, claro es, que facilitaban y apresuraban la victoria de los bolcheviques, los consolidaba y fortalecía a costa de los mencheviques. Los demócratas pequeñoburgueses (los mencheviques inclusive) oscilan inevitablemente entre la burguesía y el proletariado, entre la democracia burguesa y el régimen soviético, entre el reformismo y el revolucionarismo, entre el amor a los obreros y el miedo a la dictadura del proletariado,

etc. La táctica acertada de los comunistas debe consistir en utilizar estas vacilaciones y no, en modo alguno, en ignorarlas; esta utilización exige concesiones a los elementos que se inclinan hacia el proletariado -- en el caso y en la medida exacta en que lo hacen -- y al mismo tiempo la lucha contra los elementos que se inclinan hacia la burguesía. Gracias a la aplicación por nuestra parte de una táctica acertada, el menchevismo se ha ido descomponiendo cada vez más y sigue descomponiéndose en nuestro país; dicha táctica ha ido aislando a los jefes obstinados en el oportunismo y trayendo a nuestro campo a los mejores obreros, a los mejores elementos de la democracia pequeñoburguesa. Es esto un proceso lento, y las «soluciones» fulminantes tales como «ningún compromiso, ninguna maniobra» no hacen más que perjudicar la causa del acrecimiento de la influencia y el aumento de las fuerzas del proletariado revolucionario.

En fin, uno de los errores indudables de los «izquierdistas» de Alemania consiste en su intransigencia rectilínea a no reconocer el Tratado de Versalles. Cuanto más grande es «el aplomo» y «la importancia», cuanto más «categórico» y sin apelación el tono con que formula este punto de vista, por ejemplo, K. Horner, menos inteligente resulta. No basta con renegar de las necedades evidentes del «bolchevismo nacional» (Laufenberg y otros), el cual ha llegado hasta el extremo de hablar de la formación de un bloque con la burguesía alemana para la guerra contra la Entente en las condiciones actuales de la revolución proletaria internacional. Hay que comprender asimismo que es radicalmente errónea la táctica que niega la obligación para la Alemania Soviética (si surgiese pronto una República Soviética alemana) de reconocer por algún tiempo el Tratado de Versalles y someterse a él. De esto no se deduce que los «independientes» tuvieran razón cuando, estando los Scheidemann en el gobierno, cuando no había sido todavía derribado el Poder soviético en Hungría, cuando todavía no estaba excluida la posibilidad de una ayuda de la revolución soviética en Viena para apoyar a la Hungría Soviética, cuando, en esas condiciones, reclamaban la firma del Tratado de Versalles. En aquel momento, los «independientes» maniobraban muy mal, pues tomaban sobre sí una responsabilidad mayor o menor por los traidores tipo Scheidemann y se desviaban más o menos del punto de vista de la guerra de clases implacable (y fríamente razonada) contra los Scheidemann, para colocarse «fuera» o «por encima» de esta lucha de clases.

Pero la situación actual es de tal naturaleza, que los comunistas alemanes no deben atarse las manos y prometer la renuncia obligatoria e indispensable del Tratado de Versalles en caso de triunfo del comunismo. Esto sería una tontería. Hay que decir: los Scheidemann y los kautskianos han cometido una serie de traiciones que han dificultado (y en parte han hecho fracasar) la alianza con la Rusia Soviética, con la Hungría Soviética. Nosotros, los comunistas, procuraremos por todos los medios

facilitar y preparar esa alianza, y, en cuanto a la paz de Versalles, no estamos obligados a rechazarla a toda costa y además de un modo inmediato. La posibilidad de rechazarla eficazmente depende no sólo de los éxitos del movimiento soviético en Alemania, sino también de sus éxitos internacionales. Este movimiento ha sido obstaculizado por los Scheidemann y los Kautsky; nosotros lo favorecemos. Ved dónde está el fondo de la cuestión, en qué consiste la diferencia radical. Y si nuestros enemigos de clase, los explotadores y sus lacayos, los Scheidemann y los kautskianos, han dejado escapar una serie de ocasiones propicias para fortalecer el movimiento soviético alemán e internacional, a la vez que la revolución soviética alemana e internacional, la culpa es de ellos. La revolución soviética en Alemania reforzará el movimiento soviético internacional, que es el reducto más fuerte (y el único seguro e invencible, de una potencia universal) contra el Tratado de Versalles, contra el imperialismo internacional en general. Poner obligatoriamente, a toda costa y en seguida, la liberación del Tratado de Versalles en el primer plano, antes que le cuestión de la liberación del yugo imperialista de los demás países oprimidos por el imperialismo, es una manifestación de nacionalismo pequeñoburgués (digno de los Kautsky, Hilferding, Otto Bauer y compañía), pero no de internacionalismo revolucionario. El derrumbamiento de la burguesía en cualquiera de los grandes países europeos, Alemania inclusive, es un acontecimiento tan favorable para la revolución internacional, que, para que esto ocurra, se puede y se debe dejar vivir por algún tiempo más el Tratado de Versalles, si er, necesario. Si Rusia por sí sola ha podido resistir durante algunos meses con provecho para la revolución el Tratado de Brest, no es ningún imposible el que la Alemania Soviética, aliada con la Rusia Soviética, pueda soportar más tiempo, con provecho para la revolución, el Tratado de Versalles.

Los imperialistas de Francia, Inglaterra, etc., quieren provocar a los comunistas alemanes, tendiéndoles este lazo: «decid que no firmaréis el Tratado de Versalles». Y los comunistas «de izquierda» se dejan coger como niños en el lazo que les han tendido, en vez de maniobrar con destreza contra un enemigo pérfido, y en el momento actual más fuerte, en vez de decirle: «ahora firmaremos el Tratado de Versalles». Atarnos de antemano las manos, declarar francamente al enemigo, actualmente mejor armado que nosotros, si vamos a luchar con él y en qué momento, es una tontería y no tiene nada de revolucionario. Aceptar el combate a sabiendas de que ofrece ventaja al enemigo y no a nosotros, es un crimen, y no sirven para nada los políticos de la clase revolucionaria que no saben «maniobrar», que no saben proceder «por acuerdos y compromisos» con el fin de evitar un combate que es desfavorable de antemano.

IX.- EL COMUNISMO «DE IZQUIERDA» EN INGLATERRA

En Inglaterra no existe todavía Partido Comunista, pero entre los obreros se advierte un movimiento comunista joven, pero extenso, poderoso, que crece rápidamente y autoriza las más radiantes esperanzas. Hay algunos partidos y organizaciones políticas («Partido Socialista Británico»[20], «Partido Socialista Obrero», «Sociedad Socialista del Sur de Gales», «Federación Socialista Obrera»[21]) que desean crear el Partido Comunista y llevan ya a cabo negociaciones entre sí con este objeto. En el periódico «El Dreadnought de los obreros» (t. VI, núm. 48 del 21. II. 1920), órgano semanal de la última de las organizaciones mencionadas, dirigido por la camarada Sylvia Pankhurst, aparece un artículo de esta última titulado: «Hacia el Partido Comunista». Se expone en él la marcha de las negociaciones entre las cuatro organizaciones citadas para la formación de un Partido Comunista unificado, sobre la base de la adhesión a la III Internacional, del reconocimiento del sistema soviético en vez del parlamentarismo y del reconocimiento de la dictadura del proletariado. Resulta que uno de los principales obstáculos para la formación inmediata de un Partido Comunista único, es la falta de unanimidad sobre la cuestión de la participación en el parlamento y de la adhesión del nuevo Partido Comunista al viejo «Partido Laborista» oportunista, socialchovinista, profesionalista y compuesto predominantemente por tradeuniones. La «Federación Socialista Obrera» y el «Partido Socialista Obrero»* se pronuncian contra la participación en las elecciones y en el parlamento, contra la adhesión al «Partido Laborista», y sobre este punto están en desacuerdo con todos o la mayoría de los miembros del Partido Socialista

---

* Parece que este partido es opuesto a la adhesión al "Partido Laborista", pero que no todos sus miembros son contrarios a la participación en el parlamento.

La división fundamental, pues, es la misma que en Alemania, a pesar de las enormes diferencias de forma en que se manifiesta la divergencia (en Alemania esta forma es mucho más parecida "a la rusa" que en Inglaterra) y de otras muchas circunstancias. Examinemos los argumentos de los "izquierdistas".

Sobre la cuestión de la participación en el parlamento, la camarada Sylvia Pankhurst alude a una carta a la redacción, del camarada W. Gallacher, que escribe en nombre del "Soviet Obrero de Escocia", de Glasgow, publicada en el mismo número:

"Este Soviet -- dice dicho camarada -- es firmemente antiparlamentario y se halla sostenido por el ala izquierda de varias organizaciones políticas. Representamos el movimiento revolucionario en Escocia, que aspira a crear una organización revolucionaria en las industrias (en las diversas ramas de la producción) y un Partido Comunista, apoyado en Comités sociales en todo el país. Durante mucho tiempo hemos regañado con los parlamentarios oficiales. No hemos juzgado necesario declararles abiertamente la guerra, y ellos temen iniciar el ataque contra nosotros.

Británico, que constituye a sus ojos «la derecha de los Partidos Comunistas» en Inglaterra (pág. 5 del mencionado artículo de Sylvia Pankhurst).

Esta carta a la redacción expresa admirablemente, en mi opinión, el estado de espíritu y el punto de vista de los comunistas jóvenes o de los obreros ligados a las masas, que acaban de llegar al comunismo. Este estado de espíritu es altamente consolador y valioso; es preciso saber apreciarlo y sostenerlo, porque sin él habría que desesperar de la victoria de la revolución proletaria en Inglaterra o en cualquier otro país. Hay que conservar cuidadosamente y ayudar con toda clase de solicitud a los hombres que saben reflejar ese estado de espíritu de las masas y suscitarlo (pues muy a menudo yace oculto, inconsciente, sin despertarse). Pero, al mismo tiempo, es menester decirles clara y sinceramente que ese espíritu por sí solo es insuficiente para dirigir a las masas en la gran lucha revolucionaria, y que estos o los otros errores en que pueden incurrir o en que incurren los hombres más fieles a la causa revolucionaria, son susceptibles de perjudicarla. La carta dirigida a la redacción por el camarada Gallacher muestra, en germen, de un modo indudable todos los errores que cometen los comunistas "de izquierda" alemanes y en que incurrieron los bolcheviques "de izquierda" rusos en 1908 y 1918.

"Pero semejante situación no puede prolongarse mucho. Nosotros triunfamos en toda la línea.

"Los miembros de filas del Partido Obrero Independiente de Escocia sienten una repugnancia cada vez mayor por la idea del parlamento, y casi todos los grupos locales son partidarios de los Soviets [en la transcripción inglesa se emplea el término ruso] o Consejos obreros.

Indudablemente esto tiene una importancia enorme para los señores que consideran la política como un medio de vida (como una profesión) y ponen en juego todos los procedimientos para persuadir a sus miembros de que vuelvan atrás, al seno del parlamentarismo. Los camaradas revolucionarios no deben [lo subrayado es en todas partes del autor] sostener a esta banda. Nuestra lucha será en este sentido muy difícil. Uno de sus rasgos peores consistirá en la traición de aquéllos para quienes el interés personal es un motivo de más fuerza que su interés por la revolución. Defender el parlamentarismo, de cualquier manera que sea, equivale a preparar la caída del Poder en manos de nuestros Scheidemann y Noske británicos. Henderson, Clynes y compañía son unos reaccionarios incurables. El Partido Obrero Independiente oficial cae, cada vez más, bajo el dominio de los liberales burgueses que han hallado un refugio espiritual en el campo de los señores MacDonald, Snowden y compañía. El Partido Obrero independiente oficial es violentamente hostil a la III Internacional, pero la masa es partidaria de ella. Sostener, sea como sea, a los parlamentarios oportunistas, significa simplemente hacer el juego a esos señores.

"El Partido Socialista Británico no significa nada. . . Lo que se necesita es una buena organización revolucionaria industrial y un Partido Comunista que actúe sobre bases claras, bien definidas, científicas. Si nuestros camaradas pueden ayudarnos a crear una y otro, aceptaremos gustosos su concurso; si no pueden, por Dios, que no se mezclen en ello, si no quieren traicionar la revolución sosteniendo a los reaccionarios que con tanto celo tratan de adquirir el 'honorable' (?) [la interrogación es del autor] título de parlamentario y que arden en deseos de demostrar que son capaces de gobernar tan bien como los mismos 'amos', los políticos de clase".

El autor de la carta está imbuido del más noble odio proletario contra los "políticos de clase" de la burguesía (odio comprensible y simpático, por otra parte, no sólo a los proletarios, sino también a todos los trabajadores, a todas las "pequeñas gentes", para emplear la expresión alemana). Este odio de un representante de las masas oprimidas y explotadas es, a decir verdad, el "principio de toda sabiduría", la base de todo movimiento socialista y comunista y de su éxito. Pero el autor no tiene en cuenta, por lo visto, que la política es una ciencia y un arte que no cae del cielo, que no se obtiene gratis, y que si el proletariado quiere vencer a la burguesía, debe formar sus "políticos de clase", proletarios, y de tal altura, que no sean inferiores a los políticos burgueses.

El autor ha comprendido admirablemente que no es el parlamento, sino sólo los Soviets obreros, los que pueden proporcionar al proletariado el instrumento necesario para conseguir sus objetivos, y, naturalmente, el que hasta ahora no haya comprendido esto, es el peor de los reaccionarios, aunque sea el hombre más ilustrado, el más experimentado político, el socialista más sincero, el marxista más erudito, el ciudadano y padre de familia más honrado. Pero hay una cuestión que el autor no plantea, que ni siquiera considera necesario plantear: la de si se puede conducir a los Soviets a la victoria sobre el parlamento sin hacer que los políticos "soviéticos" entren en este último, sin descomponer el parlamento desde dentro, sin preparar en el interior del parlamento el éxito de los Soviets, en el cumplimiento de la tarea que ante ellos se plantea de acabar con el parlamento. Sin embargo, el autor expresa una idea absolutamente exacta al decir que el Partido Comunista inglés debe actuar sobre bases científicas. La ciencia exige, en primer lugar, que se tenga en cuenta la experiencia de los demás países, sobre todo si estos países, también capitalistas, pasan o han pasado recientemente por una experiencia muy parecida; en segundo término, exige que se tengan en cuenta todas las fuerzas, todos los grupos, partidos, clases y masas, que actúan en el interior de dichos países, en vez de determinar la política únicamente conforme a los deseos y opiniones, el grado de conciencia y preparación para la lucha, de un solo grupo o de un solo partido.

Que los Henderson, Clynes, MacDonald, Snowcden son unos reaccionarios incurables, es cierto. Y no lo es menos que quieren tomar el Poder en sus manos (prefiriendo, dicho sea de paso, la coalición con la burguesía), que quieren "gobernar" con las reglas burguesas del buen tiempo viejo y que, una vez en el Poder, se conducirán inevitablemente como Scheidemann y Noske. Todo ello es verdad, pero de esto no se deduce, ni mucho menos, que apoyarles equivalga a traicionar la revolución, sino que, en interés de ésta, los revolucionarios de la clase obrera deben conceder a estos señores un cierto apoyo parlamentario. Para aclarar esta idea tomaré dos documentos políticos ingleses de actualidad: 1)

el discurso del primer ministro Lloyd George, del 18 de marzo de 1920 (según el texto del "The Manchester Guardian" del 19 del mismo mes) y 2) los razonamientos de una comunista "de izquierda", la camarada Sylvia Pankhurst, en el artículo más arriba citado.

Lloyd George polemiza en su discurso con Asquith (que había sido invitado especialmente a la reunión, pero que se negó a asistir) y con los liberales que quieren una aproximación al Partido Laborista y no la coalición con los conservadores. (En la carta dirigida a la redacción por el camarada Gallacher hemos visto ya citar el hecho de la entrada de algunos liberales en el Partido Obrero Independiente). Lloyd George demuestra que es necesaria una coalición de los liberales con los conservadores, e incluso una coalición estrecha, pues de otro modo podría alcanzar la victoria el Partido Laborista, que Lloyd George prefiere llamar "socialista" y que aspira a "la propiedad colectiva" de los medios de producción. "En Francia esto se llamaba comunismo --explicaba el jefe de la burguesía inglesa a sus auditores, miembros del Partido Liberal parlamentario que, seguramente, hasta entonces lo ignoraban --, en Alemania esto se llamaba socialismo; en Rusia esto se llama bolchevismo". Para los liberales esto es inadmisible en principio -- explicaba Lloyd George --, pues los liberales son por principio defensores de la propiedad privada. "La civilización está en peligro" -- declaraba el orador -- y por eso los liberales y conservadores deben unirse. . .

". . . Si vais a los distritos agrícolas -- decía Lloyd George -- veréis, lo reconozco, conservadas como antes las antiguas divisiones de partido; allí está lejos el peligro, allí no existe el peligro. Pero, cuando llegue allí, será tan grande como lo es hoy en algunos distritos industriales. Las cuatro quintas partes de nuestro país se ocupan en la industria y el comercio; sólo una quinta parte escasa vive de la agricultura. He aquí una de las circunstancias que tengo siempre presente cuando reflexiono en los peligros con que nos amenaza el porvenir. En Francia, la población es agrícola y constituye por eso una base sólida de determinados puntos de vista, base que no cambia tan rápidamente y que no es sencillo remover por el movimiento revolucionario. En nuestro país, la cosa es muy distinta. Nuestro país es más fácil de transformar que ningún otro en el mundo, y si empieza a vacilar, la catástrofe será aquí, en virtud de las razones indicadas, más fuerte que en los demás países".

El lector puede apreciar por estas citas que el señor Lloyd George, no sólo es un hombre muy inteligente, sino que además ha aprendido mucho de los marxistas. Tampoco nosotros haríamos mal en aprender de Lloyd George.

Es también interesante hacer notar el siguiente episodio de la

discusión, que tuvo lugar después del discurso de Lloyd George:

"G. Wallace : Quisiera preguntar cómo considera el primer ministro los resultados de su política en los distritos industriales, por lo que se refiere a los obreros industriales, muchos de los cuales son actualmente liberales y nos prestan un apoyo tan grande. ¿No se puede prever un resultado que provoque un aumento enorme de la fuerza del Partido Laborista por parte de estos mismos obreros que nos apoyan hoy sinceramente?

El primer ministro: Tengo una opinión completamente distinta. El hecho de que los liberales luchen entre sí empuja indudablemente a un buen número de los mismos, llevados por la desesperación, hacia las filas del Partido Laborista, donde hay ya un número considerable de liberales muy capaces que se ocupan actualmente de desacreditar al gobierno. El resultado, evidentemente, es un movimiento importante de la opinión pública en favor del Partido Laborista. La opinión pública se inclina, no a los liberales que están fuera del Partido Laborista, sino a éste, como lo muestran las elecciones parciales".

Digamos de paso que estos razonamientos prueban sobre todo hasta qué punto están desorientados y no pueden dejar de cometer irreparables desatinos los hombres más inteligentes de la burguesía. Esto es lo que la hará perecer. Los nuestros pueden incluso cometer necedades (es verdad, a condición de que no sean muy considerables y sean reparadas a tiempo), y, sin embargo, acabarán por triunfar.

El segundo documento político son las siguientes consideraciones de la comunista "de izquierda", camarada Sylvia Pankhurst:

". . . El camarada Inkpin (secretario del Partido Socialista Británico) llama al Partido Laborista 'la organización principal del movimiento de la clase obrera'. Otro camarada del Partido Socialista Británico ha expresado todavía con más relieve este punto de vista, en la Conferencia de la III Internacional: 'Consideramos al Partido Laborista -- ha dicho -- como la clase obrera organizada'.

"No compartimos esta opinión sobre el Partido Laborista. Este es muy importante numéricamente, aunque sus miembros son considerablemente inertes y apáticos; se trata de obreros y obreras que han entrado en las tradeuniones, porque sus compañeros de taller son tradeunionistas y porque desean recibir subsidios.

"Pero reconocemos que la importancia numérica del Partido Laborista obedece también al hecho de que éste representa una manera

de pensar cuyos límites aun no ha sobrepasado la mayoría de la clase obrera británica, aunque se preparan grandes cambios en el espíritu del pueblo que modificarán muy pronto semejante situación. . ."

". . . El Partido Laborista Británico, como las organizaciones socialpatriotas de los demás países, llegará inevitablemente al Poder por el curso natural del desenvolvimiento social. El deber de los comunistas consiste en organizar las fuerzas que derribarán a los socialpatriotas, y en nuestro país no debemos retardar esta acción, ni vacilar.

"No debemos gastar nuestra energía en aumentar las fuerzas del Partido Laborista; su advenimiento al Poder es inevitable. Debemos concentrar nuestras fuerzas en la creación de un movimiento comunista que venza a ese partido. Dentro de poco, el Partido Laborista será gobierno; la oposición revolucionaria debe estar preparada para emprender el ataque contra él. . ."

Así, pues, la burguesía liberal renuncia al sistema histórico, consagrado por una experiencia secular y extraordinariamente ventajosa para los explotadores, el sistema de los "dos partidos" (de los explotadores) por considerar necesaria la unión de sus fuerzas con objeto de luchar contra el Partido Laborista. Una parte de los liberales, como ratas de un navío que se va a pique, corren hacia el Partido Laborista. Los comunistas de izquierda consideran inevitable el paso del Poder a manos del Partido Laborista, y reconocen que hoy la mayor parte de los trabajadores está en favor de dicho partido. De todo esto sacan la extraña conclusión que la camarada Sylvia Pankhurst formula del siguiente modo:

"El Partido Comunista no debe contraer compromisos. . . Debe conservar pura su doctrina e inmaculada su independencia frente al reformismo; su misión es ir adelante, sin detenerse ni desviarse de su camino, avanzar en línea recta hacia la Revolución Comunista".

Al contrario, del hecho de que la mayoría de los obreros en Inglaterra siga todavía a los Kerenski o Scheidemann ingleses, de que no haya pasado todavía por la experiencia de un gobierno formado por esos hombres, experiencia que ha sido necesaria tanto en Rusia como en Alemania para que los obreros pasaran en masa al comunismo, se deduce de un modo indudable que los comunistas ingleses deben participar en el parlamentarismo, deben desde el interior del parlamento ayudar a la masa obrera a ver en la práctica los resultados del gobierno de los Henderson y los Snowden, deben ayudar a los Henderson y a los Snowden a vencer a la coalición de los Lloyd George y Churchill. Proceder de otro modo significa obstaculizar la obra de la revolución, pues si no se produce un cambio en las opiniones de la mayoría de la clase obrera, la revolución es imposible, y ese cambio se consigue a través de la experiencia política de las masas, nunca de la propaganda sola. El lema "¡Adelante sin compromisos, sin

apartarse del camino!", es manifiestamente erróneo, si quien habla así es una minoría evidentemente impotente de obreros que saben (o por lo menos deben saber) que la mayoría, dentro de poco tiempo, en caso de que los Henderson y Snowden triunfen sobre Lloyd George y Churchill, perderá la fe en sus jefes y apoyará al comunismo (o, en todo caso, adoptará una actitud de neutralidad y en la mayoría de los casos de neutralidad favorable con respecto a los comunistas). Es lo mismo que si 10.000 soldados se lanzaran al combate contra 50.000 enemigos en el momento en que es preciso "detenerse", "apartarse del camino" y hasta concertar un "compromiso" aunque no sea más que para esperar la llegada de un refuerzo prometido de 100.000 hombres, que no pueden entrar inmediatamente en acción. Es una puerilidad propia de intelectuales y no una táctica seria de la clase revolucionaria.

La ley fundamental de la revolución, confirmada por todas ellas, y en particular por las tres revoluciones rusas del siglo XX, consiste en lo siguiente: para la revolución no basta con que las masas explotadas y oprimidas tengan conciencia de la imposibilidad de vivir como antes y reclamen cambios, para la revolución es necesario que los explotadores no puedan vivir ni gobernar como antes. Sólo cuando las "capas bajas" no quieren lo viejo y las "capas altas" no pueden sostenerlo al modo antiguo, sólo entonces puede triunfar la revolución. En otros términos, esta verdad se expresa del modo siguiente: la revolución es imposible sin una crisis nacional general (que afecte a explotados y explotadores). Por consiguiente, para la revolución hay que lograr, primero, que la mayoría de los obreros (o en todo caso, la mayoría de los obreros conscientes, reflexivos, políticamente activos) comprenda profundamente la necesidad de la revolución y esté dispuesta a sacrificar la vida por ella; en segundo lugar, es preciso que las clases gobernantes atraviesen una crisis gubernamental que arrastre a la política hasta a las masas más atrasadas (el síntoma de toda revolución verdadera es la decuplicación o centuplicación del número de hombres aptos para la lucha política, representantes de la masa trabajadora y oprimida, antes apática), que reduzca a la impotencia al gobierno y haga posible su derrumbamiento rápido por los revolucionarios.

En Inglaterra vemos desarrollarse a ojos vistas, y precisamente el discurso de Lloyd George lo demuestra, los dos factores de una revolución proletaria victoriosa. Y los errores de los comunistas de izquierda son especialmente peligrosos en la actualidad, precisamente porque observamos una actitud poco razonada, poco atenta, poco consciente, poco reflexiva con respecto a cada uno de estos factores, por parte de algunos revolucionarios. Si somos el partido de la clase revolucionaria, y no un grupo revolucionario, si queremos arrastrar a las masas (sin lo cual corremos el riesgo de no pasar de simples charlatanes) debemos: primero,

ayudar a Henderson o a Snowden a vencer a Lloyd George y Churchill (más exactamente: debemos obligar a los primeros a vencer a los segundos, ¡pues los primeros tienen miedo de su propia victoria !); segundo, ayudar a la mayoría de la clase obrera a convencerse por experiencia propia de la razón que nos asiste, es decir, de la incapacidad completa de los Henderson y Snowden, de su naturaleza pequeñoburguesa y traidora, de la inevitabilidad de su bancarrota; y tercero, acercar el momento en que, sobre la base del desencanto producido por los Henderson en la mayoría de los obreros, se pueda, con grandes probabilidades de éxito, derribar de un solo golpe el gobierno de los Henderson, que perderá la cabeza con tanto mayor motivo si incluso Lloyd George, ese político inteligentísimo y solvente, no pequeño, sino gran burgués, la pierde también y se debilita (con toda la burguesía) cada día más, ayer con su “tirantez” con Churchill, hoy con su “tirantez” con Asquith.

Hablaré de un modo más concreto. Los comunistas ingleses deben, a mi juicio, reunir sus cuatro partidos y grupos (todos muy débiles y algunos extraordinariamente débiles) en un Partido Comunista único, sobre la base de los principios de la III Internacional y la participación obligatoria en el parlamento. El Partido Comunista propone a los Henderson y Snowden un “compromiso”, una alianza electoral: marchemos juntos contra la coalición de Lloyd George y los conservadores, repartámonos los puestos en el parlamento en proporción al número de votos dados por los trabajadores al Partido Laborista o a los comunistas (no en las elecciones generales, sino en una votación especial), conservemos la libertad más completa de agitación, de propaganda, de acción política. Sin esta última condición, naturalmente, es imposible hacer el bloque, pues sería una traición: los comunistas ingleses deben reivindicar para ellos y conservar una libertad completa para desenmascarar a los Henderson y los Snowden, de un modo tan absoluto como lo hicieron (durante 15 años, de 1903 a 1917) los bolcheviques rusos con respecto a los Henderson y Snowden de Rusia, esto es los mencheviques.

Si los Henderson y Snowden aceptan el bloque en estas condiciones, habremos ganado, pues lo que nos importa no es ni mucho menos el número de actas, no es esto lo que perseguimos; en este punto seremos transigentes (mientras que los Henderson y sobre todo sus nuevos amigos -- o sus nuevos dueños -- los liberales que han ingresado en el Partido Obrero Independiente corren más que nada a la caza de actas). Habremos ganado, porque llevaremos nuestra agitación a las masas en el momento en que las habrá “irritado” Lloyd George en persona y no sólo contribuiremos a que el Partido Laborista forme más de prisa su gobierno, sino que ayudaremos a las masas a comprender mejor toda nuestra propaganda comunista, que realizaremos contra los Henderson sin ninguna limitación, sin silenciar nada.

Si los Henderson y los Snowden rechazan el bloque con nosotros en estas condiciones, habremos ganado todavía más, pues habremos mostrado de un solo golpe a las masas (tened en cuenta que aun en el interior del Partido Obrero Independiente, puramente menchevique, completamente oportunista, las masas son partidarias de los Soviets) que los Henderson prefieren su intimidad con los capitalistas, a la unión de todos los trabajadores. Habremos ganado inmediatamente ante la masa, la cual, sobre todo después de las explicaciones brillantísimas, extremadamente acertadas y útiles (para el comunismo) dadas por Lloyd George, simpatizará con la idea de la unión de todos los obreros contra la coalición de Lloyd George con los conservadores. Habremos ganado desde el primer momento, pues habremos demostrado a las masas que los Henderson y Snowden tienen miedo de vencer a los Lloyd George, temen tomar el Poder solos y aspiran a obtener en secreto el apoyo de Lloyd George, el cual tiende abiertamente la mano a los conservadores contra el Partido Laborista. Hay que advertir que en Rusia, después de la revolución del 27 de febrero de 1917 (antiguo calendario), el éxito de la propaganda de los bolcheviques contra los mencheviques y socialrevolucionarios (es decir, los Henderson y Snowden rusos) se debió precisamente a las mismas circunstancias. Nosotros decíamos a los mencheviques y a los socialrevolucionarios: tomad todo el Poder sin la burguesía, puesto que tenéis la mayoría en los Soviets (en el I Congreso de los Soviets de toda Rusia, celebrado en junio de 1917, los bolcheviques no tenían más que el 13 por ciento de los votos). Pero los Henderson y Snowden rusos tenían miedo de tomar el Poder sin la burguesía, y cuando ésta aplazaba las elecciones a la Asamblea Constituyente, porque sabía perfectamente que los socialrevolucionarios y los mencheviques tendrían la mayoría* (unos y otros formaban un bloque político muy estrecho, representaban prácticamente a la democracia pequeñoburguesa unida), los socialrevolucionarios y los mencheviques no tuvieron fuerza bastante para luchar enérgicamente y hasta el fin contra estos aplazamientos.

En caso de que los Henderson y Snowden se negaran a formar un bloque con los comunistas, éstos saldrían ganando desde el punto de vista de la conquista de la simpatía de las masas y el descrédito de los Henderson y Snowden. Poco importaría entonces perder algunas actas por dicha causa. No presentaríamos candidatos sino en una ínfima minoría de distritos absolutamente seguros; es decir, donde la presentación de nuestros candidatos no diera la victoria a un liberal contra un laborista. Realizaríamos nuestra campaña electoral distribuyendo hojas en favor del

* Las elecciones a la Constituyente rusa, en noviembre de 1917, según informes que se refieren a más de 36 millones de electores, dieron el 25 por ciento de los votos a los bolcheviques, el 13 por ciento a los distintos partidos de los terratenientes y de la burguesía, el 62 por ciento a la democracia pequeñoburguesa, es decir, a los socialrevolucionarios y mencheviques junto con los pequeños grupos afines a ellos.

comunismo e invitando en todos los distritos en que no presentáramos candidato a que se votara por el laborista contra el burgués. Se equivocan los camaradas Sylvia Pankhurst y Gallacher si ven en esto una traición al comunismo o una renunciación a la lucha contra los socialtraidores. Al contrario, es indudable que la causa del comunismo saldría ganando con ello.

A los comunistas ingleses les es hoy frecuentemente muy difícil incluso acercarse a las masas, hacer que éstas les escuchen. Pero si yo me presento como comunista, y al mismo tiempo invito a que se vote por Henderson contra Lloyd George, seguramente se me escuchará. Y podré explicar de modo accesible a todos, no sólo por qué los Soviets son mejores que el parlamento y la dictadura del proletariado mejor que la dictadura de Churchill (cubierta por el pabellón de la "democracia" burguesa), sino también que yo querría apoyar a Henderson con mi voto del mismo modo que la soga sostiene al ahorcado; que la aproximación de los Henderson a los puestos de su propio gobierno justificará mis ideas, atraerá a las masas a mi lado, acelerará la muerte política de los Henderson y Snowden, tal como sucedió con sus correligionarios en Rusia y en Alemania.

Y si se me objeta que esta táctica es demasiado "astuta" o complicada, que no la comprenderán las masas, que dispersará y disgregará nuestras fuerzas impidiendo concentrarlas en la revolución soviética, etc., responderé a mis contradictores "de izquierda": ¡no hagáis recaer sobre las masas vuestro propio doctrinarismo! Es de suponer que en Rusia las masas no son más cultas, sino, por el contrario, menos cultas que en Inglaterra y, sin embargo, comprendieron a los bolcheviques; y a éstos, lejos de perjudicarles, les favoreció el hecho de que en vísperas de la revolución soviética en septiembre de 1917, hubieran compuesto listas de candidatos suyos al parlamento burgués (a la Asamblea Constituyente) y de que al día siguiente de la revolución soviética en noviembre de 1917, tomaran parte en las elecciones a esa misma Constituyente, que fue disuelta por ellos el 5 de enero de 1918.

No puedo detenerme sobre la segunda divergencia entre los comunistas ingleses, consistente en si deben o no adherirse al Partido Laborista. Poseo pocos materiales sobre esta cuestión, sumamente compleja, dada la extraordinaria originalidad del "Partido Laborista" Británico, muy poco parecido, por su estructura, a los partidos políticos ordinarios del continente europeo. Pero es indudable, primero, que comete también un error el que deduce la táctica del proletariado revolucionario de principios como: "el Partido Comunista debe conservar pura su doctrina e inmaculada su independencia frente al reformismo, su misión es ir adelante sin detenerse ni desviarse de su camino, avanzar en línea recta hacia la revolución comunista". Pues semejantes principios no hacen más

que repetir el error de los comuneros blanquistas franceses, que en 1874 propagaban la "negación" de todo compromiso y toda etapa intermedia. Segundo, en este punto la tarea consiste, indudablemente, como siempre, en saber aplicar los principios generales y fundamentales del comunismo a las peculiaridades de las relaciones entre las clases y los partidos, a las peculiaridades en el desarrollo objetivo hacia el comunismo, propias de cada país y que hay que saber estudiar, descubrir y adivinar.

Pero hay que hablar de esto, no sólo en relación con el comunismo inglés, sino con las conclusiones generales que se refieren al desenvolvimiento del comunismo en todos los países capitalistas. Este es el tema que vamos a abordar ahora.

X.- ALGUNAS CONCLUSIONES

La revolución burguesa rusa de 1905 puso de manifiesto un viraje extraordinariamente original de la historia universal: en uno de los países capitalistas más atrasados se desarrollaba, por primera vez en el mundo, un movimiento huelguístico de una fuerza y amplitud inusitadas. Sólo en el mes de enero de 1905 el número de huelguistas fue diez veces mayor que el número anual medio de huelguistas durante los diez años precedentes (1895-1904), y de enero a octubre de 1905 las huelgas aumentaron constantemente y en proporciones colosales. La Rusia atrasada, bajo la influencia de una serie de factores históricos completamente originales, dio al mundo el primer ejemplo, no sólo de un salto brusco de la actividad espontánea en época de revolución de las masas oprimidas (cosa que ocurrió en todas las grandes revoluciones), sino también de la significación de un proletariado que desempeñaba un papel infinitamente superior a su importancia numérica en la población; mostró por vez primera la combinación de la huelga económica y la huelga política, con la transformación de ésta en insurrección armada, el nacimiento de una nueva forma de lucha de masas y organización de las masas de las clases oprimidas por el capitalismo, los Soviets.

Las revoluciones de febrero y octubre de 1917 determinaron el desenvolvimiento de los Soviets hasta el punto de extenderse a todo el país, y, después, su victoria en la revolución proletaria socialista. Menos de dos años más tarde, se puso de manifiesto el carácter internacional de los Soviets, la extensión de esta forma de lucha y organización al movimiento obrero mundial, el destino histórico de los Soviets consistente en ser los sepultureros, los herederos, los sucesores del parlamentarismo burgués, de la democracia burguesa en general.

Aun más. La historia del movimiento obrero muestra hoy que éste está llamado a atravesar en todos los países (y ha comenzado ya a atravesarlo) un período de lucha del comunismo naciente, cada día más fuerte, que camina hacia la victoria, ante todo y principalmente contra el "menchevismo" propio de cada país, es decir, contra el oportunismo y el socialchovinismo, y, de otra parte, como complemento, por decirlo así, contra el comunismo "de izquierda". La primera de estas luchas se ha desarrollado en todos los países, sin excepción al parecer, en forma de lucha entre la II Internacional (hoy prácticamente muerta) y la Tercera. La segunda lucha se observa tanto en Alemania, como en Inglaterra, en Italia, en los Estados Unidos (donde una parte al menos de "Los Trabajadores Industriales del Mundo" y las tendencias anarcosindicalistas sostienen los errores del comunismo de izquierda a la vez que reconocen de manera casi general, casi incondicional, el sistema soviético) y en Francia (actitud de una parte de los ex-sindicalistas con respecto al partido político y al parlamentarismo, paralelamente también al reconocimiento del sistema de los Soviets), es decir, que se observa, indudablemente, en una escala no sólo internacional, sino universal.

Pero aunque la escuela preparatoria que conduce al movimiento obrero a la victoria sobre la burguesía sea en todas partes idéntica en el fondo, su desarrollo se realiza en cada país de un modo original. Los grandes países capitalistas adelantados avanzan en este camino mucho más rápidamente que el bolchevismo, el cual obtuvo en la historia un plazo de quince años para prepararse, como tendencia política organizada, para la victoria. La III Internacional, en un plazo tan breve como es un año, ha alcanzado un triunfo decisivo, deshaciendo a la II Internacional, a la Internacional amarilla, socialchovinista, que hace unos meses era incomparablemente más fuerte que la Tercera, parecía sólida y poderosa, y gozaba en todas las formas, directas e indirectas, materiales (puestos ministeriales, pasaportes, prensa) y morales, del apoyo de la burguesía mundial.

Lo que importa ahora es que los comunistas de cada país adquieran completa conciencia, tanto de los principios fundamentales de la lucha contra el oportunismo y el doctrinarismo "de izquierda", como de las particularidades concretas que esta lucha toma y debe tomar inevitablemente en cada país aislado, conforme a los rasgos originales de su economía, de su política, de su cultura, de su composición nacional (Irlanda, etc.), de sus colonias, de sus divisiones religiosas, etc., etc. Por todas partes se siente extenderse y crecer el descontento contra la II Internacional por su oportunismo a la par que por su inhabilidad e incapacidad para crear un núcleo realmente centralizado y dirigente, apto para orientar la táctica internacional del proletariado revolucionario, en su lucha por la República soviética universal. Hay que darse perfectamente

cuenta de que dicho centro dirigente no puede, en ningún caso, ser formado con arreglo a un modelo establecido de una vez para siempre, por medio de la igualación mecánica o uniformidad de las diversas reglas tácticas de lucha. Mientras subsistan diferencias nacionales y estatales entre los pueblos y los países -- y estas diferencias subsistirán incluso mucho tiempo después de la instauración universal de la dictadura del proletariado --, la unidad de la táctica internacional del movimiento obrero comunista de todos los países exige, no la supresión de la variedad, no la supresión de las particularidades nacionales (lo cual constituye en la actualidad un sueño absurdo), sino una aplicación tal de los principios fundamentales del comunismo (Poder de los Soviets y dictadura del proletariado) que haga variar como es debido estos principios en sus explicaciones parciales, que los adapte, que los aplique acertadamente a las particularidades nacionales y políticas de cada Estado. Investigar, estudiar, descubrir, adivinar, comprender lo que hay de nacionalmente particular, nacionalmente específico en la manera como cada país aborda concretamente la solución de un mismo problema internacional: el triunfo sobre el oportunismo y el doctrinarismo de izquierda en el seno del movimiento obrero, el derrocamiento de la burguesía, la instauración de la República Soviética y la dictadura del proletariado, es el principal problema del período histórico que atraviesan actualmente todos los países adelantados (y no sólo los adelantados). Lo principal -- naturalmente que no todo ni mucho menos, pero sí lo principal -- ya se ha hecho para atraer a la vanguardia de la clase obrera, para ponerla al lado del Poder de los Soviets contra el parlamentarismo, al lado de la dictadura del proletariado contra la democracia burguesa. Ahora hay que concentrar todas las fuerzas, toda la atención, en la acción inmediata, que parece ser y es realmente, hasta cierto punto, menos fundamental, pero que, en cambio, está prácticamente más cerca de la solución efectiva del problema, a saber: el descubrimiento de las formas de abordar la revolución proletaria o de pasar a la misma.

La vanguardia proletaria está conquistada ideológicamente. Esto es lo principal. Sin ello es imposible dar ni siquiera el primer paso hacia el triunfo. Pero de esto al triunfo dista todavía bastante. Con sólo la vanguardia, es imposible triunfar. Lanzar sólo a la vanguardia a la batalla decisiva, cuando toda la clase, cuando las grandes masas no han adoptado aún una posición de apoyo directo a esta vanguardia, o al menos de neutralidad benévola con respecto a ella, que la incapacite por completo para defender al adversario, sería no sólo una estupidez, sino además un crimen. Y para que en realidad toda la clase, las grandes masas de los trabajadores y de los oprimidos por el capital lleguen a ocupar semejante posición, son insuficientes la propaganda y la agitación solas. Para ello es necesaria la propia experiencia política de estas masas. Tal es la ley fundamental de todas las grandes revoluciones, confirmada hoy, con una fuerza y un

relieve sorprendentes, no sólo en Rusia, sino también en Alemania. No sólo las masas incultas de Rusia, frecuentemente analfabetas, sino también las masas muy cultas, sin analfabetos, de Alemania, necesitaron experimentar en su propia pelleja toda la impotencia, toda la falta de carácter, toda la debilidad, todo el servilismo ante la burguesía, toda la infamia del gobierno de los caballeros de la II Internacional, toda la ineluctabilidad de la dictadura de los ultrarreaccionarios (Kornílov en Rusia; von Kapp y compañía en Alemania) como única alternativa frente a la dictadura del proletariado, para orientarse decididamente hacia el comunismo.

La tarea inmediata de la vanguardia consciente del movimiento obrero internacional, es decir, de los partidos, grupos y tendencias comunistas, consiste en saber llevar a las amplias masas (hoy todavía, en su mayor parte, soñolientas, apáticas, rutinarias, inertes, adormecidas) a esta nueva posición suya, o, mejor dicho, en saber dirigir no sólo el propio partido, sino también a estas masas, en la marcha encaminada a ocupar esa nueva posición. Si la primera tarea histórica (atraer a la vanguardia consciente del proletariado al Poder soviético y a la dictadura de la clase obrera) no podía ser resuelta sin una victoria ideológica y política completa sobre el oportunismo y el socialchovinismo, la segunda tarea que resulta ahora de actualidad y que consiste en saber llevar a las masas a esa nueva posición capaz de asegurar el triunfo de la vanguardia en la revolución, esta segunda tarea no puede ser resuelta sin liquidar el doctrinarismo de izquierda, sin enmendar por completo sus errores, sin desembarazarse de ellos.

Mientras se trate (como se trata aún ahora) de atraerse al comunismo a la vanguardia del proletariado, la propaganda debe ocupar el primer término; incluso los círculos, con todas las debilidades de la estrechez inherente a los mismos, son útiles y dan resultados fecundos en este caso. Pero cuando se trata de la acción práctica de las masas, de poner en orden de batalla -- si es permitido expresarse así -- al ejército de millones de hombres, de la disposición de todas las fuerzas de clase de una sociedad para la lucha final y decisiva, no conseguiréis nada con sólo las artes de propagandista, con la repetición escueta de las verdades del comunismo "puro". Y es que en este terreno, la cuenta no se efectúa por miles, como hace en sustancia el propagandista miembro de un grupo reducido y que no dirige todavía masas, sino por millones y decenas de millones. En este caso tenéis que preguntaros no sólo si habéis convencido a la vanguardia de la clase revolucionaria, sino también si están dispuestas las fuerzas históricamente activas de todas las clases, obligatoriamente de todas las clases de la sociedad sin excepción, de manera que la batalla decisiva se halle completamente en sazón, de manera que 1) todas las fuerzas de clase que nos son adversas estén suficientemente sumidas en la confusión, suficientemente enfrentadas entre sí, suficientemente

debilitadas por una lucha superior a sus fuerzas; 2) que todos los elementos vacilantes, versátiles, inconsistentes, intermedios -- es decir, la pequeña burguesía, la democracia pequeñoburguesa, a diferencia de la burguesía -- , se hayan puesto bastante al desnudo ante el pueblo, se hayan cubierto de ignominia por su bancarrota práctica; 3) que en el proletariado empiece a formarse y a extenderse con poderoso impulso un estado de espíritu de masas favorable a apoyar las acciones revolucionarias más resueltas, más valientes y abnegadas contra la burguesía. He aquí en qué momento está madura la revolución, he aquí en qué momento nuestra victoria está segura, si hemos calculado bien todas las condiciones indicadas y esbozadas brevemente más arriba y hemos elegido acertadamente el momento.

Las divergencias entre los Churchill y los Lloyd George de una parte -- tipos políticos que existen en todos los países, con particularidades nacionales ínfimas -- y entre los Henderson y los Lloyd George de otra, no tienen absolutamente ninguna importancia, son insignificantes desde el punto de vista del comunismo puro, esto es, abstracto, incapaz todavía de acción política práctica, de masas. Pero desde el punto de vista de esta acción práctica de las masas, estas divergencias son de una importancia extraordinaria. Saber estimarlas, saber determinar el momento en que están plenamente en sazón los conflictos inevitables entre esos "amigos", conflictos que debilitan y hasta desarman a todos los "amigos" tomados en conjunto, es la obra, es la misión del comunista que desee ser no sólo un propagandista consciente, convencido e ideológico, sino un dirigente práctico de las masas en la revolución. Es necesario unir la fidelidad más abnegada a las ideas comunistas con el arte de admitir todos los compromisos prácticos necesarios, las maniobras, los acuerdos, los zigzags, las retiradas, etc., susceptibles de precipitar primero la subida al Poder de los Henderson (de los héroes de la II Internacional para no citar individuos, de los representantes de la democracia pequeñoburguesa que se llaman socialistas) y su bancarrota en el mismo, para acelerar su quiebra inevitable en la práctica, bancarrota que ilustrará a las masas precisamente en nuestro espíritu y las orientará precisamente hacia el comunismo; para acelerar la tirantez, las disputas, los conflictos, la escisión completa inevitables entre los Henderson-Lloyd George-Churchill (entre los mencheviques y los socialrevolucionarios -- los kadetes -- los monárquicos i entre Scheidemann -- la burguesía -- los partidarios de von Kapp; etc.) y para elegir acertadamente el momento en que llega a su grado máximo la disensión entre todos esos "pilares de la sacrosanta propiedad privada", a fin de deshacerlos de un golpe, por medio de una ofensiva resuelta del proletariado, y conquistar el Poder político.

La historia en general, la de las revoluciones en particular, es siempre más rica de contenido, más variada de formas y aspectos, más viva,

más "astuta" de lo que se imaginan los mejores partidos, las vanguardias más conscientes de las clases más adelantadas. Se comprende fácilmente, pues las mejores vanguardias expresan la conciencia, la voluntad, la pasión, la imaginación de decenas de miles de hombres, mientras que la revolución la hacen, en momentos de tensión y excitación especiales de todas las facultades humanas, la conciencia, la voluntad, la pasión, la imaginación de decenas de millones de hombres aguijados por la lucha de clases más aguda. De aquí se derivan dos conclusiones prácticas muy importantes: la primera es que la clase revolucionaria, para realizar su misión, debe saber utilizar todas las formas y los aspectos, sin la más mínima excepción, de la actividad social (dispuesta a completar después de la conquista del Poder político, a veces con gran riesgo e inmenso peligro, lo que no ha terminado antes de esta conquista); la segunda es que la clase revolucionaria debe hallarse dispuesta a reemplazar de un modo rápido e inesperado una forma por otra.

Todo el mundo convendrá que sería insensata y hasta criminal la conducta de un ejército que no se dispusiera a utilizar toda clase de armas, todos los medios y procedimientos de lucha que posee o puede poseer el enemigo. Pero esta verdad es todavía más aplicable a la política que al arte militar. En política se puede aún menos saber de antemano qué método de lucha será aplicable y ventajoso para nosotros en tales o cuales circunstancias futuras. Sin dominar todos los medios de lucha, podemos correr el riesgo de sufrir una enorme derrota, a veces decisiva, si cambios independientes de nuestra voluntad en la situación de las otras clases ponen a la orden del día una forma de acción en la cual somos particularmente débiles. Si dominamos todos los medios de lucha, nuestro triunfo es seguro, puesto que representamos los intereses de la clase realmente avanzada, realmente revolucionaria, aun en el caso de que las circunstancias no nos permitan hacer uso del arma más peligrosa para el enemigo, del arma susceptible de asestar con la mayor rapidez golpes mortales. Los revolucionarios inexperimentados se imaginan a menudo que los medios legales de lucha son oportunistas, porque en este terreno (sobre todo en los períodos llamados "pacíficos", en los períodos no revolucionarios) la burguesía engañaba y embaucaba con una frecuencia particular a los obreros, y que los procedimientos ilegales son revolucionarios. Tal afirmación, sin embargo, no es justa. Lo justo es que los oportunistas y traidores a la clase obrera, son los partidos y jefes que no saben o no quieren (no digáis nunca: no puedo, sino: no quiero) aplicar los procedimientos ilegales en una situación como la guerra imperialista de 1914-1918 por ejemplo, en que la burguesía de los países democráticos más libres engañaba a los obreros con una insolencia y crueldad nunca vistas, prohibiendo que se dijese la verdad sobre el carácter de rapiña de la guerra. Pero los revolucionarios que no saben combinar las formas ilegales de lucha con todas las formas legales son unos malos revolucionarios.

No es difícil ser revolucionario cuando la revolución ha estallado ya y se halla en su apogeo, cuando todos y cada uno se adhieren a la revolución simplemente por entusiasmo, por moda y a veces por interés personal de hacer carrera. Al proletariado le cuesta mucho, le produce duras penalidades, le origina verdaderos tormentos "deshacerse", después de su triunfo, de estos "revolucionarios". Es infinitamente más difícil – y muchísimo más meritorio -- saber ser revolucionario cuando todavía no se dan las condiciones para la lucha directa, franca, la verdadera lucha de masas, la verdadera lucha revolucionaria, saber defender los intereses de la revolución (mediante la propaganda, la agitación, la organización) en instituciones no revolucionarias y a menudo sencillamente reaccionarias, en la situación no revolucionaria entre unas masas incapaces de comprender de un modo inmediato la necesidad de un método revolucionario de acción. Saber encontrar, percibir, determinar exactamente la marcha concreta o el cambio brusco de los acontecimientos susceptibles de conducir a las masas a la grande y verdadera lucha revolucionaria final y decisiva, es en lo que consiste la misión principal del comunismo contemporáneo en la Europa occidental y en América.

Ejemplo: Inglaterra. No podemos saber -- ni nadie se halla en estado de determinarlo por anticipado -- cuándo estallará allí la verdadera revolución proletaria y cuál será el motivo principal que despertará, inflamará, lanzará a la lucha a las grandes masas, hoy aun adormecidas. Tenemos el deber, por consiguiente, de realizar todo nuestro trabajo preparatorio teniendo herradas las cuatro patas (según la expresión favorita del difunto Plejánov cuando todavía era marxista y revolucionario). Quizá sea una crisis parlamentaria la que "abra el paso", la que "rompa el hielo"; acaso una crisis que derive de las contradicciones coloniales e imperialistas irremediablemente complicadas, cada vez más inextricables y exasperadas; son posibles otras causas. No hablamos del género de lucha que decidirá la suerte de la revolución proletaria en Inglaterra (esta cuestión no sugiere duda alguna para ningún comunista, pues para todos nosotros está firmemente resuelta), pero sí del motivo que despertará a las masas proletarias adormecidas hoy todavía, las pondrá en movimiento y las conducirá a la revolución. No olvidemos que, por ejemplo, en la república burguesa de Francia, en una situación que, tanto desde el punto de vista internacional como del interior, era cien veces menos revolucionaria que la actual, bastó una circunstancia tan "inesperada" y tan "mezquina" como el asunto Dreyfus -- una de las mil hazañas deshonrosas de la banda militarista reaccionaria -- para conducir al pueblo a dos dedos de la guerra civil.

En Inglaterra, los comunistas deben utilizar constantemente, sin descanso ni vacilación, las elecciones parlamentarias y todas las peripecias de la política irlandesa, colonial e imperialista mundial del

gobierno británico, como todos los demás campos, esferas y aspectos de la vida social, trabajando en ellos con un espíritu nuevo, con el espíritu del comunismo, con el espíritu de la Tercera, no de la Segunda Internacional. No dispongo de tiempo y espacio para describir aquí los procedimientos "rusos", "bolcheviques" de participación en las elecciones y en la lucha parlamentaria; pero puedo asegurar a los comunistas de los demás países que no se parecían en nada a las campañas parlamentarias corrientes en la Europa occidental. De aquí se saca a menudo la siguiente conclusión: "Es que vuestro parlamentarismo no era lo mismo que el nuestro". La conclusión es falsa. Para ello existen en el mundo comunistas y partidarios de la III Internacional en todos los países, para transformar en toda la línea, en todos los dominios de la vida, la vieja labor socialista, tradeunionista, sindicalista y parlamentaria, en una labor nueva, comunista. En nuestras elecciones hemos visto también, de sobra, rasgos puramente burgueses, rasgos de oportunismo, de practicismo vulgar, de engaño capitalista. Los comunistas de Europa occidental y de América deben aprender a crear un parlamentarismo nuevo, poco común, no oportunista, que no tenga nada de arribista; es necesario que el Partido Comunista lance sus consignas, que los verdaderos proletarios, con ayuda de la masa de la gente pobre, inorganizada y aplastada, extiendan y distribuyan octavillas, recorran las viviendas de los obreros, las chozas de los proletarios del campo y de los campesinos que viven en los sitios más recónditos (por ventura, en Europa los hay mucho menos que en Rusia, y en Inglaterra apenas si existen), penetren en las tabernas más concurridas, se introduzcan en las asociaciones, en las sociedades, en las reuniones fortuitas de los elementos pobres, que hablen al pueblo con un lenguaje sencillo (y no de un modo muy parlamentario), no corran, por nada en el mundo, tras un "lugarcito" en los escaños del parlamento, despierten en todas partes el pensamiento, arrastren a la masa, cojan a la burguesía por la palabra, utilicen el aparato creado por ella, las elecciones convocadas por ella, el llamamiento hecho por ella a todo el pueblo, den a conocer a este último el bolchevismo como nunca habían tenido ocasión de hacerlo (bajo el dominio burgués), fuera del período electoral (sin contar, naturalmente, con los momentos de grandes huelgas, cuando ese mismo aparato de agitación popular funcionaba en nuestro país con más intensidad aún). Hacer esto en la Europa occidental y en América es muy difícil, dificilísimo, pero puede y debe hacerse, pues las tareas del comunismo no pueden cumplirse, en general, sin trabajo, y hay que esforzarse para resolver los problemas prácticos cada vez más variados, cada vez más ligados a todos los aspectos de la vida social y que van arrebatándole cada vez más a la burguesía un sector, un campo de la vida social tras otro.

En esa misma Inglaterra es asimismo necesario organizar de un modo nuevo (no de un modo socialista, sino de un modo comunista; no de un modo reformista, sino de un modo revolucionario) la labor

de propaganda, de agitación y de organización en el ejército y entre las naciones oprimidas y las que no gozan de la plenitud de derechos en "su " Estado (Irlanda, las colonias). Pues todos estos sectores de la vida social, en la época del imperialismo en general y sobre todo ahora, después de esta guerra que ha atormentado a los pueblos y que les ha abierto rápidamente los ojos a la verdad (la verdad de que decenas de millones de hombres han muerto o han sido mutilados únicamente para decidir si serían los bandidos ingleses o los bandidos alemanes los que saquearían más países), todos estos sectores de la vida social se saturan particularmente de materias inflamables y dan origen a muchos conflictos, a muchas crisis y a la exacerbación de la lucha de clases. No sabemos ni podemos saber cuál de las chispas que, en enjambre, surgen ahora por doquier en todos los países bajo la influencia de la crisis económica y política mundial, podrá originar el incendio, es decir, despertar de una manera especial a las masas, y por lo tanto debemos, con nuestros nuevos principios, nuestros principios comunistas, emprender la "preparación" de todos los campos, sean de la naturaleza que sean, hasta los más viejos, los más vetustos, y en apariencia los más estériles, pues en caso contrario no estaremos a la altura de nuestra misión, faltaremos en algo, no dominaremos todas las clases de armas, no nos prepararemos ni para la victoria sobre la burguesía (la cual ha organizado la vida social en todos sus aspectos a la manera burguesa y ahora la ha desorganizado de ese mismo modo) ni para la reorganización comunista de toda la vida, que deberemos realizar una vez obtenida la victoria.

Después de la revolución proletaria en Rusia, de las victorias de dicha revolución en el terreno internacional, inesperadas para la burguesía y los filisteos, el mundo entero se ha transformado y la burguesía es también en todas partes otra. La burguesía está asustada por el "bolchevismo", está irritada contra él casi hasta perder la razón, y precisamente por eso acelera, por una parte, el desarrollo de los acontecimientos y, por otra, concentra la atención en el aplastamiento del bolchevismo por la fuerza, debilitando con ello su posición en otros muchos terrenos. Los comunistas de todos los países adelantados deben tener en cuenta estas dos circunstancias para su táctica.

Cuando los kadetes rusos y Kerenski emprendieron una persecución furiosa contra los bolcheviques -- sobre todo después de abril de 1917, y más aun en junio y julio del mismo año --, "rebasaron los limites". Los millones de ejemplares de los periódicos burgueses que gritaban en todos los tonos contra los bolcheviques, nos ayudaron a conseguir que las masas valorasen el bolchevismo y, aun sin contar con la prensa, toda la vida social, gracias al "celo" de la burguesía, se impregnó de discusiones sobre el bolchevismo. En el momento actual, los millonarios de todos los países se conducen de tal modo en la escala internacional, que debemos estarles

reconocidos de todo corazón. Persiguen al bolchevismo con el mismo celo que lo perseguían antes Kerenski y compañía, y, como éstos, “rebasan también los límites” y nos ayudan. Cuando la burguesía francesa convierte al bolchevismo en el punto central de la campaña electoral, injuriando por su bolchevismo a socialistas relativamente moderados o vacilantes; cuando la burguesía norteamericana, perdiendo completamente la cabeza, detiene a miles y miles de individuos sospechosos de bolchevismo y crea un ambiente de pánico propagando por doquier la nueva de conjuraciones bolcheviques; cuando la burguesía inglesa, la más “sólida” de todas las burguesías del mundo, con todo su talento y su experiencia, comete inverosímiles tonterías, funda riquísimas “sociedades para la lucha contra el bolchevismo”, crea una literatura especial sobre este último, toma a su servicio, para la lucha contra el bolchevismo, a un personal suplementario de sabios, de agitadores, de curas, debemos inclinarnos y dar las gracias a los señores capitalistas. Estos trabajan para nosotros, nos ayudan a interesar a las masas en la cuestión de la naturaleza y la significación del bolchevismo. Y no pueden obrar de otro modo, porque ya han fracasado en sus intentos de “hacer el silencio” alrededor del bolchevismo y ahogarlo.

Pero, al mismo tiempo, la burguesía ve en el bolchevismo casi únicamente uno de los aspectos de este último: la insurrección, la violencia, el terror; por esto se prepara particularmente para resistir y rechazar al bolchevismo en este terreno Es posible que en casos aislados, en algunos países, en tales o cuales períodos breves lo consiga; hay que contar con esa posibilidad, que no tiene para nosotros nada de temible. El comunismo “brota”, literalmente, en todos los aspectos de la vida social, se manifiesta decididamente por doquier, el “contagio” (para emplear la comparación preferida de la burguesía y de la policía burguesa, y la más “agradable” para ella) ha penetrado muy profundamente en todos los poros del organismo y lo ha impregnado por completo. Si se “obtura” con celo particular una de las salidas, el “contagio” encontrará otra, a veces completamente inesperada; la vida triunfa por encima de todo. Que la burguesía se sobresalte, se irrite hasta perder la cabeza, que rebase los límites, que cometa necedades, que se vengue de antemano de los bolcheviques y se esfuerce en aniquilar (en la India, en Hungría, en Alemania, etc.) a centenares, a miles, a centenares de miles de bolcheviques de mañana o de ayer i al obrar así procede como han obrado todas las clases condenadas por la historia a desaparecer. Los comunistas deben saber que, en todo caso, el porvenir les pertenece, y por esto podemos (y debemos) unir el máximo de pasión en la gran lucha revolucionaria con la consideración más fría y serena de las furiosas sacudidas de la burguesía. La revolución rusa fue cruelmente derrotada en 1905; los bolcheviques rusos fueron aplastados en julio de 1917; más de 15.000 comunistas alemanes fueron aniquilados por medio de la provocación artera y de las maniobras hábiles de Scheidemann y Noske, aliados a la burguesía y los

generales monárquicos; en Finlandia y en Hungría hace estragos el terror blanco, pero en todos los casos y en todos los países, el comunismo se está templando y crece; sus raíces son tan profundas que las persecuciones no lo debilitan, no lo desarman, sino que lo refuerzan. Lo único que hace falta para que marchemos hacia la victoria más firmemente y más seguros, es que los comunistas de todos los países actuemos en todas partes y hasta el fin, guiados por la convicción de la necesidad de una flexibilidad máxima en nuestra táctica. Lo que actualmente hace falta al comunismo, que crece magníficamente, sobre todo en los países adelantados, es esta conciencia y el acierto para aplicarla en la práctica.

Podría (y debería) ser una lección útil lo ocurrido con unos eruditos marxistas y unos jefes de la II Internacional tan fieles al socialismo como Kautsky, Otto Bauer y otros. Estos tenían perfecta conciencia de la necesidad de una táctica flexible, habían aprendido y enseñaban a los demás la dialéctica marxista (y mucho de lo hecho por ellos en este campo, será considerado siempre como una valiosa adquisición de la literatura socialista); pero al aplicar esta dialéctica, han incurrido en un error de tal naturaleza, se han mostrado en la práctica tan apartados de la dialéctica, tan incapaces de tener en cuenta los rápidos cambios de forma y la rápida entrada de un contenido nuevo en las antiguas formas, que su suerte no es más envidiable que la de Hyndman, Guesde y Plejánov.

La causa fundamental de su bancarrota consiste en que se han dejado "encandilar" por una forma determinada de crecimiento del movimiento obrero y del socialismo, olvidándose de su unilateralidad; han tenido miedo a ver la brusca ruptura, inevitable por las circunstancias objetivas, y han seguido repitiendo las simples verdades aprendidas de memoria y a primera vista indiscutibles: tres son más que dos. Pero la política se parece más al álgebra que a la aritmética y todavía más a las matemáticas superiores que a las matemáticas simples. En realidad, todas las formas antiguas del movimiento socialista se han llenado de un contenido nuevo y un nuevo signo ha aparecido por lo tanto delante de las cifras, el signo "menos", mientras nuestros sabios seguían (y siguen) afirmando tenazmente a todo el mundo que "menos tres" es mayor que "menos dos".

Hay que procurar que los comunistas no repitan el mismo error en el otro sentido, o mejor dicho, que ese mismo error, cometido, aunque en un sentido contrario, por los comunistas "de izquierda" sea corregido y curado con el máximo de rapidez y el mínimo de dolor para el organismo. No sólo el doctrinarismo de derecha constituye un error, también lo constituye el doctrinarismo de izquierda. Naturalmente, el error del doctrinarismo de izquierda en el comunismo es en el momento actual mil veces menos peligroso y grave que el de derecha (esto es, del socialchovinismo y de

los kautskianos); pero esto se debe únicamente a que el comunismo de izquierda es una tendencia novísima, que acaba de nacer. Sólo por esto, la enfermedad puede ser, en ciertas condiciones, fácilmente vencida y es necesario emprender su tratamiento con el máximo de energía.

Las antiguas formas se han roto, pues ha resultado que su nuevo contenido -- antiproletario, reaccionario -- ha adquirido un desarrollo inconmensurable. Desde el punto de vista del desenvolvimiento del comunismo internacional, poseemos hoy un contenido tan sólido, tan fuerte, tan potente, de nuestra actividad (por el Poder de los Soviets por la dictadura del proletariado) que puede y debe manifestarse en cualquier forma tanto antigua como nueva, que puede y debe transformar, vencer, someter a todas las demás formas, no sólo nuevas, sino también antiguas, no para conciliarse con ellas, sino a fin de saber convertirlas todas, las nuevas y las viejas, en un arma para la victoria completa y definitiva, decisiva e irremisible del comunismo.

Los comunistas deben consagrar todos sus esfuerzos a dirigir el movimiento obrero y el desarrollo social en general por el camino más recto y rápido hacia la victoria mundial del Poder soviético y de la dictadura del proletariado. Es una verdad indiscutible. Pero basta dar un pequeño paso más allá -- aunque parezca efectuado en la misma dirección --, para que esta verdad se cambie en error. Basta con que digamos, como hacen los comunistas de izquierda alemanes e ingleses, que no aceptamos más que un camino, el camino recto, que no admitimos las maniobras, los acuerdos, los compromisos, para que sea un error que puede causar, y que ha causado ya en parte y sigue causando, los más serios perjuicios al comunismo. Los doctrinarios de derecha se han obstinado en no admitir más que las formas antiguas, y han fracasado del modo más completo por no haberse dado cuenta del nuevo contenido. Los doctrinarios de izquierda se obstinan en rechazar incondicionalmente determinadas formas antiguas, sin ver que el contenido nuevo se abre paso a través de toda clase de formas y que nuestro deber de comunistas consiste en adueñarnos de todas ellas, en aprender a completar con el máximo de rapidez unas con otras, en sustituirlas unas por otras, en adaptar nuestra táctica a todo cambio de este género, suscitado por una clase que no sea la nuestra o por unos esfuerzos que no sean los nuestros.

La revolución mundial, que ha recibido un impulso tan poderoso y ha sido tan intensamente acelerada por los horrores, las villanías y las abominaciones de la guerra imperialista mundial, de la situación sin salida creada por la misma, esa revolución se extiende y se ahonda con una rapidez tan extraordinaria, con una riqueza tan magnífica de formas sucesivas, con una refutación práctica tan edificante de todo doctrinarismo, que tenemos todos los motivos para creer en una curación

rápida y completa del "izquierdismo", enfermedad infantil en el movimiento comunista internacional.

27 de abril de 1920.

APENDICE

Mientras las imprentas de nuestro país -- saqueado por los imperialistas de todo el mundo en venganza por la revolución proletaria y al que siguen saqueando y blogueando a pesar de todas las promesas dadas a sus obreros -- preparaban la edición de mi libro, han llegado del extranjero materiales complementarios. Sin otra pretensión que la de trazar unas notas fugitivas de publicista, trataré brevemente algunos puntos.

I.- LA ESCISION DE LOS COMUNISTAS ALEMANES

La escisión de los comunistas en Alemania es un hecho consumado. Los "izquierdistas" u "oposición de principio" han constituido un "Partido Comunista Obrero" aparte, opuesto al "Partido Comunista". En Italia, las cosas conducen también, al parecer, a la escisión; y digo al parecer porque no poseo más que dos números complementarios (los numeros 7 y 8) del periódico de izquierda "Il Soviet", en el cual se discute abiertamente la posibilidad y la necesidad de la escisión y se habla también de un congreso de la fracción de los "abstencionistas" (o boicotistas, es decir adversarios de la participación en el parlamento), fracción que hasta ahora forma parte del Partido Socialista Italiano.

Puede temerse que la escisión de los "izquierdistas", de los antiparlamentarios (en parte también antipolíticos, adversarios de un partido político y de la acción en los sindicatos) se convierta en un fenómeno internacional, como la escisión de los "centralistas" (o kautskianos, longuetistas, "independientes", etc.). Admitamos que sea así. Siempre es preferible una escisión a una situación confusa que obstaculice el desenvolvimiento ideológico, teórico y revolucionario del Partido, su maduración y su trabajo práctico, armónico y realmente organizado, que prepara realmente la dictadura del proletariado.

Dejemos a los "izquierdistas" que se pongan a prueba prácticamente en el terreno nacional e internacional, dejémosles en libertad de preparar (y después realizar) la dictadura del proletariado, sin un partido estrictamente centralizado que tenga una disciplina férrea, sin saber dominar todos los sectores, ramos y variedades de la actividad política y cultural. La experiencia práctica les enseñará rápidamente.

Lo único que hay que hacer es consagrar todos los esfuerzos a que la escisión de los "izquierdistas" no dificulte, o dificulte lo menos posible,

la fusión necesaria inevitable, en un futuro próximo, en un solo partido de todos los que toman parte en el movimiento obrero y son partidarios sinceros y de buena fe del Poder de los Soviets y de la dictadura del proletariado. En Rusia ha sido una gran dicha para los bolcheviques el que hayan podido disponer de quince años de lucha sistemática y acabada contra los mencheviques (es decir, los oportunistas y "centristas") y contra los "izquierdistas" mucho antes de la lucha directa de las masas por la dictadura del proletariado. En Europa y América este trabajo hay que efectuarlo ahora "a marchas forzadas". Algunos individuos, sobre todo entre los pretendientes derrotados al papel de caudillos, pueden (si no tienen bastante espíritu de disciplina proletaria y "franqueza consigo mismos") obstinarse largo tiempo en sus errores; pero las masas obreras, cuando llegue el momento, se unirán fácil y rápidamente y se agruparán con todos los comunistas sinceros en un partido único, capaz de implantar el régimen de los Soviets y la dictadura del proletariado*.

II.- COMUNISTAS E INDEPENDIENTES EN ALEMANIA

He expresado en mi folleto la opinión de que un compromiso entre los comunistas y el ala izquierda de los independientes es indispensable y útil para el comunismo, pero que su realización no será fácil. Los periódicos que he recibido después me han confirmado en estas dos opiniones. El número 32 de "Bandera Roja", órgano del Comité Central del Partido Comunista de Alemania ("Die Rote Fahne", Zentralorgan der Kommun. Partei Deutschlands, Spartacusbund,[22] del 26. III. 1920), contiene una "declaración" de dicho Comité Central sobre la cuestión del "putch" (complot, aventura) militar Kapp-Luttwitz y sobre el "gobierno socialista" La declaración es completamente justa, tanto en lo que se

---

* Sobre la cuestión de la fusión futura de los comunistas "de izquierda", de los antiparlamentarios, con los comunistas en general, haré notar lo que sigue: En la medida en que me ha sido posible leer los periódicos de los comunistas "de izquierda" y de los comunistas en general en Alemania, los primeros tienen la ventaja de que saben realizar la agitación entre las masas mejor que los segundos. Había observado algo análogo -- aunque en menores proporciones y en algunas organizaciones locales aisladas, y no en todo el país -- en la historia del Partido bolchevique. Por ejemplo, en 1907-1908 los bolcheviques "de izquierda" en algunos sitios, a veces, llevaron a cabo su agitación entre las masas con más éxito que nosotros. Esto se explica en parte porque con una táctica de "simple" negación es más fácil abordar a las masas en un momento revolucionario o cuando está todavía vivo el recuerdo de la revolución. Sin embargo, esto no prueba la justeza de tal táctica. En todo caso, es indudable que el partido comunista que quiera ser realmente el destacamento avanzado, la vanguardia de la clase revolucionaria del proletariado, y que quiera además aprender a dirigir a las amplias masas, no sólo proletarias sino también no proletarias, a las masas de trabajadores y explotados, debe saber realizar la propaganda y efectuar la organización y la agitación del modo más accesible, más comprensible, más claro y vivo, tanto en las barriadas obreras de las ciudades como en el campo.

refiere a las premisas fundamentales como desde el punto de vista de las conclusiones prácticas. Las premisas fundamentales se reducen a afirmar que, en el momento actual, no existe la "base objetiva" para la dictadura del proletariado, pues la "mayoría de los obreros urbanos" está por los independientes. Conclusión: promesa de una "oposición leal" (es decir, renuncia a la preparación del "derrocamiento por la fuerza") al gobierno "socialista, con exclusión de los partidos capitalistas burgueses".

Esta táctica indudablemente es justa en el fondo. Pero si no hay por qué detenerse en menudas imprecisiones de fórmula, es imposible, no obstante, pasar en silencio que no se puede llamar "socialista" (en una declaración oficial del Partido Comunista) a un gobierno de socialtraidores, que no se puede hablar de la exclusión "de los partidos capitalistas burgueses", cuando los partidos de los Scheidemann y los Kautsky-Crispien son partidos democráticos pequeñoburgueses, y en fin, que no hay derecho a escribir cosas como las que se dicen en el párrafo IV de la declaración mencionada, donde leemos:

". . . Para conseguir que las masas proletarias se adhieran a la causa del comunismo es un elemento de importancia inmensa, desde el punto de vista del desenvolvimiento de la dictadura del proletariado, que pueda ser utilizado ilimitadamente el estado de cosas creado por la libertad política y que la democracia burguesa no pueda manifestarse como dictadura del capital. . ."

Semejante estado de cosas es imposible. Los caudillos pequeñoburgueses, los Henderson (los Scheidemann) y los Snowden (los Crispien) alemanes no salen ni pueden salirse del marco de la democracia burguesa, la cual, a su vez, no puede dejar de ser la dictadura del capital. De estas cosas, falsas en principio y perjudiciales políticamente, no había por qué hablar desde el punto de vista del resultado práctico que perseguía con toda justeza el Comité Central del Partido Comunista. Para ello bastaba decir (si se quería emplear la cortesía parlamentaria): mientras la mayoría de los obreros de las ciudades siga a los independientes, nosotros, los comunistas, no podemos impedir que estos obreros se libren de sus últimas ilusiones democráticas y pequeñoburguesas (es decir, "burguesas-capitalistas" también) a base de la experiencia de "su" gobierno. Esto es suficiente para justificar el compromiso, que es realmente necesario y que debe consistir en renunciar por cierto tiempo a toda tentativa de derribar por la fuerza a un gobierno que goza de la confianza de la mayoría de los obreros de las ciudades. Pero en la agitación cotidiana entre las masas, que no tiene por qué hacerse con la cortesía parlamentaria oficial, se podría, naturalmente, añadir: dejemos que esos canallas como Scheidemann, esos filisteos como los Kautsky-Crispien pongan de manifiesto con sus obras hasta qué punto están ellos mismos engañados y engañan a los

obreros; su gobierno "puro" efectuará "mejor que nadie" el trabajo de "limpiar" los establos de Augias del socialismo, del socialdemocratismo y demás formas de la socialtraición.

La verdadera naturaleza de los jefes actuales del "Partido Socialista Independiente de Alemania" (de esos jefes de quienes se dice equivocadamente que han perdido ya toda influencia, cuando en realidad son aún más peligrosos para el proletariado que los socialdemócratas húngaros, que habían tomado el nombre de comunistas y prometido "sostener" la dictadura del proletariado) se ha puesto de manifiesto una vez más con ocasión de la aventura de los Kornílov de Alemania, esto es, del golpe de Estado de von Kapp y Luttwitz*. Y tenemos también una pequeña pero clara prueba de esto en los artículos de C. Kautsky "Horas decisivas" ["Entscheidende Stunden"] en la "Freiheit" ["La Libertad", órgano de los independientes] del 30 de marzo de 1920 y de Arturo Crispien: "Sobre la situación política" (en el mismo periódico del 14 de abril de 1920). Estos señores no saben en absoluto pensar y razonar como revolucionarios.

¡Son unos demócratas pequeñoburgueses llorones, mil veces más peligrosos para el proletariado si se declaran partidarios del Poder de los Soviets y de la dictadura del proletariado, pues, en realidad, en cada instante difícil y peligroso cometerán inevitablemente una traición. . . quedando convencidos con la "mayor sinceridad" de que ayudan al proletariado! Los socialdemócratas de Hungría, que se bautizaron de comunistas, querían también "ayudar" al proletariado, cuando, gracias a su cobardía y a su falta de carácter, juzgaron desesperada la situación del Poder soviético en Hungría y empezaron a lloriquear ante los agentes de los capitalistas y verdugos de la Entente.

III.- TURATI Y COMPAÑIA EN ITALIA

Los números del periódico italiano "Il Soviet", que he indicado más arriba, confirman plenamente lo que he dicho en mi folleto sobre el error del Partido Socialista Italiano al tolerar en sus filas miembros semejantes y hasta a un grupo parlamentario compuesto de esa gente. Pero confirma todavía más eso un testigo tan desinteresado como el corresponsal en Roma del periódico liberal burgués inglés "The Manchester Guardian", el cual, en el número del 12 de marzo de 1920, publica una interviú con Turati.

* Con extraordinaria claridad, concisión y exactitud, a la manera marxista, se explica esto en el excelente periódico del Partido Comunista Austríaco, "Bandera Roja", del 28 y 30 de marzo de 1920. ("Die Rote Fahne", Wien, 1920, núms. 266 y 267; L. L.: "Ein neuer Abschnitt der deutschen Revolution". ["Una nueva etapa de la revolución alemana" -- N. del R.]).

"... El señor Turati -- dice dicho corresponsal -- estima que el peligro revolucionario en Italia no es tal que pueda suscitar temores, que carecen de todo fundamento. Los maximalistas juegan con el fuego de las teorías soviéticas, sólo para conservar a las masas en un estado de agitación y excitación. En realidad, sin embargo, dichas teorías son concepciones puramente legendarias, programas no maduros, que no valen para ser aplicados prácticamente y que no sirven más que para mantener a las clases trabajadoras en situación expectante. Esos mismos hombres que las emplean como atractivo para deslumbrar al proletariado, se ven obligados a sostener una lucha diaria para conquistar algunas mejoras económicas, a menudo insignificantes, a fin de retardar el momento en que las clases trabajadoras pierdan su fe y sus ilusiones en sus mitos favoritos. De aquí una larga etapa de huelgas de las más diversas proporciones, provocadas por los motivos más diversos, hasta llegar a las últimas de los empleados de correos y ferrocarriles, huelgas que hacen aún más penosa la situación ya difícil del país. El país está irritado a consecuencia de las dificultades relacionadas con el problema del Adriático, esta aplastado por su deuda exterior, por su emisión fiduciaria desproporcionada, y, a pesar de todo, no tiene todavía conciencia ni mucho menos, de la necesidad de asimilarse esa disciplina en el trabajo, que es la única que puede restablecer el orden y la prosperidad. . ."

Es claro como la luz del día que el corresponsal inglés ha dejado escapar la verdad que Turati y sus defensores, cómplices e inspiradores burgueses en Italia, probablemente ocultan y disfrazan la verdad que afirma que las ideas y la actuación política de los señores Turati, Treves, Modigliani, Dugoni y compañía son precisamente las que describe el corresponsal inglés. Esto no es más que una socialtraición completa. ¡Qué me diréis de esta defensa del orden y de la disciplina de los obreros que sufren la esclavitud del asalariado, que trabajan en beneficio de los capitalistas!

¡Qué bien conocemos nosotros, los rusos, todos estos discursos mencheviques! ¡Qué preciosa confesión la de que las masas son partidarias del Poder de los Soviets! ¡Qué incomprensión obtusa y bajamente burguesa del papel revolucionario de las huelgas que van creciendo espontáneamente! Sí, el corresponsal del periódico liberal burgués de Inglaterra ha prestado un mal servicio a los señores Turati y compañía y ha confirmado de un modo excelente la razón del camarada Bordiga y de sus amigos del periódico "Il Soviet", cuando exigen que el Partido Socialista Italiano, si quiere efectivamente estar por la III Internacional, expulse de sus filas, cubriéndolos de oprobio, a los señores Turati y compañía y se convierta en Partido Comunista tanto por su nombre como por sus hechos.

IV.- CONCLUSIONES FALSAS DE PREMISAS JUSTAS

Pero el camarada Bordiga y sus amigos "de izquierda" sacan de su justa crítica de los señores Turati y compañía la conclusión falsa de que es perjudicial, en términos generales, la participación en el parlamento. Los "izquierdistas" italianos no pueden aducir ni un solo argumento serio en defensa de este punto de vista. Ignoran simplemente (o se esfuerzan en olvidar) los ejemplos internacionales de utilización realmente revolucionaria y comunista, indiscutiblemente útil para la preparación de la revolución proletaria, de los parlamentos burgueses. No se imaginan simplemente un modo "nuevo" de utilizar el parlamentarismo y, repitiéndose constantemente, vociferan contra el "viejo" modo, no bolchevique, de utilizarlo

En esto consiste precisamente su error radical. No sólo en el terreno parlamentario, sino en todos los campos de actividad, debe el comunismo introducir (y sin un trabajo prolongado, constante, tenaz, será incapaz de hacerlo) algo principalmente nuevo, que rompa radicalmente con las tradiciones de la II Internacional (conservando y desarrollando al mismo tiempo lo que ésta ha dejado de bueno).

Tomemos como ejemplo la labor periodística. Los periódicos, folletos, proclamas, llenan una función necesaria de propaganda, de agitación, de organización. Ningún movimiento de masas en un país, por poco civilizado que sea, puede pasarse sin un aparato periodístico. Y ni las vociferaciones contra los "jefes" ni el juramento solemne de conservar la pureza de las masas contra la influencia de los jefes nos librarán de la necesidad de utilizar para este trabajo a hombres procedentes del medio intelectual burgués nos librarán de la atmósfera democrático burguesa, del ambiente de "propiedad privada" en que se efectúa este trabajo bajo el capitalismo. Incluso al cabo de dos años y medio del derrocamiento de la burguesía y de la conquista del Poder político por el proletariado, vemos a nuestro alrededor esa atmósfera, ese ambiente de relaciones democrático burguesas y de propiedad en masa (campesina, artesana).

El parlamentarismo es una forma de acción, el periodismo otra. En ambas el contenido puede y debe ser comunista, si los que trabajan en uno y otro terreno son realmente comunistas, realmente miembros del partido de las masas proletarias. Pero en una y otra -- y en todo campo de acción bajo el capitalismo y en el período de transición de éste al socialismo -- es imposible evitar las dificultades, los problemas especiales que debe vencer y resolver el proletariado, para utilizar en provecho propio a los

hombres procedentes del medio burgués, para triunfar de los prejuicios y de las influencias intelectuales burguesas, para debilitar la resistencia del ambiente pequeñoburgués (y para transformarlo después por completo).

¿Es que acaso antes de la guerra de 1914-1918 no vimos en todos los países infinidad de casos de anarquistas, sindicalistas y otras gentes muy "de izquierda" que fulminaban contra el parlamentarismo, se burlaban de los socialistas parlamentarios bajamente aburguesados, fustigaban su arribismo, etc., etc. y se servían ellos mismos del periodismo, de la labor en los sindicatos, para hacer exactamente la misma carrera burguesa? ¿Es que los ejemplos de los señores Jouhaux y Merrheim, si nos limitamos a Francia, no son típicos?

La puerilidad de "rechazar" la participación en el parlamento consiste precisamente en que se cree "resolver " con este medio "simple", "fácil", que se pretende revolucionario, el difícil problema de la lucha contra las influencias democrático burguesas en el seno del movimiento obrero, cuando, en realidad, no se hace otra cosa que huir de la propia sombra, cerrar los ojos ante la dificultad, librarse de ella con palabras. El arribismo desvergonzado, la explotación burguesa de las actas parlamentarias, la escandalosa deformación reformista de la actividad parlamentaria, la rutina pequeñoburguesa vulgar, son sin duda los rasgos característicos, frecuentes y dominantes que engendra el capitalismo por doquier y tanto fuera como en el interior del movimiento obrero. Pero este mismo capitalismo y el ambiente burgués por él creado (que desaparece muy lentamente aun después del derrocamiento de la burguesía, pues la clase campesina engendra la burguesía de continuo) dan origen decididamente, en todas las esferas de la actividad y de la vida, a un arribismo burgués, a un chovinismo nacional, a una vulgaridad pequeñoburguesa, que son, en el fondo, con variantes insignificantes, exactamente los mismos.

Vosotros, queridos boicotistas y antiparlamentarios, os creéis "terriblemente revolucionarios", cuando en realidad estáis asustados de las dificultades relativamente pequeñas de la lucha contra las influencias burguesas en el interior del movimiento obrero, cuando vuestra victoria, es decir, el derrocamiento de la burguesía y la conquista del Poder político por el proletariado, creará estas mismas dificultades en una medida aun más grande, incomparablemente más grande. Os habéis asustado como niños ante la pequeña dificultad que se os presenta hoy, sin comprender que mañana y pasado mañana os veréis obligados, a pesar de todo, a aprender, y aprender bien, a vencer esas dificultades en proporciones incomparablemente mayores.

Bajo el Poder de los Soviets tratarán de penetrar en el partido del proletariado, en el vuestro y en el nuestro, todavía más elementos

procedentes de la intelectualidad burguesa. Se deslizarán asimismo en los Soviets, en los tribunales, en las administraciones, pues es imposible construir el comunismo de otro modo que con los materiales humanos creados por el capitalismo, pues no hay otros materiales para ello; es imposible expulsar y aniquilar a los intelectuales burgueses, hay que vencerlos, transformarlos, asimilárselos, reeducarlos, como hay que reeducar, con una lucha prolongada, sobre la base de la dictadura del proletariado, a los proletarios mismos, que no se desembarazan de sus prejuicios pequeñoburgueses de golpe, por un milagro, por gracia del Espíritu Santo o por el efecto mágico de una consigna, de una resolución, de un decreto, sino únicamente por medio de una lucha de masas prolongada y difícil contra las influencias pequeño burguesas que existen entre las masas. Bajo el Poder de los Soviets estos mismos problemas, de los cuales hoy el antiparlamentario con un solo gesto se desembaraza de un modo tan orgulloso, tan altanero, con tanta ligereza y tanta puerilidad, estos mismos problemas volverán a surgir en el interior de los Soviets, en la administración soviética, en el "foro" soviético (en Rusia hemos suprimido, y con razón, el foro burgués, pero éste resucita entre nosotros bajo la cubierta de los "abogados" "soviéticos"[23]). Entre los ingenieros, entre los maestros soviéticos, entre los obreros privilegiados, es decir, los más calificados y colocados en mejores condiciones, en las fábricas soviéticas, advertimos un renacimiento continuo de todos, absolutamente de todos los rasgos negativos propios del parlamentarismo burgués, y sólo mediante una lucha repetida, incansable, prolongada y tenaz del espíritu de organización y disciplina del proletariado, vamos triunfando poco a poco de ese mal.

Naturalmente, bajo la dominación de la burguesía es muy "difícil" vencer los hábitos burgueses en el propio partido, es decir, en el partido obrero, es "difícil" arrojar del partido a los jefes parlamentarios acostumbrados a los prejuicios burgueses y corrompidos sin remedio por los mismos, es "difícil" someter a la disciplina proletaria al número estrictamente necesario de hombres procedentes de la burguesía (aunque sea en número muy limitado), es "difícil" crear en el parlamento burgués una fracción comunista plenamente digna de la clase obrera, es "difícil" conseguir que los diputados comunistas no se dejen llevar por el juego del parlamentarismo burgués, sino que se ocupen de una labor sustancial de propaganda, agitación y organización entre las masas. Todo esto, ni que decir tiene, es "difícil", lo era en Rusia, lo es incomparablemente más en la Europa occidental y en América, donde la burguesía, las tradiciones democrático burguesas, etc., son mucho más fuertes.

Pero estas "dificultades" son un juego de niños en comparación con los problemas absolutamente de la misma naturaleza que el proletariado tendrá que resolver inevitablemente, tanto para conseguir la victoria, como

durante la revolución proletaria y después que haya conquistado el Poder. En comparación con estos problemas, verdaderamente gigantescos, que se plantearán cuando bajo la dictadura del proletariado sea preciso reeducar a millones de campesinos y pequeños propietarios, a centenares de miles de empleados, funcionarios, intelectuales burgueses, subordinando a todos al Estado proletario y a la dirección proletaria, y vencer en ellos sus hábitos y tradiciones burgueses, en comparación con estos problemas gigantescos, es una labor de una facilidad pueril formar, bajo el dominio burgués, en un parlamento burgués, una fracción realmente comunista de un verdadero partido proletario.

Si los camaradas "izquierdistas" y antiparlamentarios no aprenden a vencer ahora una dificultad tan pequeña, se puede afirmar con seguridad que, o no se hallarán en estado de instaurar la dictadura del proletariado, no podrán subordinarse en gran escala y transformar a los intelectuales y a las instituciones burguesas, o se verán obligados a completar precipitadamente su instrucción, prisa que ocasionará un perjuicio inmenso a la causa del proletariado, les hará incurrir en más errores que de ordinario, pondrá al descubierto su debilidad e inhabilidad más que medianas, etc., etc.

Mientras la burguesia no sea derribada y, después de su derrocamiento, mientras no haya desaparecido por completo la pequeña explotación y la pequeña producción mercantil, el ambiente burgués, los hábitos de propietario, las tradiciones pequeñoburguesas corromperán la labor del proletariado no sólo desde fuera, sino en el seno mismo del movimiento obrero, no sólo en la esfera de acción parlamentaria, sino inevitablemente en todos y cada uno de los aspectos de la actividad pública, en todos los aspectos, sin excepción, de la actividad cultural y política. Constituye un error profundisimo, que inevitablemente se pagará más tarde, el tratar de desembarazarse, de preservarse de uno de los problemas "desagradables" o de las dificultades que se presentan en una de las esferas del trabajo. Hay que estudiar y aprender a dominar todos los aspectos de actividad y trabajo sin excepción, a vencer todas las dificultades, costumbres, tradiciones y rutinas burguesas siempre y en todas partes. Cualquier otra manera de plantear la cuestión no es seria; no es más que una puerilidad.

12 de mayo de 1920.

V

En la edición rusa de este libro he expuesto con cierta inexactitud la conducta del Partido Comunista Holandés en su conjunto en el terreno de la política revolucionaria mundial. Por eso aprovecho la ocasión para publicar la carta, que se reproduce más abajo, de nuestros camaradas holandeses sobre este problema y, además, para corregir la expresión "tribunistas holandeses" empleada por mí en el texto ruso, sustituyéndola por las palabras "algunos miembros del Partido Comunista Holandés".

I. LENIN

CARTA DE WIJNKOOP

Moscú, 30 de junio de 1920.

Querido camarada Lenin:

Gracias a su amabilidad, los miembros de la delegación holandesa al II Congreso de la Internacional Comunista hemos tenido la posibilidad de leer su libro La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo antes de que apareciera traducido a los idiomas de Europa occidental. En este libro subraya Ud. varias veces su desaprobación del papel que han desempeñado algunos miembros del Partido Comunista Holandés en la politica internacional.

Debemos protestar, sin embargo, contra el hecho de que atribuya Ud. al Partido Comunista la responsabilidad por los actos de esos miembros. Esto es inexacto en extremo. Más aún, es injusto, pues esos miembros del Partido Comunista Holandés participan muy poco o no participan en absoluto en la labor cotidiana del Partido; intentan también directa o indirectamente, aplicar en el Partido Comunista las consignas oposicionistas contra las que el Partido Comunista Holandés y todos sus órganos han librado y libran hasta el día de hoy la lucha más enérgica.

Con un saludo fraternal,
(en nombre de la delegación holandesa)

D. I. WIJNKOOP

Este libro fue escrito en abril-mayo de 1920 y publicado en folleto en junio de 1920.

NOTAS

[1] El libro La enfermedad infantil del “izquierdismo” en el comunismo fue escrito por Lenin en abril de 1920 y el Apéndice, el 12 de mayo del mismo año. Fue publicado el 8-10 de junio en ruso y, casi al mismo tiempo, en julio, en alemán, francés e inglés. Lenin controló personalmente los plazos de composición e impresión del libro, a fin de que apareciera antes de que iniciara sus labores el II Congreso de la Internacional Comunista. El libro fue distribuido entre todos los delegados al II Congreso. De julio a noviembre de 1920 fue reeditado en alemán en Leipzig, en francés en París y en inglés en Londres.

En el manuscrito de La enfermedad infantil del “izquierdismo” en el comunismo existe un subtítulo: “(Ensayo de charla popular acerca de la estrategia y la táctica marxistas)”. En todas las ediciones del libro aparecidas en vida de Lenin este subtítulo fue suprimido. En la 4a edición de las Obras de V. I. Lenin, “La enfermedad infantil del ‘izquierdismo’ en el comunismo” se publica de acuerdo con la primera edición del libro, cuya corrección hizo Lenin.

[2] Biblioteca Socialista, opúsculo 11; Ignaz Brand.

[3] Longuetismo : corriente centrista en el Partido Socialista Francés, al frente de la cual figuraba Jean Longuet.

Durante la Primera Guerra Mundial, los longuetistas mantuvieron una posición socialpacifista. Después del triunfo de la Gran Revolución Socialista de Octubre en Rusia se declararon de palabra partidarios de la dictadura del proletariado, pero, de hecho, eran enemigos suyos. Prosiguieron la política de reconciliación con los socialchovinistas y apoyaron el rapaz Tratado de Versalles. En diciembre de 1920, los longuetistas, junto con los reformistas descarados, se separaron del partido, se adhirieron a la llamada Internacional Segunda y media y, después de su desmoronamiento, volvieron a la II Internacional.

[4] El Partido Obrero Independiente de Inglaterra (Independent Labour Party) fue fundado en 1893. A su cabeza figuraban James Keir Hardie, R. MacDonald y otros. Aunque decía mantener su independencia

política respecto a los partidos burgueses, en realidad, el Partido Obrero Independiente sólo era "independiente del socialismo, pero muy dependiente del liberalismo" (Lenin).

[5] Fabianos : miembros de la "Sociedad Fabiana", organización reformista inglesa y extremadamente oportunista, fundada en 1884 por un grupo de intelectuales burgueses de Inglaterra. La característica de los fabianos véase en los trabajos de V. I. Lenin: Prefacio a la traducción rusa de la "Correspondencia de J. F. Becker, J. Dietzgen, F. Engels, C. Marx y otros con F. A. Sorge y otros ", El programa agrario de la socialdemocracia en la revolución rusa, El pacifismo inglés y la fobia inglesa respecto a la teoría y otros.

[6] El Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania : partido centrista fundado en abril de 1917.

Se escindió en octubre de 1920 en su Congreso de Halle. Una parte considerable del partido se fusionó en diciembre del mismo año con el Partido Comunista de Alemania. Los elementos derechistas formaron un partido aparte, adoptando la vieja denominación de Partido Socialdemócrata Independiente. En 1922, los "independientes" volvieron a ingresar en el Partido Socialdemócrata Alemán.

[7] Espartaquistas : miembros de la "Liga Espartaco", que fue fundada en enero de 1916 durante la Primera Guerra Mundial bajo la dirección de C. Liebknecht, R. Luxemburgo, F. Mehring, C. Zetkin, etc. Los espartaquistas realizaron propaganda revolucionaria entre las masas contra la guerra imperialista, desenmascararon la política de conquistas del imperialismo alemán y la traición de los líderes de la socialdemocracia. Pero, los espartaquistas, izquierdistas alemanes no se desembarazaron de errores de semimencheviques en cuestiones teóricas y políticas de la mayor importancia. La crítica de los errores de los izquierdistas alemanes fue hecha por Lenin en sus trabajos Sobre el folleto de Junius, Sobre una caricatura de marxismo y sobre el " economismo imperialista ", y otros, y por Stalin en su obra Sobre algunas cuestiones de la historia del bolchevismo (Carta a la Redacción de la revista "Proletárskaia Revolutsia "). En abril de 1917 los espartaquistas se adhirieron al Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania, centrista, conservando dentro de él su independencia orgánica. Después de la revolución de noviembre de 1918 en Alemania, los espartaquistas rompieron con los "independientes" y en diciembre del mismo año fundaron el Partido Comunista de Alemania.

[8] "Laboristas ": Lenin llama a los miembros del Partido Obrero de Inglaterra (Labour Party).

[9] Volapuk : idioma internacional artificial, inventado en 1879 por el alemán Schleyer, que no alcanzó a popularizarse.

[10] "Tribunistas" bolandeses : Lenin llama a los miembros del Partido Comunista Holandés. Los tribunistas, primeramente, se presentaron como un grupo de izquierda del Partido Obrero Socialdemócrata Holandés, que editó en 1907 el periódico "Tribuna" (De Tribune). En 1909, los tribunistas fueron excluidos del Partido Obrero Socialdemócrata y organizaron un partido independiente (el Partido Socialdemócrata de Holanda). Los tribunistas representaron el ala izquierda del movimiento obrero de Holanda, pero no formaron un partido consecuentemente revolucionario. En 1918, los tribunistas participaron en la creación del Partido Comunista de Holanda.

[11] Horner : A. Pannekoek.

[12] Diario Obrero Comunista (Kommunistische Arbeiterzeitung): órgano del grupo pequeñoburgués anarcosindicalista, de comunistas de "izquierda", que se escindió en 1919 de; Partido Comunista de Alemania (espartaquistas). El periódico se publicó desde 1919 hasta 1927. Los comunistas de "izquierda" alemanes no cumplieron el acuerdo del III Congreso de la Internacional Comunista, el cual exigió de ellos que renunciaran a la táctica sectaria y se adhirieran al Partido Comunista de Alemania, siendo excluidos de la Internacional Comunista. Los dirigentes de los comunistas de "izquierda" rodaron al campo de la contrarrevolución.

[13] Después de la revolución de febrero de 1917 y hasta 1919, inclusive, el número de miembros del Partido cambió del modo siguiente: cuando se cclcbró la VII Conferencia Nacional del P.O.S.D.R. (bolchevique) (Conferencia de Abril) en 1917, el Partido tenía 80.000 miembros; al celebrarse el VI Congreso del P.O.S.D.R. (b), en julio-agosto de 1917, cerca de 240.000; al empezar el VII Congreso del P.C.R. (b), en marzo de 1918, no menos de 270.000, y en el VIII Congreso del P.C.R. (b), en marzo de 1919, 313.766.

[14] Diario Popular Político.

[15] "Los Trabajadores Industriales del Mundo " ("Industrial Workers of the World". I.W.W.): organización de los obreros norteamericanos, fundada en 1905. En la actividad de la organización se manifestaron acentuados rasgos anarcosindicalistas: no reconocía la lucha política del proletariado, negaba el papel dirigente del Partido, la necesidad del levantamiento armado para derrocar el capitalismo y la lucha por la dictadura del proletariado; y rechazaba trabajar en los sindicatos afiliados a la Federación Norteamericana del Trabajo. Más tarde, "Los

Trabajadores Industriales del Mundo" se convirtieron en un grupo sectario anarcosindicalista que perdió toda influencia en los obreros.

[16] Febrero.

[17] El Partido Socialista Italiano fue fundado en 1892 como "Partido de los Obreros Italianos"; en 1893 tomó el nombre "Partido Socialista Italiano". Después del triunfo de la Gran Revolución Socialista de Octubre en Rusia, se fortaleció el ala izquierda en el Partido Socialista Italiano. En enero de 1921, en el XVII Congreso del Partido, celebrado en Livorno los izquierdistas rompieron con el Partido Socialista, organizaron su propio Congreso y fundaron el Partido Comunista Italiano.

En el período de la dictadura fascista en Italia, se formó de nuevo una fracción influyente en el Partido Socialista Italiano. En 1934 el Partido Socialista Italiano concertó el acuerdo de la unidad de accion con el Partido Comunista Italiano. Este acuerdo sirvio como base de la colaboración de ambos Partidos durante la Segunda Guerra Mundial y la postguerra. En enero de 1947 abandonó el Partido Socialista Italiano un grupo de derechistas encabezado por el agente del imperialismo norteamericano Saracat y formó el llamado "Partido Socialista de los Trabajadores Italianos".

[18] El Estado Popular.

[19] Lenin alude al pasaje de la carta de F. Engels a F. Sorge fechada el 29 de noviembre de 1886, en la que Engels, criticando a los emigrados socialdemócratas alemanes residentes en Norteamérica, dice que, para ellos, la teoría "es un dogma y no una gula para la acción".

[20] "EI Partido Socialista Británico " (British Socialist Party) fue fundado en 1911, en Manchester. El P.S.B hizo agitación y propaganda en el espíritu marxista y era un partido "no oportunista, verdaderamente independiente respecto a los liberales" (Lenin). El escaso número de militantes y sus débiles vínculos con las masas le daban un carácter algo sectario.

En el periodo de la Primera Guerra Mundial, en el partido aparecieron dos corrientes: una abierta del socialchovinismo, encabezada por Hyndman y otra internacionalista encabezada por A. Inkpin y otros. En abril de 1916 sucedió la escisión en el partido. Hyndman y sus correligionarios representaron la minoría, y salieron del partido. Desde entonces frente al Partido Socialista Británico figuraban los elementos internacionalistas. El Partido Socialista Británico fue iniciador de la creación del Partido Comunista de Gran Bretaña, que se fundo en 1920.

[21] "El Partido Socialista Obrero " fue fundado en 1903 por un grupo de socialdemócratas de izquierda escindido de la Federación Socialdemócrata. La "Sociedad Socialista del Sur de Gales " era un pequeño grupo, integrado primordialmente por obreros mineros de Gales. La "Federación Socialista Obrera " era una organización poco numerosa, surgida de la "Sociedad de defensa de los derechos electorales de la mujer" e integrada principalmente por mujeres.

Al fundarse el Partido Comunista de Gran Bretaña (el Congreso de constitución se celebró del 31 de julio al 1ƒ de agosto de 1920), que incluyó en su programa un punto sobre la participación del Partido en las elecciones parlamentarias y sobre la afiliación al Partido Laborista, todas las organizaciones "izquierdistas" se negaron a ingresar en el Partido Comunista. En el Congreso de este Partido celebrado en enero de 1921, la "Sociedad Socialista del Sur de Gales" y la "Federación Socialista Obrera" (que habían adoptado a la sazón las denominaciones de "Partido Comunista Obrero" y "Partido Comunista") se fusionaron con el Partido Comunista de Gran Bretaña, que tomó el nombre de "Partido Comunista Unificado de Gran Bretaña". La dirección del "Partido Socialista Obrero" se negó a la unificación.

[22] Unión de Espartaco.

[23] "Soviéticos " "abogados ": colegios de abogados creados en febrero de 1918 adjuntos a los Soviets de diputados obreros, soldados, campesinos y cosacos. En octubre de 1920, estos colegios fueron suprimidos.

I N D I C E

Apéndice



PSOCA

www.elsoca.org

Secretariado: psoca@elsoca.org
Revista 1857: revista.1857@elsoca.org
El Socialista Centroaméricano: elsoca@elsoca.org
Guatemala: psoca_guatemala@elsoca.org
El Salvador: psoca_salvador@elsoca.org
Honduras: psoca_honduras@elsoca.org
Nicaragua: psoca_nicaragua@elsoca.org
Costa Rica: psoca_costarica@elsoca.org